Goethe, Johann Wolfgang von
1749-1832

GOETZ DE BERLICHINGEN

PERSONAJES

El Emperador Maximiliano de Alemania
Goetz de Berlichingen
Isabel, su mujer
María, su hermana
Carlos, su hijo
Jorge, su escudero
El Obispo de Bamberg, **Veislingen**, **Adelaida de Walldorf**, **El Monje de Fulda**, **Liebetraut** — de la Corte del Obispo
Oleario, doctor en ambos derechos
El Hermano Martín
Juan de Selbitz
Francisco de Sickingen
Lerse
Francisco, escudero de Veislingen
Camarera de Adelaida de Walldorf
Metzler, **Sievers**, **Link**, **Kohl**, **Vild** — Jefes de los campesinos rebeldes

Damas y Pajes de Honor del Palacio de Bamberg
Consejeros Imperiales
Senadores de Heilbronn
Jueces del Tribunal Secreto
Dos Comerciantes de Nuremberg
Maximiliano Stumpft, al servicio del Conde Palatino
Un Desconocido
Suegro y Novio, campesinos
Los Caballeros de Berlichingen, Veislingen y Bamberg
Capitán, Oficiales y Soldados del Ejército Real
Posadero
Ujier de Justicia
Campesinos de Heilbronn
Guardia de la ciudad
Carcelero
Campesinos
Jefe de gitanos
Gitanos
Gitanas

ACTO PRIMERO

La escena pasa en una posada de Schwarzemberg (Franconia)

ESCENA PRIMERA

METZLER, SIEVERS *y* EL POSADERO. *Sentados a la mesa* DOS CABALLEROS, *junto a la chimenea*

SIEVERS. — Juanillo, un vaso más y cuida de medirlo como Dios manda.

POSADERO. — Nunca estás harto.

METZLER. — *(Bajo a* SIEVERS.*)* Cuéntanos cuanto sepas tocante a Berlichingen. Esos bambergeses siempre tan vejados, se quejan con razón.

SIEVERS. — ¿Bambergeses? ¿Qué hacen aquí?

METZLER. — Dos días ha que Veislingen se encuentra allá en el castillo del señor Conde. Le han escoltado. No sé a punto fijo de dónde ha venido. Sólo sí que se espera que, vuelva a Bamberg.

SIEVERS. — ¿Quién es ese Veislingen?

METZLER. — El *alter ego* del obispo: un señor muy poderoso que ha venido a espiar a Goetz.

SIEVERS. — Pues que mire lo que hace.

METZLER. — *(Bajo.)* Vamos a ver, cuéntanos más. *(Alto.)* ¿Desde cuándo ha vuelto Goetz a sus antiguas disputas con el obispo de Bamberg?... ¿No decían que todo había concluído entre ellos habiendo hecho las paces?

SIEVERS. — Vaya pues. ¿Concluído con los clérigos? Como el obispo alcanzó a ver que por el camino recto nada lograría, comenzó a usar de rodeos, y Berlichingen, leal siempre, se ha prestado a él mostrando una generosidad nunca imaginada, la cual demuestra que lleva la mejor parte.

METZLER. — Dios le bendiga; verdaderamente es todo un caballero.

SIEVERS. — Además, ¿no es cosa muy infame? Venir a arrebatarle uno de sus vasallos cuando menos se esperaba este golpe. Pero ya verás cómo no se falta impunemente.

METZLER. — Lástima es que no haya salido en bien su último esfuerzo. Parece que está muy ofendido.

SIEVERS. — No lo creo. Tiempo hacía que no habían caído sobre él esta clase de disgustos. Ten presente que se sabía con toda exactitud el día en que el obispo debía venir de los baños, cuántos eran sus caballeros, y qué camino tomaban. ¡Cuán notoria es la traición de esos hipócritas! De otro modo ya le hubiera yo asegurado al obispo unos buenos baños.

CABALLERO 1.º — ¿A qué diablos viene eso de cuchichear tanto contra nuestro obispo? ¿Es que, a lo que veo, tienes deseo de armar camorra?

SIEVERS. — No se meta su merced en nuestros asuntos. Nada tiene que ver en nuestra mesa.

CABALLERO 2.º — ¿Quién es aquí el que se atreve a hablar en tales términos contra nuestro obispo?

SIEVERS. — ¿Y yo tengo el deber de contestar a vuestra pregunta? ¿Qué deber? Vaya un impertinente.

(El CABALLERO 1.º *levanta el brazo y le descarga una bofetada.)*

METZLER. — Palo con ese perro. *(Se pegan.)*
CABALLERO 2.º — Ven aquí, si te atreves.
POSADERO. — *(Separándoles.)* ¿Queréis estar quietos por mil demonios? Idos de aquí adonde os dé la gana. Aquí en mi casa todo se arreglá con buenas razones. *(Despide y echa puertas afuera a los dos* CABALLEROS.) Y vosotros, borricos más que borricos, ¿por qué principiasteis?
METZLER. — Vaya pues; tú, Juan, o callas o te soplamos un puntapié. Ven, camarada, y les daremos de firme.

ESCENA II

DICHOS *y* DOS CABALLEROS DE BERLICHINGEN

CABALLERO 1.º — ¿Qué sucede?
SIEVERS. — Buenos días, Pedro. Buenos días, Guido. ¿De dónde vienes?
CABALLERO 2.º — Ya sabrás a quién servimos.
SIEVERS. — *(Bajo.)* ¿Está muy lejos de aquí Goetz, vuestro amo?
CABALLERO 1.º — ¡Cállate! ¿Habéis tenido camorra?
SIEVERS. — Con esos bribones con quienes habéis topado; son bambergeses.
CABALLERO 1.º — ¿Qué hacían aquí?
METZLER. — Veislingen está allá en el castillo en casa de nuestro amo, y ellos han venido a escoltarle.
CABALLERO 1.º. — ¿Veislingen?
CABALLERO 2.º — *(Bajo.)* Pedro, he aquí una buena ocasión. *(Alto.)* ¿Cuánto tiempo hace que están allá?
METZLER. — Dos días; pero debe partir hoy, a creer lo que decían esos bribones.
CABALLERO 2.º — *(Bajo.)* ¿Pues no le decía yo que él andaría por aquí? Hubiéramos podido ocultarnos muy bien para verle pasar.
SIEVERS. — Vamos, Guido, ayudadnos vosotros a moler a palos a esos bambergeses.
CABALLERO 2.º — Sois ya dos para dos. Nosotros nos vamos. Adiós. *(Vanse.)*

ESCENA III

SIEVERS *y* METZLER

SIEVERS. — Estúpidos, si no les pagáis no darán un paso por vos.
METZLER. — ¡Calla! Juraría que llevan consigo algún proyecto que poner en obra. ¿A quién están sirviendo?
SIEVERS. — No querían decirlo. Sirven a Goetz.
METZLER. — ¿Sí? Sigámosles los pasos. Ven. Venga un palo y nada hay que temer.
SIEVERS. — Ojalá llegue el día en que podamos hacer lo propio con esos señorones que no nos dejan en paz un solo instante.

Hostería en un bosque

ESCENA IV

GOETZ *solo a la puerta y bajo la sombra de un tilo*

GOETZ. — ¿Dónde están mis escuderos? Preciso es pasear; el sueño me va venciendo. Cinco días y cinco noches he pasado en vela. Mucho es en cambio de lo poco que tengo de vida y libertad. Por lo que respecta a Veislingen, en cuanto caiga en mi poder, bien podré echarme a dormir tranquilamente. *(Vuélvese a beber.)* Nadie viene. ¡Jorge! Mientras nada de esto me falte y me quede valor, desprecio la ambición de los magnates y sus astucias. ¡Jorge!

Envía a ese obsequioso Veislingen a tus parientes y a tus compadres, para que diga de mí lo que quiera. Seguid así. Yo le vigilaré. Escapaste, obispo. Ese Vaislingen que tanto estimas, pagará por ti... ¡Jorge!... ¿No me oyes? ¡Jorge!... ¡Jorge!...

ESCENA V

GOETZ *y* JORGE; *éste llega cubierto por la armadura*

JORGE. — Señor.

GOETZ. — ¿Has dormido? ¿Dónde estabas? ¿A qué diablos viene ese disfraz? Buena facha haces. No te ruborices. Eres un valiente. ¿Esa coraza es de Juan?

JORGE. — Quiso dormir un instante y se la quité.

GOETZ. — ¡Más delicado es que su amo!

JORGE. — No lo toméis a mal. Se la he quitado a la chita callando; he descolgado la antigua espada de mi padre, y he corrido con ella al prado donde la he sacado de la vaina.

GOETZ. — Y habrás ido dando cintarazos a diestro y siniestro cortando troncos y ramas. ¿Está Juan durmiendo?

JORGE. — Ahora acabáis de despertarle voceando, tanto que me ha dicho que el señor me estaba llamando; yo bien hubiese querido quitarme la armadura antes de presentarme aquí, pero como el señor ha repetido las voces...

GOETZ. — Corre, devuélvele la coraza diciéndole al propio tiempo que se prepare y que ensille los caballos.

JORGE. — Yo mismo les acabo de dar el pienso y los tengo ya enjaezados; cuando guste el señor puede montarlos.

GOETZ. — Trae, pues, más vino; un vaso para Juan; dile que se apresure, porque es preciso. Voy a ver si están de vuelta mis espías.

JORGE. — ¡Ah señor mío!

GOETZ. — ¿Qué tienes?

JORGE. — ¿Por qué no me permitís ir con vos?

GOETZ. — Por ahora, no, Jorge. Cuando hayamos de sorprender a algún traficante o a algún convoy.

JORGE. — ¿Por ahora no? ¿Cuántas veces me habéis dicho lo propio, siempre guardándolo para mejor ocasión?... Quedo satisfecho con tal que me permitáis seguiros de lejos, con tal que os vea; puedo recoger los dardos arrojados.

GOETZ. — Ahora no; a la primera ocasión que se presente. Ni tienes yelmo ni lanza.

JORGE. — Iré en vuestra compañía. Recordad que si os hubiese acompañado, no hubierais perdido la ballesta.

GOETZ. — ¿Sabes algo?

JORGE. — La ballesta fué lanzada contra la cabeza del enemigo; un escudero os la recogió, y ya no se ha vuelto a ver. ¿Qué tal, ignoraba el caso?

GOETZ. — Te lo han referido mis soldados.

JORGE. — Claro. Cuando almohazo los caballos tarareo toda clase de estribillos y les enseño las canciones más alegres.

GOETZ. — ¡Eres un buen muchacho!

JORGE. — Llevadme, os ruego, en vuestra compañía, y os probaré que lo soy.

GOETZ. — Te lo prometo a la primera ocasión que se presente. Desarmado, ¿cómo quieres combatir? En adelante se necesitarán hombres como tú. Día ha de venir, créeme, en que los príncipes ofrecerán sus tesoros a la misma persona que un día aborrecieron. Vete, Jorge; devuelve a Juan su coraza y dale vino. (JORGE

se va.) ¿Dónde están mis escuderos? Parece increíble. Un monje. ¿A qué vienes aquí?

(Entra el HERMANO MARTÍN.)

ESCENA VI

GOETZ *y el* HERMANO MARTÍN

GOETZ. — Buenas tardes, reverendo padre. ¿De dónde venís tan tarde? Hombre entregado a la paz más santa, avergonzaríais a más de un caballero.

MARTÍN. — Gracias, noble señor; no soy más que un modesto hermano, ése es mi único título. Agustín me llaman en el convento; pero gústame más que se me apellide Martín, mi nombre de pila.

GOETZ. — Estáis fatigado, hermano Martín, algo desazonado sin duda. *(Vuelve el escudero.)* Aquí tenemos vino.

MARTÍN. — Para mí un vaso de agua. Nunca me he atrevido a beber vino.

GOETZ. — ¿Es que os lo prohiben vuestros votos?

MARTÍN. — No señor; beber vino en nada se opone a nuestros votos, pero como el vino no está en mis votos, por eso no lo bebo.

GOETZ. — ¿Qué queréis decir con eso?

MARTÍN. — Dichoso vos si no me comprendéis. Beber y comer es lo que forma la vida humana, en mi opinión se entiende.

GOETZ. — ¿Sí?

MARTÍN. — Apenas habéis bebido y comido os sentís renaciendo, os sentís más fuerte, más esforzado, más amigo del trabajo. El vino alegra el corazón del hombre, y la alegría es la madre de todas las virtudes. Después de haber bebido vino, se siente uno valer doble que antes, raciocina mejor y parece mucho más activo.

GOETZ. — Para quien como yo lo usa, es eso una gran verdad.

MARTÍN. — Así es cómo yo me lo explico; pero nosotros...

GOETZ. — *(Aparte a* JORGE.) Corre al camino de Dachsbach, aplica tus oídos a tierra, y si oyes ruido de caballos, vuelve inmediatamente.

MARTÍN. — Pero nosotros en cuanto hemos bebido y comido convenientemente, venimos a ser lo contrario de lo que debíamos ser. En una digestión difícil el estómago absorbe la cabeza, engendrando en este marasmo sensual, apetitos que pueden más que la cabeza.

GOETZ. — Un vaso, hermano Martín; eso no ha de turbar vuestro sueño; bastante habéis andado hoy. *(Le ofrece de beber.)* Brindo por todos aquellos que guerrean.

MARTÍN. — En el nombre del Señor. *(Beben ambos.)* No me gustan los haraganes, no quiero decir que todos los frailes sean haraganes, no; ellos hacen lo que pueden. Ahora mismo, a propósito, estoy de vuelta de San Guido, donde acabo de pasar la noche. El prior me condujo a su granja, ¡es el mismísimo cuerno de la abundancia! ¡Qué espléndida ensalada! ¡Qué coles tan hermosas; qué coliflores y qué alcachofas! Como no las hay en toda Europa.

GOETZ. — Pero eso no es propio de los hábitos que profesáis. *(Levántase, da una ojeada al rededor con el fin de ver si divisa a* JORGE *y se vuelve.)*

MARTÍN. — Si Dios hubiese querido hacerme jardinero o agricultor, ya hubiese sido dichoso. El abad de mi convento, en Erfurt de Sajonia, me profesa una grande amistad; sabe que yo nunca me estoy quieto, de modo que cuando lleva él algún negocio entre

manos, es a mí quien lo confía. Ahora voy a ver al obispo de Constanz.

GOETZ. — Un vasito más. Brindo por vuestra comisión.

MARTÍN. — Lo mismo digo yo.

GOETZ. — ¿Por qué me miráis así, hermano?

MARTÍN. — Me está llamando la atención vuestra armadura.

GOETZ. — ¿Tenéis deseos de adquirir alguna como ésta? Cosa molesta es llevarla.

MARTÍN. — Sí. Pero, ¿qué no hay molesto en esto mundo? Yo creo que nada hay que más molestias ocasione que el ser hombre... Pobreza, castidad, obediencia, tres votos son éstos que aun mirándolos uno a uno, parecen incompatibles con la naturaleza, y todos juntos los creo insoportables. Pasar toda una vida cargado con ese peso, llevando sobre nosotros otro más enorme aun, el de la conciencia... ¿Qué viene a quedar de todas las fatigas de vuestra carrera, junto a las desdichas de un estado que condena nuestras más dulces afecciones, nuestros más nobles atractivos so color de acercarnos más y más a Dios?

GOETZ. — Si vuestros votos no hubiesen sido tan sagrados, yo os hubiese en este momento invitado a ceñiros las armas, y, dándoos un caballo, a compartir los peligros de nuestra profesión.

MARTÍN. — Ojalá tuviera yo en mis espaldas el vigor suficiente para llevar la coraza, y en mis brazos fuerza bastante para resistir a un enemigo a caballo. Desdichadas manos las mías, sólo acostumbradas desde un principio a llevar el pendón del convento o la santa cruz, o a balancear el incensario. ¿Cómo podrían manejar la lanza, la espada? Mi voz que sólo ha entonado el *Ave* o el *Aleluya*, daría a entender mi debilidad, en tanto que el sonido d ela vuestra les sorprendería y aterraría. ¡Ah! Si no fuera por esto, no habría voto alguno bastante a impedirme profesar la orden establecida por el Creador.

GOETZ. — Os deseo un buen viaje.

MARTÍN. — Brindo yo por el vuestro. Mi vuelta a la jaula ha sido siempre poco feliz. Vosotros cuando volvéis a vuestros torreones con la conciencia de vuestro valor y de vuestra fuerza irresistible; cuando, lejos de que vuestro enemigo vaya a sorprender vuestro reposo, dejando las armas os tendéis en vuestro lecho, esperando gozar de un sueño más delicioso de lo que es deliciosa para mí el agua cuando estoy sediento, entonces pues es cuando podéis muy bien hablar de felicidad.

GOETZ. — Pero eso sucede muy raramente.

MARTÍN. — Pero cuando sucede os anticipa un goce digno del cielo. Cuando cargados de despojos de vuestros enemigos volvéis a vuestras moradas, y recapacitando en vuestra memoria los hechos del día, pensáis: «Yo he desarmado al enemigo antes que él haya alcanzado a defenderse, a otro le he hecho rodar por el polvo junto con su caballo.» Cuando ocupados en estos recuerdos penetréis en vuestro castillo... y...

GOETZ. — ¿Qué queréis decir?

MARTÍN. — Y vuestras mujeres... *(Volviendo a beber.)* Brindo por vuestra mujer. *(Enjúgase los ojos.)* ¿Supongo que vos tendréis alguna?

GOETZ. — ¡Es una buena mujer!

MARTÍN. — Dichoso aquel que tiene una buena mujer... Su vida vale doble. Yo no conozco mucho a las mujeres, pero siempre las he creído la corona de la creación.

GOETZ. — *(Aparte.)* Os compadezco. ¡Los pesares que le abruman en su estado le llegan al corazón!

ESCENA VIII

Dichos y JORGE

JORGE. — *(Llegando precipitadamente.)* Señor, he oído galope de caballos. Ellos son; ellos, no me engaño.

GOETZ. — Tráeme un caballo, manda a Juan que monte el suyo. — Adiós, hermano. *(Dirigiéndose al* HERMANO MARTÍN.) Id con Dios, valor, paciencia, y Dios os protegerá.

MARTÍN. — Decidme vuestro nombre, os lo ruego.

GOETZ. — Dispensadme de ello. ¡Adiós! *(Le alarga la mano izquierda.)*

MARTÍN. — ¿Por qué me dais la izquierda? ¿No soy digno de la derecha de un caballero?

GOETZ. — Si fueses emperador no habría más remedio que satisfaceros... Mi mano derecha, aunque no me es inútil en tiempo de guerra, es insensible a la amistad... Ella y el guante son una misma cosa; vedla, es de hierro.

MARTÍN. — ¡Sois pues Goetz de Berlichingen! Gracias, Dios mio, gracias por haberme hecho conocer a ese hombre a quien tanto aborrecen los magnates y a quien acuden todos los oprimidos. *(Le coge la mano derecha.)* Dadme esa mano, quiero besarla.

GOETZ. — No, no.

MARTÍN. — Dejadme besar esa mano más estimable aun que las reliquias más santas. ¡Oh tú, por la que un día circulaba la sangre más honrada; instrumento inerte pero vivificado por la fe en Dios que llena enteramente esa alma tan admirable!... (GOETZ *se pone el casco y toma la lanza.)* Tiempo ha encontramos y hablamos a un monje que os había visto después que un golpe os arrebatase esa mano ante los muros de Landshut. Habiéndonos contado vuestros sufrimientos, vuestro pesar, al veros mutilado y el pensamiento que os vino a la memoria de haber oído contar la historia de un hobre que no tenía más que una mano y sin embargo estuvo largo tiempo al servicio de un valiente caballero. Siempre tengo en la memoria... *(Llegan los dos* CABALLEROS. GOETZ *se adelanta a recibirlos y conversa con ellos.) (Continuando.)* Siempre tendré en la memoria el momento en que arrebatado de santa confianza exclamó dirigiéndose al Señor: «Aun cuando yo tuviera doce manos, si tú me retirases tu gracia, ¿de qué me servirían aquéllas? ¿Puedo pues con una sola?...»

GOETZ. — ¿En la selva de Hoslach? *(Volviéndose al* HERMANO MARTÍN.) ¡Adiós, apreciable hermano! *(Abrazándole.)*

MARTÍN. — No me olvidéis, que yo tampoco os olvidaré.

(Vase GOETZ.)

ESCENA IX

Dichos, menos GOETZ

MARTÍN. — El corazón me rebosaba cuando fijaba los ojos en ese grande hombre... El no hablaba, y no obstante mi alma se apenaba al intentar separarse de la suya! ¡Ver a un hombre grande es una de las alegrías más cumplidas que hay en este mundo!

JORGE. — Reverendo padre, ¿os quedaréis esta noche a dormir con nosotros?

MARTÍN. — ¿Tendré acaso alguna cama?

JORGE. — No padre; aquí las camas son poco conocidas; aquí no hay más lechos que los de paja, ¿si gustáis?

MARTÍN. — Todo me es igual. ¿Cómo te llamas?

JORGE. — Jorge, reverendo padre.

MARTÍN. — ¿Jorge? Tú tienes un patrón que fué muy valiente.

JORGE. — Dicen que fué caballero, lo cual yo también deseo ser.

MARTÍN. — ¡Espera un poco! *(Saca su libro de oraciones y enseña a* JORGE *la imagen de un santo.)* ¡Míralo aquí! Sigue su ejemplo. ¡Sé valiente y teme a Dios!

JORGE. — ¡Ah! ¡Bonito caballo blanco! ¡Ay si yo tuviese otro igual! ¿Y la armadura de oro!... ¡Y qué feo dragón! ¡Estoy gastando el tiempo en vanas exclamaciones! San Jorge, haz por que yo sea esforzado y valeroso; dame una lanza, una coraza y un caballo, ¡y allá nos las habremos con los dragones!

Posesión de Goetz en Jaxthausen

ESCENA X

ISABEL, MARÍA, CARLOS

CARLOS. — Os lo suplico, querida tía, contadme otra vez el cuento del *Niño generoso*. ¡Es tan bonito!

MARÍA. — Cuéntalo tú mismo, perillán, y veremos si lo recuerdas bien.

CARLOS. — Esperad pues, a ver si me acuerdo. «Erase... Sí, érase un niño... y su madre estaba enferma... entonces se fué el niño.»

MARÍA. — No es eso... «Su madre le dijo: —¡Niño mío!»

CARLOS. — «Me siento enferma.»

MARÍA. — «Y no puedo salir de casa.»

CARLOS. — «Y diciendo esto dióle dinero. —Ve y cómprate de almorzar. —Y entonces vieron venir a un pobre.»

MARÍA. — «El niño se fué, y encontrando por el camino un pobre viejo que...» ¿Qué Dilo, Carlos.

CARLOS. — «Que era viejo.»

MARÍA. — Eso ya lo has dicho. No es eso; «que difícilmente podía andar, y le dijo: —¡Querido niño!»

CARLOS. — «Dame algo que comer; no he probado bocado ni ayer ni hoy. Y el niño entonces le entregó el dinero que llevaba.»

MARÍA. — «Que tenía para comprarse de almorzar.»

CARLOS. — «Y entonces el pobre viejo dijo.»

MARÍA. — «Y entonces el pobre viejo, tomando al niño.»

CARLOS. — «De la mano, le dijo. Y se convirtió de repente en todo un santo circundado de luz que le dijo: —¡Querido niño!»

MARÍA. — «La Madre de Dios te recompensará el bien que me has hecho. El enfermo que tocarás...»

CARLOS. — «Con tu mano.» ¿La mano derecha, verdad

MARÍA. — Sí.

CARLOS. — «Sanará al instante.»

MARÍA. — «Y entonces el niño corrió a su casa, pero la alegría que experimentaba impedíale hablar.»

CARLOS. — «Y se arrojó al cuello de su madre, llorando de alegría.»

MARÍA. — «Y la madre le dijo al verle: —¿Qué me pasa? ¿Qué es lo que me pasa? —Y quedó...» ¿Qué quedó? Carlos, quedó...

CARLOS. — Y quedó y quedó...

MARÍA. — ¿Ves como no lo sabes? «Y quedó enteramente curada... Y el niño curó asimismo al rey y al emperador, y fué tan rico que fundó un gran monasterio.»

ISABEL. — No sé qué es lo que el señor estará haciendo ahora... Hace ya cinco días y cinco noches que está fuera de casa, cuando él esperaba concluirlo todo en un santiamén.

MARÍA. — No es solamente ahora que siento ansiedad... Si yo tuviese un marido que, como el tuyo, pusiese en tanto riesgo su vida, me moriría antes de un año.

ISABEL. — Por esto doy gracias a Dios porque me dotó de tanta fortaleza.

CARLOS. — ¿Y mi padre está precisado a partir cuanto tantos riesgos va a correr?

MARÍA. — El no mira otra cosa más que su gusto.

ISABEL. — Es verdad. ¡Carlos! Se ve precisado.

CARLOS. — ¿Por qué?

ISABEL. — ¿Recuerdas que la última vez que partió, volvió trayéndote un panecito blanco?

CARLOS. — ¿Y me traerá otro igual ahora?

ISTBEL. — Probablemente. Oye, amiguito. En Stuttgart había un sastre tan diestro en tirar al arco, que ganó el premio de Colonia.

CARLOS. — ¿Debió ser un gran premio?

ISABEL. — Cien thalers... Pero sucedió que no se le quiso dar el premio.

MARÍA. — Mal hecho. Vaya una villanía. ¿Es verdad, Carlos?

CARLOS. — ¡Malditos hombres!

ISABEL. — El sastre llega en busca de tu padre para hacer que se le entregase el dinero que le correspondía. Entonces tu padre monta a caballo, sorprende a dos comerciantes de Colonia y no les quiere soltar hasta tanto que no se cumpla lo prometido. Hubieras hecho lo mismo, ¿no es verdad?

CARLOS — ¡Oh! No lo aseguro. ¿Y había de pasar yo por un bosque negro, negro, lleno de gitanos y brujos?

ISABEL. — Vaya un valiente que eres tú, con miedo a los brujos.

MARÍA. — Dice la verdad Carlos; lo mejor es pasar la vida en el castillo como caballero cristiano. Para obrar bien no es preciso salir de su propia casa, y hay más de un honrado caballero que comete más injusticias que desface agravios.

ISABEL. — Si bien lo miras, no sabes tú lo que te dices. ¡Ojala mi hijo sea con el tiempo un caballero valeroso y no vaya a imitar a ese Veislingen que tan deslealmente se ha conducido con mi esposo!

MARÍA. — No te apresures a juzgar con tanta ligereza. Mi hermano y tú, sois muy irritables; yo como tengo más serenidad puedo juzgar mejor las cosas.

ISABEL. — No merece que se calle.

MARÍA. — Lo que acerca de él ha llegado a mi noticia me ha interesado siempre. ¿Y tu mismo esposo no nos ha hablado muchas veces muy favorablemente de él? Su juventud fué muy feliz ciertamente cuando ambos estaban juntos al servicio del margrave.

ISABEL. — Puede ser. Pero dime, ¿acaso es capaz de cosa buena una persona que persigue a su mejor amigo, que se pone a servicio de los enemigos de éste y proyecta toda clase de artimañas para enemistarnos con el emperador que siempre nos ha distinguido tanto?

CARLOS. — Madre, madre. El atalaya de la torre canta: «¡Heysa, abrid la puerta grande!»

ISABEL. — Es que está de vuelta; llevará, si no me engado, el botín.

ESCENA XI

Los mismos. UN CABALLERO

ISABEL. — ¿Traéis a Veislingen?

CABALLERO. — A él y a tres caballeros más.

ISABEL. — ¿Por qué os habéis detenido tanto tiempo?

CABALLERO. — Hallábamonos apostados entre Nuremberg y Bamberg; aunque él tardó en llegar, nosotros estábamos ciertos de que ya se había puesto en camino. Ultimamente por las noticias recibidas, supimos que había vuelto atrás, yendo a parar al castillo de Schwarzenberg.

ISABEL. — Indudablemente que su intento al obrar así, no era otro que el de enemistar a mi esposo con el conde.

CABALLERO. — Apenas recibí aquellas noticias, las participé al señor. Montamos a caballo de nuevo y nos internamos en el bosque de Rasiach. Cosa graciosa fué la que nos ocurrió allí. Figuraos que caminábamos en plena noche y encontramos un pastor con su ganado al cual fueron a asaltar cinco lobos que se despacharon a su gusto. Vuestro esposo, riéndose, exclamó: «Buen augurio es éste; éxito feliz para todos y también para nosotros!» Y cuando nos alegrábamos al pensar en tan fausto augurio, se nos presenta Veislingen y cuatro caballeros más

MARÍA. — Mi corazón palpita.

CABALLERO. — Siguiendo las instrucciones que nos habían dado, cogímosle otro y yo por la cintura y nos lo arreglamos tan bien que no se pudo mover. En tanto que hacíamos esto, el señor y Juan cayeron sobre los caballeros consiguiendo apoderarse de todos menos de uno que escapó.

ISABEL. — Tengo curiosidad de verle. ¿Llegarán pronto?

CABALLERO. — En este mismo instante cruzan la llanura; dentro de un cuarto de hora deben estar aquí.

MARÍA. — Debe parecer muy aterrado.

CABALLERO. — Por su talante parece triste y melancólico.

MARÍA. — Su vista va a entristecerme.

ISABEL. — Voy a preparar la comida. ¿Tenéis hambre?

CABALLERO. — Excusado es que lo diga.

ISABEL. — Toma la llave de la bodega y saca vino del mejor. Bien ganado lo tienen. *(Vase.)*

ESCENA XII

Dichos, menos ISABEL

CARLOS. — Me voy contigo, tía.

MARÍA. — Ven aquí, niño. *(Vanse.)*

CABALLERO. — Creo que jamás llegará a parecerse a su padre; de lo contrario vendría conmigo a la caballeriza.

ESCENA XIII

GOETZ, VEISLINGEN, CARLOS *y* CABALLEROS

GOETZ. — *(Dejando sobre la mesa su casco y la espada.)* Deshebilladme la coraza y traedme la chupa. Paréceme muy bueno esto de estar uno a su gusto; hermano Martín, teníais mucha razon. Veislingen, nos habéis hecho pasar muy malos ratos. *(*VEISLINGEN *sigue callando y pasea meditabundo la estancia.)* ¡Valor, Veislingen! Vamos, venid, desarmaos. ¿Dónde están las vestiduras? Creo que nada se ha perdido. *(Dirigiéndose a uno de los* CABALLEROS.*)* Véase si falta alguna cosa... Si no, yo os prestaré de lo mío.

VEISLINGEN. — No me habléis de eso; tanto importa una cosa como otra.

GOETZ. — Con mucho gusto os prestaría un traje que tengo, excelente, es de tela muy fina, os lo aseguro. A mí me viene un tanto estrecho. Lo llevé cuando tuvo lugar la boda de nuestro ilustre señor el conde palatino, precisamente cuando tomé en ojo a vuestro obispo; quince días antes le había yo echado a pique en el Mein dos bajeles suyos. Recuerdo que nos encontrábamos Francisco de Sickingen y yo en la Hostería del Ciervo, en Heildelberg, subíamos la escalera, pero para llegar arriba era preciso atravesar una meseta rodeada de una baranda de hierro en cuyo centro estaba el obispo, el cual al vernos subir dió la mano a Sickingen y asimismo a mí aun cuando iba detrás. Después viendo al landgrave de Hanau, príncipe a quien siempre había estimado mucho, acerquéme a él y le dije: «El señor obispo me ha dado la mano, apuesto a que no me ha conocido.» Pero como yo había hablado en alta voz, el señor obispo, que me había oído, acercóse a mí y exclamó con dureza: «En efecto, a haberos conocido no os hubiera dado la mano.» «Señor obispo, respondíle, lo había sospechado; os retiro pues la mano.» Al oír esto el hombrecillo bufó de rabia, se puso colorado como un tomate, y fué a quejarse al conde palatino Luis y al príncipe Nassau... Muchas veces nos ha venido a la memoria.

VEISLINGEN. — Quisiera que me dejasen solo.

GOETZ. — ¿Y por qué? Aquí podéis estar con toda comodidad. Aunque estáis en poder mío, creed que no abusaré de vuestra situación.

VEISLINGEN. — No es eso lo que me trae inquieto, puesto que sois un caballero y sabéis cuál es vuestro deber.

GOETZ. — Y vos sabéis también que me es muy sagrado ese deber.

VEISLINGEN. — Prisionero estoy; esto es lo que interesa. Todo lo demás me es indiferente.

GOETZ. — No uséis ese lenguaje. Si os las hubieseis con un príncipe que os mandase encerrar en lo más hondo de una torre, dando instrucciones a los carceleros para que tocasen continuamente la bocina, cuyo sonido os impediría conciliar el sueño...

ESCENA XIV

Dichos. CABALLEROS *y* CARLOS

(Los CABALLEROS *entran llevando los trajes,* VEISLINGEN *se quita las armas,* CARLOS *entra en la estancia.)*

CARLOS. — Buenos días, padre mío.

GOETZ. — *(Abrazando a* CARLOS.) Buenos días, muchacho. ¿Qué tal te ha ido por aquí?

CARLOS. — Bien, padre... La tía dice que estoy más instruído.

GOETZ. — ¿Sí?

CARLOS. — ¿Me has traído alguna cosita?

GOETZ. — No, hijo mío, nada te he traído esta vez.

CARLOS. — Mira, yo me he portado bien.

GOETZ. — ¡Ah!

CARLOS. — ¿Quieres que te diga el cuento del «Niño generoso?»

GOETZ. — Después de comer.

CARLOS. — Pues aun sé más.

GOETZ. — ¿Qué sabes más?

CARLOS. — Que Jaxthausen es un pueblo que tiene un castillo junto al río Jaxt y que pertenece de doscientos años acá, pasando de padres a hijos, a los señores de Berlichingen.

GOETZ. — ¿Y sabes quién es el señor de Berlichingen? (CARLOS *le mira con ojos que declaran su sorpresa.)* Me parece *(Aparte.)* que este niño con todo su saber no sabe quién es su padre. ¿A quién pertenece Jaxthausen?

CARLOS. — Jaxthausen es un pueblo que tiene un castillo junto al río **Jaxt.**

GOETZ. — Eso no es lo que te pregunto; bastante conocidos me son todos los caminos, todas las sendas y todos los vados, y por lo mismo no sé solamente el nombre del castillo y del río y del pueblo... ¿Está tu madre en la cocina?

CARLOS. — Sí, padre mío, está mandando que preparen la comida.

GOETZ. — Veislingen, pronto estaré de vuelta; voy a abrazar a mi esposa. Carlos, ven conmigo.

CARLOS. — ¿Quién es ése hombre?

GOETZ. — Saluda y cumpliméntale.

CARLOS. — Regocíjate; pronto tendremos preparada la comida.

VEISLINGEN. — *(Cogiendo el niño y besándole.)* Dichoso niño, para quien no hay otra pena que el retardo de la comida. ¡Dios bendiga este niño, Berlichingen!

GOETZ. — Todas las cosas tienen su parte de luz y su parte de sombra... Puede ser mi felicidad. Allá veremos qué es lo que sale de él.

(Vanse GOETZ *y el* NIÑO *para volver el primero al poco rato trayendo una botella de vino y varios vasos.)*

VEISLINGEN. — *(Solo.)* ¡Ay! ¡Si esto no fuese más que un sueño del cual yo me librase dispertando! ¡En poder de Berlichingen; en poder de ése cuya servidumbre quería yo evitar! Ese hombre que yo creía vencido y este amigo de siempre, el fiel Goetz... ¡Dios, gran Dios! ¿Cuándo acabará todo esto?... ¡Adalberto, hete aquí otra vez en esta estancia donde tuviste los juegos infantiles, donde tú la amabas, donde tu alma se confundía con la suya! ¿Quién pudiera acercarse a ella y aborrecerla? ¡Ay de mí! Mas yo nada soy aquí. ¡Desaparecisteis, oh días de felicidad! El anciano Berlichingen estaba allí junto a la chimenea, donde nosotros jugábamos juntos y nos amábamos como se aman los ángeles!... El obispo estará inquieto, inquieto como mis demás amigos. Estoy cierto de que el país entero llora mi desgracia. Pero, ¡qué importa! ¿Acaso me darán lo que necesito?

GOETZ. — *(Entrando.)* Mientras esperamos la comida podemos echar un trago. Vamos, sentaos, amigo, y no gastéis cumplimientos. Figuraos que nos encontramos de nuevo en la casa de Goetz... Tiempo ha que no habíamos comido juntos en una misma mesa y vaciando asimismo alguna botella. *(Le ofrece de beber.)* ¡Vamos, ánimo!

VEISLINGEN. — Los tiempos han cambiado.

GOETZ. — Cierto, cierto que podemos dejar de esperar circunstancias como aquellas por las que hemos atravesado ambos en la corte del margrave, sin separarnos un momento, ni de día ni de noche, uno de otro; ¡qué placer siento recordando mi juventud!... ¿Os acordáis de la ira que se apoderó de aquel polaco cuyos bigotes perfumados descompuse, involuntariamente con la manga?

VEISLINGEN. — El estaba comiendo, y al ver vuestra acción os amenazó con un cuchillo.

GOETZ. — Fué aquello una lección bien dura y que os proporcionó otra querella con su camarada. En cuanto a nosotros, podemos decir que nos auxiliamos mutuamente con grande energía, lo cual supo todo el mundo. *(Bebe y levanta el vaso.)* ¡Castor y

Polux! Mi pecho palpitaba alegremente siempre que el margrave nos apellidaba así.

VEISLINGEN. — Esos nombres nos los daba el obispo de Vurtzbourg.

GOETZ. — Hombre sabio y amable si los había... No podré menos que acordarme toda mi vida de cuánto nos estimaba, cuánto alababa nuestra amistad y lo mucho en que tenía al hombre que era el hermano gemelo de su amigo.

VEISLINGEN. — Dejemos de recordarlo.

GOETZ. — ¿Por qué? Fuera del trabajo, nada veo en la vida que sea más grato que los recuerdos... Hablando en verdad, cuando paso revista en mi memoria a aquellos días en que nosotros nos dividíamos entrambos los placeres y los pesares, cuando me pongo a recapacitar y me fijo en aquella edad encantadora en la que me imaginaba pasar la vida hasta su fin... ¡Ah!... ¿No fué este recuerdo mi único consuelo en medio del inmenso dolor en que me sumió la pérdida de esta mano en Landhsut? ¡Ay! Y tú, tú, tú me querías mucho; tú eras entonces para mí más que un hermano; y yo siempre esperaba y creía que en el porvenir sería Adalberto como un otro yo... Y al mismo tiempo...

VEISLINGEN. — ¡Oh!

GOETZ. — Si hubieses seguido mis consejos yendo a Brabante, lo veríamos todo ahora en el mismo estado de entonces. La vida cortesana, empero, y el trato de las mujeres hicieron que olvidaras a tu propio amigo. Siempre te he dicho: «Si sigues entregándote a las intrigas de seres impuros, pasando el tiempo en compañía de esas criaturas seducidas y en maldecir a unos y otros, Adalberto—te repetía continuamente—, nunca podrás llegar a ser algo...»

VEISLINGEN. — ¿Y a qué viene todo eso?

GOETZ. — ¡Ojalá pudiese yo olvidarlo todo! ¡Ojalá no fuese así! Escucha, ¿acaso no has nacido noble y tan libre como nadie en Alemania, independiente, sin más sujeción que la obediencia al emperador? Y no obstante tú estás sirviendo como el más ínfimo vasallo. ¿Qué negocios lleváis entre manos tú y el obispo?... ¿Es acaso la causa el ser vecino tuyo y tu temor a él? ¿Acaso no tienes una espada y amigos suficientes para sostenerte? No, no, tú no sientes en tu pecho la altivez de un caballero que no está sujeto a otro yugo que a su Dios, a su rey y a sí mismo... ¡No pareces sino el lacayo de un clérico finchado y envidioso!

VEISLINGEN. — Deja que hable.

GOETZ. — ¿Acaso tienes tú algo que responderme?

VEISLINGEN. — Tú miras a los magnates de la misma manera que un lobo mira al pastor. Ademas, ¿debes ridiculizar todo aquello que hacen ellos para asegurar la felicidad de la patria? ¿Acaso no les es dado defenderse contra las asechanzas de esos desleales y traidores caballeros, que roban cuanto encuentran en los caminos y saquean sus hogares y castillos?... Además, ¿crees que nuestro muy amado emperador cuyos dominios están amenazando los infieles, puede acudir en demanda de auxilio a los estados imperiales, cuando éstos apenas alcanzan a librarse de estos bandoleros? ¿No les induce a ello una hermosa idea, la de asegurar la paz y la tranquilidad de Alemania, afirmando el reinado de la ley y de la justicia, de cuyos beneficios gozan igualmente grandes y pequeños? Tú me echas en cara, Berlichingen, mendigar el auxilio de nuestros vecinos, cuando la majestad imperial se encuentra abandonada de todos y sin defensa alguna.

GOETZ. — Te escucho Veislingen. Pero si los príncipes fuesen tales como les pintas, tendríamos todo lo que nos hace falta, la paz y la tranquilidad. Así lo creo. ¡Los mismos vampiros las ansían para devorar más sosegadamente su víctima! ¿Me hablas del bien de todos? ¡Ah, si en la vida no hubiésemos otros cuidados, no se blanquearían nuestros cabellos! ¿Me hablas del emperador?... ¡Ellos son los únicos que impúdicamente le abandonan!... Sus miras son leales, el bien de todos es su única aspiración... Pero preséntase un aventurero más en su consejo, y como él cree que en todas las cosas, no basta más que una palabra para que sus órdenes sean obedecidas, se figura que en lo demás sucede lo propio. Y entonces caen decretos sobre decretos, unos dominan a los otros, por uno se abandona otro, y los magnates escudados por esta circunstancia y proclamando muy alto la paz y la seguridad del Estado, escogen de aquellos los que más les convienen, u obedecen a los más insignificantes... Apuesto a que hay más de uno que está dando gracias a Dios porque el Turco ha puesto en un brete al emperador.

VEISLINGEN. — Ese es vuestro modo peculiar de juzgarlo todo.

GOETZ. — Cada cual tiene el suyo. El problema se reduce a buscar en cuál de ellos está la razón y la justicia; y debéis confesar que teméis ver descubiertos vuestros ardides.

VEISLINGEN. — Prisionero estoy: podéis, por consiguiente, hablar cuanto os dé la gana.

GOETZ. — No. Pero si vuestra alma es inocente, podéis consideraros libre... ¿Qué cosa creéis que sea la paz de todos? Recuerdo en este momento haber asistido con el margrave a los diez y seis años de edad a una Dieta, a la que también asistieron vuestros príncipes y vuestros eclesiásticos. El obispo fanfarroneaba grandemente asaltando al emperador de tal manera, que no parecía sino que la justicia era la norma de sus acciones, cuando por otra parte, no mediando rencillas entre nosotros, me arrebataba mis vasallos. ¿No había concluido ya vuestra cuestión? ¿A qué venía todo aquello?

VEISLINGEN. — Habría sido hecho sin su anuencia.

GOETZ. — Si es así, ¿por qué no deja libre a mi vasallo?

VEISLINGEN. — Sin duda debió cometer alguna falta.

GOETZ. — ¿Alguna falta? Os lo juro, palabra de caballero; no ha cometido ninguna; tan cierto como que ese acto de bandolerismo llevose a cabo a sabiendas del obispo y de vos, Veislingen... ¿Y creéis que yo estoy tan ciego que no veo a qué conducen todos esos actos?

VEISLINGEN. — Vuestras sospechas son de todo punto infundadas.

GOETZ. — Veislingen... os estoy hablando con franqueza. Soy para vos un obstáculo; y Sickingen y Selbitz os hacen asimismo sombra. ¿Y por qué? Porque todo el mundo sabe que nosotros estamos resueltos a morir primero que a deber a otro que no sea Dios, el aire que respiramos, y rendir pleno homenaje a nadie que no sea el emperador. No cesáis de urdir artimañas en contra mía; me representáis a los ojos de Su Majestad con los más sombríos colores, y lo mismo hacéis con mis amigos y vecinos, hasta rodearme de personas que espían todas mis acciones... Con tal de desembarazaros de mí, no os paráis en los medios. Habeis sorprendido a un mensajero mío; si él no ha cumplido con su deber, vuestra es la culpa, y vos, Veislingen, vos sois un instrumento suyo.

VEISLINGEN. — ¡Berlichingen!...

GOETZ. — Basta ya sobre este asunto. Suy muy enemigo de explicaciones, porque o se engaña uno u otro, o a menudo se engañan ambos.

CARLOS. — *(Entrando.)* La mesa está dispuesta, padre.

GOETZ. — No es mala noticia ésa... Venid conmigo; espero que las mujeres de la casa os podrán apartar un poco la tristeza. En otros tiempos fuisteis galanteador, las muchachas no abrían los labios sino para ocuparse de vuestra persona. ¡Venid conmigo!

Comedor del palacio episcopal de Bamberg.

ESCENA XV

EL OBISPO DE BAMBERG *y* EL MONJE DE FULDA; OLEARIO, LIEBETRAUT, CORTESANOS

(Acaban de quitar los manteles y quedan sólo las copas y botellas en la mesa.)

OBISPO. — ¿Y son muchos los alemanes que cursan en la Universidad de Bolonia?

OLEARIO. — Muchos nobles y no menos plebeyos. Dejando a un lado toda vanidad debemos decir que son aquéllos los más sobresalientes. Ha quedado como proverbio decir en la Universidad: «Aplicado como un hidalgo alemán.» Porque en efecto, si los plebeyos se atarean con objeto de adquirir por el talento lo que les falta de estirpe, en cambio los otros no se afanan menos por alcanzar la reputación que sólo da el mérito y el saber.

MONJE. — ¡Oh! ¡Oh!

LIEBETRAUT. — ¡Que venga a decirnos que nada hay nuevo bajo el sol!... ¡Aplicado como un hidalgo alemán! ¡En mi vida había oído tal cosa!

OLEARIO. — Es cierto; ellos están siendo la admiración de la Universidad entera... Un día de éstos vais a ver algunos de ellos, los más granados, los más capaces, que llegarán con su borla de doctor. El emperador se tendrá por dichoso confiándoles empleos distinguidos.

OBISPO. — Y no podrán menos que obtenerlos.

MONJE. — ¿Conocéis, pongo por caso, un hidalgo?... Es de Hesse.

OLEARIO. — Muchos hay de Hesse.

MONJE. — Se llama... Es... Esperad un poco. ¿Cómo se llama? ¿Ninguno de los asistentes sabe cómo se llama?... Su madre se apellidaba de... ¡Ah! Su padre estaba tuerto y era general.

LIEBETRAUT. — ¿De Wildenholz?

MONJE. — ¡Justo! De Wildenholz.

OLEARIO. — Le conozco. Un joven de mucho provecho, sobre todo muy ducho en las discusiones.

MONJE. — Eso lo ha heredado de su madre.

LIEBETRAUT. — Y según afirmaba el marido no era esa la única cualidad buena que ella tenía.

OBISPO. — ¿Y cómo decís que se llamaba aquel emperador que compuso vuestro «Corpus juris»?

OLEARIO. — Justiniano.

OBISPO. — Un grande hombre. Brindo por Justiniano.

OLEARIO. — Brindo a la memoria de Justiniano.

MONJE. — Será el suyo un libro excelente.

OLEARIO. — Puede decirse que es el libro de los libros, una recopilación de todas las leyes, entre las que se encuentran decisiones

importantes relativas a todos los casos; y a más de esto se hallan asimismo innumerables glosas escritas por hombres eruditísimos, con el objeto de hacer la luz en ciertos pasajes oscuros, enriqueciendo con esto el fondo de la obra.

MONJE. — ¡Una recopilación de todas las leyes!... ¡Pardiez! ¿También habrán entrado en ella los diez mandamientos?

OLEARIO. — «Implicité» pero no «explicité».

MONJE. — Justamente, eso quería yo decir, puramente, sin glosa ninguna.

OBISPO. — Pero es de notar, como lo acabáis de hacer, que un país en el que estas leyes se observen indudablemente disfrutaría de un orden y de una tranquilidad envidiables.

OLEARIO. — Indudablemente.

OBISPO. — ¡Brindo por todos los doctores en derecho!...

OLEARIO. — Lo tendré bien presente. *(Beben.)* ¡Ojalá se hablase así en mi país!...

MONJE. — ¿De qué país sois, señor doctor?

OLEARIO. — De Francfort-sur-Mein para servir a su grandeza.

OBISPO. — ¿Y es que no son allí muy bien mirados vuestros colegas?

OLEARIO. — La cosa es digna de notarse; volví a Francfort con objeto de obtener la herencia que me correspondía por muerte de mi padre, y el pueblo, al saber que yo era abogado, ha cometido la atrocidad de apedrearme...

MONJE. — ¡¡Santo Dios!!

OLEARIO. — Os voy a explicar la causa. Los regidores, que disfrutan de grande autoridad en mi país, son personas vulgares, completamente ajenas al derecho romano, y creen que basta conocer el estado de la ciudad, adquirido tan sólo por medio de la edad y la experiencia; de modo que se administra la justicia solo con arreglo a antiguos usos y un reducido número de estatutos.

MONJE. — Eso es sabido.

OLEARIO. — Pero no basta con eso: la vida humana es corta, y sucede que durante una generación no todos los casos prácticos suelen ocurrir. De consiguiente, nuestro cuerpo de derecho es una compilación de todos los casos ocurridos en el transcurso de muchos siglos. Además cada hombre tiene su manera propia de juzgar, uno falla hoy de un modo contrario del que otro fallaba ayer; concluyendo de aquí que la falta de justicia y de equidad y los mismos errores no pueden evitarse; cuando por el contrario en mi código de preceptos jurídicos, todas las leyes son invariables.

MONJE. — En efecto, es mucho mejor.

OLEARIO. — Y eso es precisamente lo que el vulgo no quiere conocer. Gusta de novedades, y al propio tiempo profesa horror a todo aquello que propende a apartarle de la rutina aunque sepa que es lo mejor. A su modo de ver un abogado es un conspirador, un estafador, de modo que se enfurece apenas ve que alguno trata de ejercer la profesión.

LIEBETRAUT. — Sois de Francfort. Bien conocida tengo esa ciudad. Cuando tuvo lugar la coronación del emperador Maximiliano, buenos chascos dimos a vuestras mozuelas... ¿Os llamáis Oleario? No sé que haya allí nadie que lleve ese apellido.

OLEARIO. — Mi padre se llamaba Lhuillier, pero con objeto de evitar el mal efecto que causaría mi apellido en la portada de mis obras latinas, he creído conveniente dejar de usarlo cambiándolo, previa consulta y siguiendo el ejemplo de reputados maestros, por el de Oleario.

LIEBETRAUT. — Habéis hecho bien de traduciros. Nadie es profeta en

su patria. Lo mismo os hubiera pasado con vuestro idioma materno.

OLEARIO. — No es esa la causa.

LIEBETRAUT. — Alguna otra debe haber.

MONJE. — Nadie es profeta en su patria.

LIEBETRAUT. — ¿Sabe monseñor el porqué?

OLEARIO. — Porque ha nacido allí y allí ha sido educado.

LIEBETRAUT. — Esa es una de las razones; la otra es que esa aureola de fama y santidad que rodea a estos señores, vistos de lejos, desaparece en cuanto se les ve de cerca; entonces no son más que unos cualesquiera.

OLEARIO. — Parece que lleváis el encargo de decir la verdad a todo el mundo.

LIEBETRAUT. — Tenga yo valor para decirlas y no me faltarán palabras.

OLEARIO. — Lo que os falta es habilidad para proferirlas.

LIEBETRAUT. — Con tal de que se consiga el propósito, bien dichas están.

OLEARIO. — Dice el proverbio, que por la muestra se conoce el paño.

LIEBETRAUT. — ¿Dónde habéis ganado vuestros grados? Lo digo para el caso de que cayese en la tentación de ganar el de doctor.

OLEARIO. — ¡Aparentáis importunidad!

LIEBETRAUT. — Mientras que vos la echáis de interesante dándoos importancia.

(El OBISPO y el ABAD sueltan una carcajada.)

OBISPO. — Vamos, señores, no acalorarse demasiado; cuando se está comiendo todo se olvida... Vaya, Liebetraut, habladnos de otro asunto.

LIEBETRAUT. — En los alrededores de Francfort existe un lugar llamado Sachsenhausen...

OLEARIO. — *(Al OBISPO.)* Monseñor, ¿qué hay de la expedición contra los turcos?

OBISPO. — ¡Otros negocios interesan al emperador! Ante todo es necesario que fije su atención en dar la paz que falta al Imperio, en destruir las coaliciones y dar a los tribunales la autoridad que han menester... Después, dicen, se pondrá al frente del ejército que va a combatir a los enemigos del Imperio y de la Cristiandad aunque bastante que hacer van a darle en su propia casa. A pesar de una paz de cuarenta años puede decirse que el Imperio está puesto en un brete. La Franconia, la Suavia, el Alto Rhin y los países circunvecinos, están a merced del primer caballero audaz que sobrevenga. Sickingen, Selbitz el Cojo, y Berlichingen el de la mano de hierro, se ríen frecuentemente de su Majestad Imperial.

MONJE. — ¡Cómo!... Si Su Majestad no para mientes en lo que está sucediendo, el día menos pensado nos van a poner la ley a todos.

LIEBETRAUT. — Buen gato ha de ser el que ponga la ley a Fulda.

OBISPO. — Berlichingen principalmente, años ha que no lo puedo ver. No es posible decir cuánta sombra me hace; sólo sí que espero deshacerme pronto de él; el emperador reside en la actualidad en Ausburgo; y hemos tomado de tal modo nuestras medidas que esperamos no se escapará esta vez. Señor doctor, ¿conocéis a Adalberto de Veislingen?

OLEARIO. — No, monseñor.

OBISPO. — Pues cuando tengáis el gusto de conocer a esa persona, os alegraréis de ver en ella el caballero más excelente, cumplido y generoso que hubo en el mundo.

OLEARIO. — Persona excelente debe de ser, en cuanto se atrae las alabanzas de monseñor.

LIEBETRAUT. — Él nunca cursó en la Universidad.

OBISPO. — Cierto. *(Los* CRIADOS *se asoman a la ventana.)* ¿Qué hay?

UN CRIADO. — Faerter, uno de los que iban con Veislingen, acaba de entrar en el castillo.

OBISPO. — Id a ver qué noticias trae; sin duda vendrá a anunciarnos la llegada del caballero.

*(*LIEBETRAUT *sale de la estancia; los demás se levantan y echan un trago más.* LIEBETRAUT *vuelve.)*

OBISPO. — ¿Qué noticias traéis?

LIEBETRAUT. — Quisiera que fuese otro quien os las comunicara. A Veislingen le han sorprendido, acompañado de otros tres, junto a Haslach. Uno de los acompañantes escapó, y ése es quien ha traído la noticia.

MONJE. — ¡Maldita noticia!

OLEARIO. — Lo siento desde el fondo de mi corazón.

OBISPO. — Quiero ver a ese hombre. Haced que se presente... No, no, que venga a mi gabinete... Quiero hablar con él.

MONJE. — *(Volviendo a la mesa.)* ¡Un trago más!

OLEARIO. — ¿Quiere su reverencia dar un paseíto por el jardín? «Post cœnam stabis, seu passus mille meabis.

LIEBETRAUT. — Hablando en verdad, no os conviene el sitial que ocupáis... Vais a tener un nuevo ataque. *(El* MONJE *se levanta. Aparte.)* Una vez salgáis fuera, os aseguro que haréis ejercicio.

Jaxthausen.

ESCENA XVI

MARÍA *y* VEISLINGEN

MARÍA. — ¿Decís que me amáis? Quiero creerlo; espero que formaremos el uno la felicidad del otro.

VEISLINGEN. — María, tú sola eres para mí más que el mundo entero. *(La abraza.)*

MARÍA. — ¡Dejadme por Dios! Habéis recibido un beso como prenda; pero podría decirse que os estáis anticipando a una posesión que no tenéis más que condicionalmente.

VEISLINGEN. — Severa sois, María. Una pasión inocente, lejos de disgustar a Dios, le es agradable.

MARÍA. — Sea así; pero vuestras razones no me convencen. Me han dicho que las caricias, como los eslabones de una cadena, se enlazan estrechamente unos con otros, y que las jóvenes que aman, son más débiles que Sansón después que le cortaron los cabellos.

VEISLINGEN. — ¿Quién os ha enseñado estas cosas?

MARÍA. — La abadesa de mi convento. Viví en su compañía hasta los dieciséis años, y la felicidad de que entonces gozaba, solamente la he encontrado junto a vos. Ella había amado y tenía por consiguiente autoridad para hablar... ¡Cuán tierno era su corazón!... Ella era una mujer apreciable...

VEISLINGEN. — ¿Tendría con vos algún parecido? *(Coge la mano de* MARÍA.*)* ¿Qué sería de mí si fuese preciso separarnos?

MARÍA. — *(Retirando la mano.)* Estoy convencida de que lo sentiríais grandemente como lo sentiré yo... ¡Es fuerza partir!

VEISLINGEN. — Sí, querida mía, partiré, estoy resuelto a partir; sé que este sacrificio que yo haga me ha de traer la felicidad... ¡Bendito sea tu hermano y bendito el día en que me sorprendió en Haslach!

MARÍA. — Aquel día estaba lleno de esperanza por ti y por él

«¡Adiós!—nos dijo al partir—; voy a ver si puedo volver a hallar a Veislingen.»

VEISLINGEN. — Y ha vuelto a hallarle. ¡Ay! ¡Pluguiese al cielo que la vida palaciega que he llevado, no me hubiera hecho abandonar la administración y la seguridad de mis bienes!... ¡Seríais mía desde este mismo instante!

MARÍA. — La esperanza tiene también sus encantos.

VEISLINGEN. — No digas eso, María. Temía que no me amases con la cordialidad con que te amo yo... Pero al fin y al cabo no es esto sino el castigo a que me he hecho acreedor... Por otra parte, ¡qué esperanza tan dulce me acompañará hasta la vuelta! ¡Vivir siempre para ti y junto a ti, alejado del bullicio mundano, gozando de esas dichas que sólo están reservadas a dos corazones como los nuestros! ¿Qué vienen a ser al lado de esta felicidad sencilla el favor de los magnates y las adulaciones del mundo?... Yo he esperado mucho, he ambicionado también mucho; pero en este momento quedan muy atrás las esperanzas y las aspiraciones que hasta ahora he abrigado.

(Entra GOETZ.)

ESCENA XVII

Dichos y GOETZ

GOETZ. — Vuestro escudero acaba de llegar. Pero se siente tan fatigado y hambriento que apenas si puede hablar una palabra. Mi esposa ha ido a mandar que le den de comer. Según he podido comprender, el obispo no consiente en devolverme el hombre que me ha sorprendido; van a nombrarse varios delegados del emperador para que juzguen y decidan la cuestión. Sea libre o no lo sea, en cuanto a vos, Adalberto, podéis consideraros como tal... Sólo os pido una cosa, que me deis palabra de amigo y caballero de no servir ni pública ni secretamente a mis enemigos.

VEISLINGEN. — Estrechad la mano que os tiendo, y sea esto una prenda de una amistad, de una lealtad tan inalterables como son inalterables las leyes de la naturaleza. Pero al mismo tiempo concededme esta otra mano *(Coge la mano de* MARÍA.) y con ella la posesión de la más virtuosa de las mujeres.

GOETZ. — ¿Puedo dar el sí en vuestro nombre, hermana mía?

MARÍA. — Podéis darlo.

GOETZ. — Es ciertamente una felicidad esto de que nuestros intereses sean desde este instante los mismos. No te ruborices, porque tus miradas lo dan a conocer... Veislingen, doy mi consentimiento; si os dais las manos no tengo más que hacer que deciros amén. Amigo, hermano mío; gracias, hermana mía. Tú sabes más que hilar; porque has sabido fabricar un hilo con que coger a este pájaro del paraíso... ¿Parece, Adalberto, que no te encuentras enteramente libre? ¿Qué es lo que echas de menos? En cuanto a mí, me siento enteramente feliz. Lo que no creí más que en sueños, viéndolo estoy ahora en la realidad, y sin embargo, paréceme que sueño todavía. ¡Ah! He aquí cómo explico mi ensueño. Esta misma noche soñé que te tendía mi mano de hierro, y que tú me la apretaste tan fuertemente que se arrancó como quebrada. Entonces di un grito y desperté. Si mi ensueño no se hubiese desvanecido tan pronto, estoy seguro de que hubiera visto cómo tú me reemplazabas la mano de hierro por otra de carne viva... Pero parte, parte a arreglar tus castillos y tu hacienda; porque esas miserables cortes te han hecho abandonar una y otra cosa... ¡Voy a llamar a mi esposa!... ¡Isabel!

MARÍA. — Mi hermano está que rebosa de alegría.
VEISLINGEN. — Y creo que al mismo tiempo presiente también la mía.
GOETZ. — Tendrás una morada excelente.
MARÍA. — La Franconia es un país de bendición.
VEISLINGEN. — Casi puedo asegurar que mi castillo está situado en la parte más feraz y hermosa de ese país.
GOETZ. — Podéis muy bien asegurarlo y yo lo confirmo. Por aquí murmura el Mein, por allá se elevan las colinas, revestidas de campos de trigo y de viñedos, coronados por vuestro castillo; el río hace un pequeño rodeo para ir a perfilar la roca sobre la cual se levantan vuestros torreones. Desde la ventana del salón principal la vista se extiende desde el cristal de las aguas hasta muchas leguas hacia el horizonte.

(Entra ISABEL.*)*

ESCENA XVIII

Dichos e ISABEL

ISABEL. — ¿Qué queréis?
GOETZ. — Que vengas aquí y des tu consentimiento diciendo: ¡Que Dios os haga felices!... ¿Ves esa pareja?
ISABEL. — ¿Qué? ¿Tan pronto?
GOETZ. — Eso no debiera sorprenderte.
ISABEL. — Haga Dios que sigáis amándola tanto como el día en que la habéis pedido para esposa vuestra. ¡Haga Dios que halléis la felicidad en vuestra constancia!
VEISLINGEN. — Dios sabe que ese es el mismo precio que he puesto a la felicidad.
GOETZ. — Querida esposa mía, la novia va a emprender un viaje insignificante: este cambio va a llevar consigo otros más. Veislingen se separa ante todo de la corte del obispo a fin de que se enfríe su amistad para con éste; después se dirigirá a arrancar su hacienda de las avarientas manos de los arrendadores; y después... Pero dejadle, dejadle solo, hermana; dejadle solo, mujer; parece que su escudero desea entregarle algún mensaje que sólo a él interesa.
VEISLINGEN. — No hay nada en él que no podáis saber.
GOETZ. — Bien, pero no es de mi incumbencia. Franconia y Suavia, de hoy más, fraternizarán como nunca. Ya arreglaremos las cuentas a esos principotes.

(Vanse todos menos VEISLINGEN.*)*

ESCENA XIX

VEISLINGEN *y* FRANCISCO

VEISLINGEN. — *(Solo.)* ¡Dios del cielo! ¡Dios mío! Me acabas de conceder tanta felicidad cuando tan indigno soy de ella! ¡Es demasiado para mí!... ¡Y era el juguete de esos bribones a quienes quería dominar! ¡Esclavo del príncipe y buscando las adulaciones de cortesanos sin honor!... ¡Goetz! ¡Goetz! ¡Querido Goetz! Tú acabas de devolverme mi propio dominio; y tú, María, tú me inicias en una vida nueva... Me siento más libre, me siento como transportado a una atmósfera más pura. No quiero volver a Bamberg; quiero romper todos esos lazos vergonzosos que me subyugaban... Mi corazón parece dilatarse... No es esto por la ansiedad que comunica una ambición incierta... El hombre más feliz y realmente grande es aquel que para nada necesita ni obedecer ni mandar.

(Entra FRANCISCO.*)*

FRANCISCO. — ¡Dios os guarde, señor! He de deciros tantas cosas que

no sé por dónde empezar. En Bamberg en toda su extensión de diez leguas a la redonda no cesan de repetir: ¡Dios guarde al señor!

VEISLINGEN. — Está bien; Francisco; ¿qué noticias traes?

FRANCISCO. — Se os estima tanto, sobre todo en la corte, que yo no sé cómo expresarlo.

VEISLINGEN. — No durará eso mucho.

FRANCISCO. — Durará mientras viváis... y después de vuestra muerte el aprecio en que os tienen, aparecerá más brillante que las inscripciones de bronce grabadas en los sepulcros... ¡Cuánto dolor ha causado vuestra desgracia!

VEISLINGEN. — ¿Qué ha dicho el obispo?

FRANCISCO. — Estaba tan inquieto por tener noticias vuestras, que no me dejaba hablar con tanta pregunta como me hacía. Sabía algo por conducto de Foerber, que escapó de Haslach, pero quería saberlo todo de pe a pa. Preguntóme con ansia «si estaba el señor herido». Está ileso, repuse, desde la punta de los cabellos hasta las uñas de los pies.

VEISLINGEN. — ¿Y qué respuesta te ha dado respecto a mis proposiciones?

FRANCISCO. — En un principio quiso darlo todo; el hombre, y cuanto dinero fuese necesario para vuestro rescate; pero en cuanto supo que Goetz os soltaría sin querer más prenda que vuestra palabra de devolverle el vasallo sorprendido, pensó otra cosa y difirió la devolución. Me encargó que dijera a su señoría tantas y tantas cosas que no me acuerdo de ninguna... Fué un sermón inmenso sobre esta tesis: «Yo no quiero de ninguna manera quedarme sin Veislingen».

VEISLINGEN. — Pues le será preciso que de hoy más no cuente conmigo para nada.

FRANCISCO. — ¿Qué queréis decir con eso? Y añadió además: «Que se dé prisa; que no falta nadie más que él».

VEISLINGEN. — Que me esperen si quieren, que yo no vuelvo a la corte.

FRANCISCO. — ¿No volveréis a la corte, señor? ¿A qué viene decir eso?... Si supieseis lo que sé; si pudieseis ver, aunque fuera en sueños, todo lo que acabo de ver...

VEISLINGEN. — ¿Qué acabas de ver?

FRANCISCO. — Solamente al recordarlo se me va la cabeza. ¡Bamberg ya no es Bamberg! ¡Un ángel en figura de mujer, ha hecho de Bamberg la antesala del cielo!

VEISLINGEN. — ¿Y no es más que eso?

FRANCISCO. — Que me meta fraile si en cuanto la veáis no os volvéis loco.

VEISLINGEN. — ¿Qué es, pues?

FRANCISCO. — Adelaida de Valldorf.

VEISLINGEN. — ¿Adelaida de Valldorf? En varias ocasiones he oído celebrar su hermosura.

FRANCISCO. — ¿Oído? Eso es lo mismo que si dijerais: «He visto la música». Las palabras no bastan a explicar tanta belleza: ¡aun los ojos no se la explican tampoco!

VEISLINGEN. — Parece que te hayas vuelto loco.

FRANCISCO. — Todo podía ser. La última vez que la vi parecía ya un borracho; o por hablar mejor parecía que veía una de esas apariciones celestiales que solamente se reservan a los santos... Mis sentidos más fortalecidos, más excitados, y al mismo tiempo como paralizados...

VEISLINGEN. — ¡Cosa extraordinaria!

FRANCISCO. — Cuando fuí a despedirme del obispo, ella estaba sentada enfrente de él, jugando al ajedrez. El obispo al darme su mano a besar me dijo muchas cosas que no oí; ¡tan embebido estaba mirando a su hermosa vecina! Ella tenía los ojos clavados en el tablero como si meditase alguna buena jugada... ¡Había en su boca y mejillas algo que parecía un si es no es malicioso! ¡Y no ser yo el rey de marfil! Su frente demostraba dignidad y complacencia. Y el lustre precioso de su rostro y cuello, ¡cuán realzado parecía por su larga cabellera negra!

VEISLINGEN. — ¿Es que te has vuelto poeta?

FRANCISCO. — Es que entonces sentía en mí eso que hace poetas, un corazón lleno de sentimiento. Cuando el obispo hubo concluído y yo me incliné con respeto, ella levantó los ojos, fijólos en mí diciendo: «Aunque no le conozco salúdale de mi parte y encárgale que venga cuanto antes. Amigos nuevos le esperan, que aunque tantos tiene ya antiguos, no por eso debe desdeñar los nuevos». Lo iba a responder, empero el conducto que va del corazón a la lengua lo encontré interceptado. Saludé. Hubiese yo dado todo cuanto tengo y poseo tan sólo por besar la yema de sus deditos. Estando en esto, el obispo dejó caer un peón; me bajé a recogerlo, y al levantarme rocé el vestido de la dama; mi cuerpo tembló... y, en fin, no alcanzo a ver cómo pude ganar la puerta para largarme.

VEISLINGEN. — Su marido está en la misma corte.

FRANCISCO. — Hace cuatro meses que ella es viuda. Ha ido a Bamberg con objeto de distraerse. Ya la veréis; cuando ella os mira parece que sentís el sol de primavera.

VEISLINGEN. — Sus ojos no harán tanta impresión en mí.

FRANCISCO. — He sabido que estáis ya medio matrimoniado.

VEISLINGEN. — Bien quisiera estarlo del todo. Mi tierna María formará la felicidad de mi vida. Su alma dulcísima se retrata en sus ojos azules. Blanca como un ángel, creada por la inocencia y el amor, dará a mi corazón la paz y la felicidad. Prepárate cuanto antes, que partimos hacia mi castillo. No volveré a Bamberg aunque supiese que el mismo santo patrón me esperase en persona. *(Vase.)*

ESCENA XX

FRANCISCO. — *(Solo.)* ¡No lo quiera Dios!... María es hermosa y blanca. Que un prisionero se enamorase lo concibo; su mirada demuestra resignación mezclada de tristeza. Pero a tu lado, Adelaida, todo es vida, todo es fuego... todo es... Quisiera, quisiera... me vuelvo loco... ¡Todo esto es obra de sus miradas!... El señor marchará, yo marcharé también... y si recobro la razón voy a perderla de nuevo mirando a esa mujer

ACTO SEGUNDO

Salón de Bamberg.

ESCENA PRIMERA

EL OBISPO *y* ADELAIDA DE WALLDORF *jugando al ajedrez.* LIEBETRAUT *con una vihuela en la mano.* DAMAS *y* CORTESANOS *rodeando a* LIEBETRAUT *junto a la chimenea*

LIEBETRAUT. — *(Cantando.)* «Cupido ha llegado con arcos y flechas, y la tea encendida, pues va a combatir y con el valor de sus brazos a vencer... ¡A las armas! ¡A las armas!... El ruido de las

armas hase oído, y las alitas hanse estremecido e irradiado sus ojos... Cupido ha encontrado débiles muchachas; ellas le cogieron y le estrecharon contra sus pechos; le besaron y le abrazaron y le durmieron y Cupido arrojó al fuego sus flechas y sus arcos... ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

ADELAIDA. — (*Jugando con el* OBISPO.) No estáis en la jugada, ¡jaque al rey!

OBISPO. — Aun me queda un recurso.

ADELAIDA. — Pronto se os acabará, ¡jaque al rey!

LIEBETRAUT. — Si yo fuera príncipe nunca jugaría a esa clase de juego, y hasta lo prohibiría en mi corte y en todos mis estados.

ADELAIDA. — Es muy cierto que este juego es la piedra de toque del ingenio.

LIEBETRAUT. — No lo digo por eso. Porque prefiero escuchar las campanas que tocan a muerto, el canto lúgubre de los pájaros agoreros, los aullidos de la conciencia, porque la conciencia es un perro que nunca para de aullar, y todo esto aunque no me deje dormir, antes que de los labios de un loco, de un caballero u otra bestia cualquiera, ese repetido ¡jaque al rey!

OBISPO. — ¡Qué pensamientos tiene ese Liebetraut!

LIEBETRAUT. — Puede que ese Liebetraut sea una cabeza destornillada y una conciencia dura, cualidades que a menudo se encuentran reunidas en una misma persona. Llaman a eso un juego real; suponen que fué inventado por un rey y que este rey se mostró pródigo con el inventor... Si no es eso una paparrucha, ya me figuro qué clase de rey debió haber sido aquél. Sería un estúpido o un muñeco con unos cuantos pelos en la barba y otros tantos en la cabeza; delicadillo como un sauce jovencito, el cual tenía el gusto de jugar a las damas con las mismas damas, no por amor, ¡Dios le libre!, sino por pasar el tiempo. Su ministro, hombre demasiado trabajador para ser sabio, y demasiado rudo para ser cortesano, inventó «in usum Delphini» ese juego en que tan bien representada estaba Su Majestad... y así de lo demás.

ADELAIDA. — ¡Jaque mate! Liebetraut, harías muy bien en llenar los blancos de nuestros cronicones. (*Se levantan.*)

LIEBETRAUT. — ¿Los blancos de nuestros cronicones? ¡Bonita idea!... No dejaría de tener importancia, después que nos servimos de las virtudes de nuestros antecesores para tapizar nuestras personas, como sus retratos tapizan nuestras paredes. Algo ganaríamos en ello.

OBISPO. — ¿Decís que no vendrá?

ADELAIDA. — Os lo aseguro, pensadlo bien.

OBISPO. — ¿Qué puede suceder?

LIEBETRAUT. — ¡Bah! Las palabras se enlazan las unas con las otras como las cuentas del rosario; él caerá en una especie de abatimiento del cual me comprometo a sacarle sin grande esfuerzo.

OBISPO. — Hacedlo; id a buscarle.

LIEBETRAUT. — Poderes...

OBISPO — Los tendréis ilimitados. Nada te detenga con tal de traerle contigo.

LIEBETRAUT. — Y en cuanto a vos, hermosa dama, ¿podemos contar en algo?

ADELAIDA. — Siempre que sea discretamente.

LIEBETRAUT. — Encargo es que se presta a mucho.

ADELAIDA. — ¿Y habríais formado tan pobre idea de mí, o pareceríais ser tan niño para no saber de qué manera debéis hablar de mí a Veislingen?

LIEBETRAUT. — Lo comprendo; a la manera de los pajareros.
ADELAIDA. — Nunca llegaréis a ser discreto.
LIEBETRAUT. — ¿Es posible serlo, hermosa dama?
OBISPO. — Idos pronto; tomad el caballo mejor de mis caballerizas, elegid vuestros acompañantes y traédmele aquí.
LIEBETRAUT. — Si mi artimaña no produce los resultados que se desean, bien podéis decir que esos viejos embusteros que venden remedios contra las arrugas y las pecas del cutis saben mejor que yo lo que se llama simpatía.
OBISPO. — ¿A qué viene todo eso? Berlichingen le habrá embrujado, pero si Veislingen vuelve a juicio querrá volver sin duda alguna.
LIEBETRAUT. — Querrá volver, es claro, ¿pero podrá? Un apretón de manos de parte de un príncipe y la sonrisa de una mujer bonita. O no es Veislingen. Pero, ¡bah! Me voy y me encomiendo a vos.
OBISPO. — ¡Buen viaje!
ADELAIDA. — ¡Id con Dios!
(*Vase* LIEBETRAUT.)

ESCENA II

EL OBISPO, ADELAIDA

OBISPO. — Una vez aquí puedo contar con vos.
ADELAIDA. — ¡Oh! ¿Habéis creído que yo voy a serviros de cebo?
OBISPO. — De ninguna manera.
ADELAIDA. — Pues qué, ¿de reclamo?
OBISPO. — Tampoco. El reclamo es Liebetraut. En cuanto a vos, os ruego encarecidamente, el favor que os pido y que sólo vos podéis concederme...
ADELAIDA. — Alla veremos.

Jaxthausen.

ESCENA III

GOETZ DE BERLICHINGEN, JUAN DE SELBITZ

SELBITZ. — Se os está muy agradecido porque denunciasteis la convención a los de Nuremberg.
GOETZ. — Tarde pagué la deuda. Por cierto que me daba que sentir... Corre la voz de que han entregado mi vasallo a los de Bamberg... Ya tendrán noticias de mí...
SELBITZ. — Desde antiguo que os guardan algún rencor.
GOETZ. — Me alegro, y sobre todo de que hayan tomado la iniciativa.
SELBITZ. — Las ciudades imperiales y los clérigos se sostienen unos a otros.
GOETZ. — Sus motivos tendrán para hacerlo.
SELBITZ. — Es para ellos para quienes se calienta el horno.
GOETZ. — Contaba con vuestro apoyo: si Dios quisiera permitir que el burgomaestre de Nuremberg, con su cadena de oro y todo cayese en nuestras redes, ya se las habría con nosotros, a pesar de toda su cortesanía.
SELBITZ. — He sabido que Veislingen se ha puesto de vuestra parte. ¿Nos apoya en todo?
GOETZ. — Todavía no ha llegado la ocasión de hacerlo. Motivos particulares le impiden por ahora declararse francamente; pero sin embargo bastante es que no se halle en el bando opuesto. El obispo sin él es como la casulla sin el clérigo.
SELBITZ. — ¿Cuándo empezaremos la campaña?
GOETZ. — Mañana o pasado mañana. Los fabricantes de Bamberg y

Nuremberg deben llegar de un momento a otro, de vuelta de la feria de Francfort. Vamos a hacer una buena presa.

SELBITZ. — ¡Dios lo haga! *(Vanse.)*

Salón de Adelaida de Walldorf, en Bamberg.

ESCENA IV

ADELAIDA, UNA CAMARERA

ADELAIDA. — ¿Dices que está allí? Me resisto a creerlo.

CAMARERA. — A no haberlo visto por mis propios ojos también me resistiría a creerlo.

ADELAIDA. — El obispo debiera engastar en oro a ese Liebetraut; ha dado el golpe de gracia.

CAMARERA. — Le he visto cuando entraba en el castillo montando un magnífico caballo blanco. A la entrada del puente el caballo se resistía a pasar adelante; la gente se agolpó para verle, aunque temiendo los bríos del corcel. Saludábanle todos, y él correspondía a su deferencia; su apostura es digna y agradable. Finalmente halagando y, a la vez, amenazando al animal, le obligó a ir adelante entrando en el castillo seguido de su acompañamiento de caballeros a cuyo frente iba Liebetraut.

ADELAIDA. — ¿Y qué tal te ha parecido?

CAMARERA. — Más apuesto que todos los de este castillo... Mirad... *(Le enseña un retrato de Maximiliano.)* Mirad. Se parece al emperador como un hijo a su padre; la nariz, no obstante, es un poco más pequeña; por lo demás los mismos ojos, claros y de tinte suave como los del emperador; hermosa cabellera rubia y talle torneado; además, su fisonomía tiene una expresión apenas perceptible de tristeza... un no sé qué... que me ha enamorado.

ADELAIDA. — Estoy impaciente de verle.

CAMARERA. — Sería un excelente esposo para la señora.

ADELAIDA. — Eres una locuela.

CAMARERA. — Los niños y los locos...

(Son interrumpidas por LIEBETRAUT.*)*

ESCENA V

Dichas y LIEBETRAUT

LIEBETRAUT. — Conque, señora ¿de qué cosa acabo de hacerme digno?

ADELAIDA. — De que vuestra mujer os ponga cuernos, porque por lo que veo sois capaz de hacer olvidar más de una vez sus deberes a la mujer de vuestro vecino, seduciéndola por medio de vuestra hueca palabrería.

LIEBETRAUT. — No, no, hermosa dama; al contrario, la he encaminado siempre por la senda de su deber. Y, os lo juro, es el lecho nupcial lo que no la he hecho olvidar.

ADELAIDA. — ¿Y cómo os lo habéis arreglado para traéroslo?

LIEBETRAUT. — Sabéis muy bien de qué manera se lo arregla uno para que los pájaros caigan en la trampa... ¿Es que queréis que os dé a conocer mis artimañas? En cuanto vi al caballero, me hice el desentendido como si nada supiese de cuanto le había sucedido; y así le puse en la necesidad de que me refiriera de pe a pa su propia historia. Tomando las cosas de diferente manera que él, aparenté no fijarme en ellas y así de lo demás; hasta que concluyendo él comencé por hablarle de Bamberg evocándole antiguos recuerdos, hasta que encontrándole ya bastante excitada su imaginación, hice que se fijase de nuevo en ciertas circunstancias que había olvidado completamente. Entonces entró

en deseos de volver a ver a Bamberg, sin darse al mismo tiempo explicación de los sentimientos que le asaltaban... y en fin quería... pero como contra su voluntad... Y encuanto le vi taciturno esforzándose en entender a sí propio, arrojéle al cuello un lazo compuesto de tres hilos diferentes, favor de príncipes, mujeres y adulación... De esta manera le he podido coger y traérmelo conmigo.

ADELAIDA. — ¿Y qué le habéis dicho de mí?

LIEBETRAUT. — La verdad sin ambajes. Que teniendo algunos asuntos pendientes respecto a vuestros bienes, desearíais que intercediese para con el emperador—quien con tan buenos ojos le mira—, a fin de que consiguiesen buenos resultados.

ADELAIDA. — ¡Bien, muy bien!

LIEBETRAUT. — El obispo debe presentároslo.

ADELAIDA. — Les espero. (*Vase* LIEBETRAUT.) Les espero con una emoción que no siento cuando me anuncian las visitas ordinarias.

Bosque de Spessart.

ESCENA VI

GOETZ, SELBITZ *y* JORGE, *en traje de caballeros*

GOETZ. — ¿Le has encontrado, Jorge?

JORGE. — Había partido ya hacia Bamberg con Liebetraut y dos caballeros más.

GOETZ. — No puedo explicarme el motivo.

SELBITZ. — En cuanto a mí se me resiste a creerlo. Vuestra reconciliación ha sido demasiado precipitada para que pueda ser duradera. Liebetraut es un zorro viejo que le habrá tendido sus lazos.

GOETZ. — ¿Crees que sea perjuro?

SELBITZ. — El primer paso está dado.

GOETZ. — No acierto a creerlo. ¿Quién sabe qué motivos le habrán obligado a dirigirse a la corte?... Todavía se le debe dinero. Lo mejor es esperar.

SELBITZ. — Dios quiera que se haga merecedor de tanta confianza y se porte como debe.

GOETZ. — Se me ocurre una gran idea; que vista Jorge el traje de caballero bambergés que nosotros llevamos, y con el salvoconducto que le daremos, vaya a Bamberg a ver qué es lo que hay.

JORGE. — Tiempo ha que esperaba desempeñar una comisión de esa guisa.

GOETZ. — Es tu primer ensayo. Sé prudente, muchacho, porque si te sucediese algo malo, nos darías un disgusto.

JORGE. — Dejadme hacer, nada me asusta. Bien pueden acosarme por todas partes cuanto les dé la gana, que les aseguro que me uidaré de ellos tanto como si fuesen ratones.

Palacio episcopal de Bamberg.

ESCENA VII

EL OBISPO, VEISLINGEN

OBISPO. — ¿Y piensas detenerte aquí tan poco tiempo?

VEISLINGEN. — No tenéis potestad para hacer que yo quebrante mis juramentos.

OBISPO. — Pero hubieses podido hacer que no consintieses en él... ¿En qué pensabas entonces? ¿No hubiera podido yo rescatarte sin contar con él? ¿Gozo de tan poco crédito cerca del emperador?

VEISLINGEN. — Es cosa hecha ya; dispensadme si queréis.

OBISPO. — No puedo comprender qué clase de motivos son los que te han inducido a dar ese paso... ¡Abandonarme!... ¿No había pues a mano otras mil condiciones que proponer? ¿No estaba en poder nuestro un vasallo suyo? ¿No hubiésemos tenido oro suficiente para conseguirlo todo de él? Hubiésemos seguido la pista a él y a sus compadres... ¡Ah! No puedo explicarme cómo estoy hablândo con un adepto suyo que está obrando en perjuicio mío y que puede descubrir las mismas tramas que urdió.

VEISLINGEN. — Monseñor...

OBISPO. — Y por esa razon cuando te vuelvo a ver, cuando oigo de nuevo tu misma voz... ¡Oh! ¡No es posible! ¡No es posible!

VEISLINGEN. — Adiós, monseñor.

OBISPO. — Te doy mi bendición... En otras ocasiones, cuando te separabas de mí, te decía: ¡Adiós, hasta la vuelta!... Pero ahora, ahora... ¡Plegue a Dios que no nos volvamos a ver nunca!

VEISLINGEN. — Posible es que varien las circunstancias.

OBISPO. — Posible es que te vuelva a ver delante de nuestras murallas; pero como un enemigo mas, invadiendo esos mismos campos cuya feracidad se debe a ti.

VEISLINGEN. — Nunca, monseñor.

OBISPO. — No debes decir ¡nunca! Acosado me he visto por esos estados seculares que me circundan; mientras que te tenía junto a mí... Idos, Veislingen... nada más tengo que deciros... Habéis destruído mis esperanzas todas... Idos... *(Vase el* OBISPO.*)*

VEISLINGEN. — No sé qué contestarle.

ESCENA VIII

VEISLINGEN, FRANCISCO

FRANCISCO. — *(Entrando.)* Adelaida os está esperando. Ella está triste, pero no quiere dejaros ir sin despedirse de vos.

VEISLINGEN. — Ven conmigo.

FRANCISCO. — ¿Es cierto que estamos de marcha?

VEISLINGEN. — Esta tarde mismo.

FRANCISCO. — Para mí es lo mismo que si me dijeran: «Vas a dejar el mundo».

VEISLINGEN. — Para mí también, y además como si no me dijeran dónde he de ir a parar.

Habitación particular de Adelaida de Walldorf.

ESCENA IX

ADELAIDA, CAMARERA

CAMARERA. — Estáis pálida, señora.

ADELAIDA. — No le amo, y sin embargo quisiera que permaneciese aquí. Quisiera vivir en su compañía... pero nunca quisiera que fuese esposo mío.

CAMARERA. — ¿Y creéis que se va?

ADELAIDA. — Ha ido en este mismo instante a ver al obispo con objeto de despedirse de él.

CAMARERA. — Pues entonces aun le queda otra batalla peor que sostener.

ADELAIDA. — ¿Qué queréis decir con eso?

CAMARERA. — ¿Queréis saberlo, señora? El dardo ha penetrado en su corazón; si quiere arrancarlo de allí, habrá de despedazarlo antes.

ESCENA X

ADELAIDA, VEISLINGEN

VEISLINGEN — *(Entrando.)*. ¿Os sentís enferma, señora?

ADELAIDA. — ¿Os interesa saberlo? Nos abandonáis, nos abandonáis para siempre... Si no pensáis más que en eso, ¿qué os importa que se viva o que se muera?

VEISLINGEN. — Veo que no me conocéis, señora.

ADELAIDA. — Juzgo por lo que veo.

VEISLINGEN. — Las apariencias engañan a menudo.

ADELAIDA. — En ese caso seréis camaleón.

VEISLINGEN. — Si fuese posible que vieseis mi corazón...

ADELAIDA. — Grandes cosas habían de verse.

VEISLINGEN. — No cabe duda; allí en su fondo encontraríais vuestra propia imagen.

ADELAIDA. — Puede ser, en cualquier rincón juntamente con algunos antiguos retratos de familia. Tened presente, Veislingen, que estáis hablando conmigo. La mentira, pase cuando sirve de careta a vuestro proceder; pero cuando la careta es conocida se desempeña un papel bastante ridículo. No desconocéis qué habéis hecho, y sin embargo nos encajáis lo contrario de lo que decís. ¿Qué debemos pensar de vuestra persona?

VEISLINGEN. — Pensad lo que queráis. Estoy tan aburrido ya de ser lo que soy, que apenas si doy importancia a lo que pueda parecer.

ADELAIDA. — ¿Venís a despediros de mí?

VEISLINGEN. — Permitidme que bese vuestra mano y os dé el adiós de despedida... Me habéis hecho pensar... lo que no imaginaba... ¡Bah! Me voy haciendo importuno...

ADELAIDA. — No me comprendéis; lo decía por no impediros la partida, puesto que queréis partir.

VEISLINGEN. — Decid mejor que debo. ¡Oh si no fuese por mi deber de caballero, si mi promesa!...

ADELAIDA. — ¡Partid pues! Y contad todas esas cosas a las mozuelas que tienen gusto de leer las ordenanzas de los caballeros andantes y que suspiran por tener un marido de esa guisa. ¡Deberes de caballeros! ¡Cosas de niños!

VEISLINGEN. — Señora, vos juzgáis de otro modo.

ADELAIDA. — Os lo juro; no me conocéis a mí. ¿Qué es lo que habéis prometido, os pregunto? ¿Y a quién? A un hombre que quebranta sus juramentos para con el emperador y para con el Estado... Y para dar vuestra palabra escogéis la ocasión en que, gracias a su iniquidad, erais prisionero suyo. Vuestra palabra no tiene más fuerza que la que tiene una promesa involuntaria e injusta... ¿Nuestras mismas leyes no os rediman del cumplimiento de tal promesa? Haced ver lo contrario a los niños que creen en apariciones y ensueños... Sobre esa excusa hay otras mil razones... ¡Convertirse en enemigo del imperio! ¡Enemigo de la paz y de la tranquilidad de la patria! ¡Enemigo del emperador! ¡Cómplice de un bandido!... ¡Vos, oh Veislingen, cuyo corazón es tan bueno!...

VEISLINGEN. — Si llegaseis a conocerlo...

ADELAIDA. — Haría justicia a sus cualidades. Tenéis un corazón elevado, indomable... mas por eso os hablo, Veislingen. Idos, acariciad la idea de ser su camarada... Idos a ser juguete de sus ardides. Tenéis un carácter amable, lisonjero...

VEISLINGEN. — También él.

ADELAIDA. — Pero siempre cedéis vos, él nunca. El os dominará sin que lo sintáis; seréis el esclavo de un cualquiera cuando podéis mandar a los mismos príncipes. ¡Es una iniquidad destruir así vuestro porvenir!...

VEISLINGEN. — Si supieseis con qué bondad y condescendencia me ha recibido...

ADELAIDA. — ¡Bondad y condescendencia! ¿Y creéis en ellas? ¿Hubierais perdido algo, caso de no haberos tratado bien? Yo en vuestro lugar lo hubiese preferido; un vanidoso como él...

VEISLINGEN. — Habláis de vuestro enemigo.

ADELAIDA. — Todo cuanto digo, lo digo por vos... Pero, ¡bah! En realidad no sé aqué viene decirlo. ¡Adiós pues!

VEISLINGEN. — Permitidme un instante más. (*Toma* VEISLINGEN *la mano de* ADELAIDA *y calla.*)

ADELAIDA. — ¿Tenéis alguna cosa que decirme?

VEISLINGEN. — Yo... debo partir...

ADELAIDA. — Pues entonces partid.

VEISLINGEN. — Señora, no puedo...

ADELAIDA. — Es un deber en vos.

VEISLINGEN. — ¿Es esa vuestra última mirada?

ADELAIDA. — ¡Idos! Siento todo esto...

VEISLINGEN. — Dejad de mirarme así.

ADELAIDA. — ¿Queréis ser enemigo nuestro y al mismo tiempo que se os sonría? ¡Id con Dios!

VEISLINGEN. — ¡Adelaida!

ADELAIDA. — ¡Os aborrezco!

(*Entra* FRANCISCO.)

ESCENA XI

Dichos y FRANCISCO

FRANCISCO. — Señor, el obispo pregunta por su persona.

ADELAIDA. — ¡Id con Dios! ¡Id con Dios!

FRANCISCO. — Y os ruega vengáis conmigo cuanto antes.

ADELAIDA. — Id con Dios, os digo.

VEISLINGEN. — No os digo adiós... he de volver a veros. (*Vase.*)

ADELAIDA. — ¿Volver a verme? Ahora lo arreglaremos todo. Margarita, (*Dirigiéndose a su* CAMARERA.) tú le recibirás... Dile que estoy indispuesta, que tengo jaqueca... que estoy durmiendo; responde de este modo. Sólo así se puede conseguir algo de él.

ESCENA XII

VEISLINGEN *y* FRANCISCO

VEISLINGEN. — Se niega a recibirme.

FRANCISCO. — La noche se acerca. Voy a ensillar los caballos.

VEISLINGEN. — Se niega a recibirme.

FRANCISCO. — ¿Para cuándo quiere el señor tener preparados los caballos?

VEISLINGEN. — Es tarde ya. Nos quedamos aquí.

FRANCISCO. — ¡Bendito y alabado sea el santo nombre del Señor!

ESCENA XIII

VEISLINGEN. — (*Solo.*) ¿Te quedas?... Ponte en acecho, que la tentación es grande... ¡Mi corcel se espanta en el momento de entrar en el castillo! Sin duda alguna, el numen que me protege me cortaba el paso, porque sabía qué riesgos me aguardaban aquí... Hago mal, empero, en dejar desordenados los asuntos que me encargara el obispo, para que pueda entenderse el que me reemplace. Puedo hacerlo sin que por esto falte en nada a la promesa dada a Berlichingen, supuesto que no me ocuparán mucho tiempo aquí. Hubiese sido mejor no haber venido... ¡Partiré mañana o pasado mañana! (*Vase.*)

Otra vez el bosque de Spessart.

ESCENA XIV

GOETZ, SELBITZ *y* JORGE

SELBITZ. — Está sucediendo exactamente cuanto había previsto.
GOETZ. — No, no, no.
JORGE. — Por mi parte puedo aseguraros haber dicho la pura verdad. Siguiendo las instrucciones que se me habían dado, vestí el traje de bambergés, y con el salvoconducto para salvar la vida, entré en Bamberg en compañía de varios campesinos de Reinek.
SELBITZ. — ¿Con el disfraz? Fácilmente hubiera podido sucederte algo.
JORGE. — En eso estaba pensando; pero un soldado a quien se le enumeran los riesgos que va a correr, no hubiese hecho más que yo. Llegué a Bamberg, y lo primero de que oí hablar, fué de la reconciliación del obispo con Veislingen; también se hablaba bastante del proyecto de casamiento de Veislingen con la viuda del señor de Walldorf.
GOETZ. — ¡Bah! ¿Habladurías y chismes?
JORGE. — Y yo fuí en persona quien le vió dando el brazo a aquella dama cuando se dirigían al comedor. Ella es bonita, os lo aseguro. ¡Es bonita! Nosotros al verla saludamos, y ella al pasar contestó a nuestro saludo; y él no hizo más que volver la cabeza... Parecía encantado... La gente al ver a entrambos decía... ¡Vaya la hermosa pareja!
GOETZ. — Y aun cuando fuese así...
JORGE. — Esperad un poco... Al día siguiente cuando se dirigía también al comedor, aproveché un momento en que le vi solo con un paje, y ocultándome en la escalera, le dije a media voz: «Dos palabras de parte de Berlichingen». El entonces se estremeció, y yo vi en sus ojos la expresión de su falsía; apenas se atrevía a mirarme cara a cara... ¡A mí, que no soy más que un don nadie!
SELBITZ. — Y eso es que su conciencia era de peor condición que tu estado.
JORGE. — «¿No eres tú bambergés?», me dijo. Y yo le contesté: «Vengo a saludaros de parte del señor de Berlichingen... y a preguntaros...» «Ven mañana a mi casa, por la mañana, y allí hablaremos.»
GOETZ. — ¿Y fuiste?
JORGE. — Claro que sí, y por cierto que hube de esperarle mucho tiempo en las antesalas. Los pajes, con sus jubones de seda, me miraban de pies a cabeza, y yo decía para mi sayo: «¡Sí, sí, miradme bien!...» En fin, se me dijo que podía entrar. Encontréle malhumorado, pero esto me importaba poco, y no me impidió que desempeñara mi comisión. El se ponía de peor humor, y al mismo tiempo se esforzaba en que no se le apercibiese. Se quejó de que le hayáis enviado un cualquiera para encargarle el mensaje; esto me supo mal, tanto que le dije que no se conocían más que dos clases de hombres, o valientes o cobardes, y que en cuanto a mí estaba al servicio del señor Goetz de Berlichingen, y esto era bastante decir. A todo lo cual contestó con hueca palabrería, y con tanto hablar, no venía a decir más que me habíais enviado a sorprenderle, y que él ni os debía nada ni tenía nada que ver con vos.
GOETZ. — ¿Y lo dijo él en efecto?
JORGE. — Y aun me dijo otras muchas cosas, y hasta me amenazó.
GOETZ. — ¡Es demasiado! ¡Un desengaño más! ¡Confianza y leal-

tad: me habéis engañado esta vez!... ¡Pobre María! ¿Cómo voy a decírselo?

SELBITZ. — Prefiero perder la pierna que me queda a estar en la piel de ese tunante. *(Vanse.)*

Otra vez el palacio episcopal de Bamberg.

ESCENA XV

ADELAIDA *y* VEISLINGEN

ADELAIDA. — Las horas me parecen largas e insoportables... ¡Tengo vergüenza de jugar con vos!... ¡Fastidio, tú consumes más que la misma fiebre!

VEISLINGEN. — Es que os habéis cansado de mí.

ADELAIDA. — De vuestra persona no, de vuestra sociedad sí. Yo deseaba saber adónde os dirigíais; pero no haberos detenido.

VEISLINGEN. — ¡Caprichos de mujeres! Primeramente responden tiernamente a nuestras esperanzas más queridas; después como ciertas aves inconstantes abandonan el nido en que se hallan sus propios hijos.

ADELAIDA. — Sí, podéis hablar mal de las mujeres... El jugador perdido rasga y pisotea las mismas cartas, que sin culpa alguna han sido la causa de su desgracia... Pero habéis de permitirme que a mi vez me tome la revancha de hablar un poco de los hombres... ¿Y quién sois pues para declamar contra la inconstancia, siendo así que nunca sois ni lo que queréis ni lo que debéis ser? ¡Príncipes de cartón admirados por el vulgo! ¡Cuánto no daría alguna de esas miserables remenderas por llevar en su cuello una hilera de esas perlas que lleváis cosidas a vuestra capa, y que desdeñáis con ligereza!

VEISLINGEN. — Cáustica estáis...

ADELAIDA. — No es más que una antítesis de vuestras propias frases... Antes de conoceros, Veislingen, yo me encontraba como la miserable remendera de que acabo de hablar. La fama con sus cien trompetas —y no hablo metafóricamente—, parlanchina como un dentista de plazuelas, me celebró en tal manera vuestro valor, que me hizo entrar en deseos de conocer esa quintaesencia del género humano, ese fénix, ese Veislingen... Pero me llevé solemne chasco.

VEISLINGEN. — ¿Y es que el fénix se ha convertido en un ave común?

ADELAIDA. — No, Veislingen. Verdaderamente sentí interés de conoceros.

VEISLINGEN. — Eso mismo creí encontrar en vos...

ADELAIDA. — *(Interrumpiendo.)* Cierto, a la verdad sobrepujáis vuestra celebridad. El vulgo no distingue más que las apariencias de mérito. Como tengo costumbre de no sondear a aquellos hombres a quienes quiero bien, pasé algún tiempo a vuestro lado, pero sintiendo como si me faltase algo, y este algo sin explicármelo. Pero al cabo mis ojos vieron la luz; en vez de encontrar un hombre incansable que tenía a su cargo los intereses de un príncipe sin olvidar por eso sus asuntos propios y su propia celebridad; emprendedor y activo, para quien los obstáculos eran como las montañas que es preciso vencer para elevarse a mayor altura, me vi frente a frente de un ente quejumbroso, taciturno como un poeta enfermo, melancólico como una mozuela delicada, y más haragán que un viejo impertinente. En un principio creí que estas circunstancias eran efecto de cierto infortunio que os apesadumbraba, y entonces hice cuanto pude por hacéroslo olvidar. Pero ahora que

veo que tal estado va prolongándose demasiado, me habéis de permitir que os retire mi favor... Vos no tenéis ningún derecho sobre él; por lo tanto, puesto que lo destino a otra persona, claro está que no puede ser transmitido a vos por ésta.

VEISLINGEN. — ¿Me abandonáis?

ADELAIDA. — No, mientras aliente alguna esperanza; el aislamiento en este caso tiene muy malas consecuencias. ¡Pobre Veislingen! Parecéis desconsolado como un amante engañado por su primera novia, pero no pierdo las esperanzas en cuanto a vuestra persona... Vamos, dadme la mano, que os pido indulgencia por lo que por amor os he dicho.

VEISLINGEN. — ¡Oh, si pudieseis amarme! ¡Si en mi pasión ardiente pudieseis derramar algún consuelo!... ¡Adelaida, vuestras quejas son infundadas! Si fueseis capaz de sospechar siquiera la milésima parte de esa lucha que estoy sosteniendo en mí, de ninguna manera, os lo juro, os gozaríais en clavar en mis propias heridas el acero cruel de vuestro desdén, de vuestro desprecio!... ¡Sonreís! ¿Creéis acaso que es obra de un instante ni de un día, volver atrás de lo hecho después del paso que me habéis impulsado a dar? Trabajar para arruinar a un hombre cuya imagen es para mí inolvidable y por quien he sentido una afición nueva...

ADELAIDA. — Singular es eso; tú pretendes amar a ese mismo hombre de quien estás resentido... Eso viene a ser lo propio que auxiliar con armas y bagajes a tus mismos enemigos.

VEISLINGEN. — Así lo comprendo, y no hay nada que decir... Advertido está él de que Veislingen ha faltado a su palabra, y ya se pondrá en guardia contra mí. Pero yo no duermo como vos decís, Adelaida. Nuestras gentes reforzadas hace poco están prestas para cumplir su deber; las negociaciones continúan con calor, y la Dieta de Augsburgo favorecerá nuestros planes.

ADELAIDA. — ¿Partís?

VEISLINGEN. — ¡Si fuese posible darme esperanzas!...

ADELAIDA. — Sois un incrédulo; es preciso para que creáis que se os hagan ver milagros. Vete, Veislingen, y acaba tu obra. Los intereses del obispo, los nuestros, los míos, son todos los mismos, y si por política...

VEISLINGEN. — ¿Os chanceáis?

ADELAIDA. — No acostumbro chancearme. Mi hacienda se halla en poder de ese altivo duque. Goetz no dejará de caer sobre la vuestra, y si nosotros, como nuestros enemigos, no marchamos unidos y no ponemos al emperador de nuestra parte, estamos perdidos.

VEISLINGEN. — En cuanto a eso no me da cuidado. De nuestra parte está la mayoría de los nobles; el emperador que necesita de nosotros para defenderse contra los turcos, no cabe duda, no nos abandonará... ¡Qué felicidad será para mí arrancar tus bienes de las garras de tus enemigos, y de hacer entrar en buen camino a esos perturbadores que trastornan la Suavia, afirmar la tranquilidad del obispo y nuestra propia seguridad!... Y entonces...

ADELAIDA. — Los días vienen unos tras de otros, y el destino es quien domina en nuestro porvenir.

VEISLINGEN. — Empero es preciso quererlo...

ADELAIDA. — ¿Y qué? Supuesto que lo queremos...

VEISLINGEN. — ¿De veras?

ADELAIDA. — De veras; partid.

VEISLINGEN. — ¡Mujer encantadora!

HOSTERIA

Una boda de campesinos. Música y baile en el exterior

ESCENA XVI

EL SUEGRO, GOETZ, SELBITZ, *sentados a la mesa.* EL NOVIO, *aparte*

GOETZ. — Es lo mejor que podáis haber hecho, acabar el pleito por medio de esta boda.

SUEGRO. — ¡Oh! El resultado es mucho más feliz de lo que me había imaginado; hacer paces con mi vecino y dejar mi hija bien arregladita.

NOVIO. — Y yo vuelvo a ser el propietario de los bienes en litigio, y además, del pimpollo más hermoso de la aldea. ¡Ojalá hubieseis convenido antes!

SELBITZ. — ¿Y cuánto tiempo ha durado el pleito?

SUEGRO. — Desde ocho años atrás; pero quisiera mejor sufrir la fiebre ocho años que renovarlo... Es el cuento de nunca acabar. ¡Cuánto se ha de trabajar para arrancar un fallo a esos tíos de peluca! ¡Y qué fallo! ¡Llévele el diablo al asesor Sapupi!... ¡Maldito italiano más negro que el infierno!

NOVIO. — ¡De veras, es un maldito tunante! Y me costó hacerle dos visitas.

SUEGRO. — Y a mí me costó tres. Y más aún, caballero; obtuvimos por fin un fallo por el que tanta razón tenía yo como mi yerno, y tanta mi yerno como yo: nos quedamos parados, cuando el Dios de bondad me inspiró cederle mis pretensiones juntamente con mi hija.

GOETZ. — Eso producirá muy buenos efectos. *(Bebe.)*

SUEGRO. — ¡Dios me libre de pleitear en toda mi vida! ¡Cuánto dinero nos sacan! Los abogados se hacen pagar a tanto por saludo.

SELBITZ. — ¿Pero todos los años no se hacen inspecciones imperiales?

SUEGRO. — Nosotros no somos gran cosa. El dinero es lo que lo hace todo. ¡Es un infierno!

GOETZ. — ¿Cómo es eso?

SUEGRO. — ¡Uff! De otro modo nada se hubiese hecho, a no mediar dinero; el asesor solamente, ¡Dios le perdone!, me ha sacado dieciocho florines de oro.

NOVIO. — ¿Y qué?

SUEGRO. — Y Sapupi, ¡vaya! ¡Este es otro que bien baila!

GOETZ. — ¡Cosa inconcebible!

SUEGRO. — Veinte florines habían de ser para Sapupi. Cuando fuí a entregárselos a su casa de campo y entré en aquella sala tan lujosa, el corazón se me derretía en el pecho; porque no basta tener una buena casa con su parque, sino también mucho dinero sonante... ¿Y de dónde se saca? Así pensaba yo; ¡Dios sabe cuánto sufrí! Porque fué el caso que no me quedaba un céntimo para volverme a casa, y me vi en la necesidad de decirle lo que me pasaba; él entonces viendo mis ojos llenos de lágrimas me tiró unas pocas monedas y me despachó de su casa.

NOVIO. — ¿Es posible? ¿Sapupi?

SUEGRO. — ¿Qué, te maravillas? Pues él fué y nadie más.

NOVIO. — ¡Que el demonio se lo trague! A mí también me estafó quince florines.

SUEGRO. — ¡Tunante!

SELBITZ. — Goetz, ¿y dicen que nosotros somos bandidos?

SUEGRO. — ¡Pues por eso el fallo fué tan ambiguo! ¡Perro!...

GOETZ. — Es preciso no ser tontos y no dejar pasar todas esas infamias.

SUEGRO. — ¿Y qué le hemos de hacer?
GOETZ. — Ir a Spira. Esta es justamente la época de las inspecciones. Una vez lo hayáis publicado todo, se harán averiguaciones sobre el caso y os devolverán el dinero.
SUEGRO. — ¿Y creéis, caballero, que podremos conseguirlo?
GOETZ. — Si fuese preciso apostar cualquier cosa lo haría de buena gana.
SELBITZ. — El dinero vale bien la pena de intentar un esfuerzo.
GOETZ. — Por mucho menos me he arriesgado yo bastantes veces.
SUEGRO. — *(Al* NOVIO.) ¿Qué dices a eso?
NOVIO. — Intentémoslo, cueste lo que cueste.
(Entra JORGE.)

ESCENA XVII
Dichos, JORGE *y* UN CAMPESINO

JORGE. — Los nurembergeses están de marcha.
GOETZ. — ¿Adónde?
JORGE. — Si partimos cuanto antes, aun sin darnos mucha prisa podemos alcanzarles en el bosque entre Beerheim y Mulbach.
SELBITZ. — ¡Magnífico!
GOETZ. — Vamos pues. Adiós, amigos. ¡Dios os guarde!
CAMPESINO. — ¡Qué! ¿No os quedáis a comer con nosotros?
GOETZ. — No podemos detenernos. ¡Adiós!

ACTO TERCERO

Un jardín en Ausgburg.

ESCENA PRIMERA
DOS MERCADERES DE NUREMBERG

MERCADER 1.º — Esperemos aquí. El emperador debe pasar por acá. Ahora cruza el paseo grande.
MERCADER 2.º — ¿Quién le acompaña?
MERCADER 1.º — Adalberto de Veislingen.
MERCADER 2.º — El valido de Bamberg... ¡Tanto mejor!
MERCADER 1.º — Nos arrojaremos a sus pies y yo hablaré en nombre de todos.
MERCADER 2.º — ¡Bueno pues! Míralos ahí.
MERCADER 1.º — Parece receloso...

ESCENA II
Dichos, EL EMPERADOR, VEISLINGEN

EMPERADOR. — *(Dirigiéndose a* VEISLINGEN.) Estoy muy triste, Veislingen; cuando fijo mis ojos en mi vida pasada, no puedo evitar una amargura mortal. ¡Cuántos proyectos abortados!... Y todo porque esos nobles de mi imperio no piensan más que en sus continuas querellas y abandonan mis miras.
(Los MERCADERES *se arrojan a los pies del* EMPERADOR.)
UN MERCADER. — ¡Emperador ilustrísimo, poderoso soberano!...
EMPERADOR. — ¿Qué es eso? ¿Quiénes sois?
UN MERCADER. — Unos pobres mercaderes de Nuremberg, humildes vasallos de vuestra Majestad, cuyo auxilio venimos a implorar. Somos treinta que escoltados por unos bambergeses volvíamos de la feria de Francfort, cuando fuimos sorprendidos por Goetz de Berlichingen y Juan de Selbitz, quienes nos lo han saqueado todo. Venimos a implorar de Vuestra Majestad ayuda, porque estamos arruinados y para comer hemos de mendigar el pan.

EMPERADOR. — ¡Ah! ¡Dios mío! ¿Qué es esto? El uno no tiene más que una mano; el otro sólo una pierna. ¿Qué sería si ambos tuviesen las dos manos y las dos piernas?

UN MERCADER. — Imploramos humildemente de Vuestra Majestad que se compadezca de nuestro miserable estado.

EMPERADOR. — ¡Bah! Lo comprendo; si un traficante cualquiera pierde un cucurucho de pimienta, es preciso que todo el imperio tome las armas para reparar el agravio; pero se trata de la Majestad del Emperador, o de la defensa del territorio, y apenas si lográis reunir un par de hombres.

VEISLINGEN. — (*A los* MERCADERES.) Habéis perdido el tiempo; marchaos y volved otro día.

LOS MERCADERES. — (*A* VEISLINGEN.) Imploramos vuestra augusta intercesión. (*Vanse.*)

EMPERADOR. — ¡Más desórdenes! Parece que renazcan como las cabezas en la hidra.

VEISLINGEN. — Y no se logrará escarmentar a esos perturbadores sino por medio de una medida de rigor: el fuego y siempre el fuego.

EMPERADOR. — ¿Lo creéis así?

VEISLINGEN. — Creo que nada habría más fácil en el mundo si los nobles quisieran convenirse en otras querellas de menos importancia. Es preciso que se sepa que no está la Alemania para sufrir tamañas turbulencias. Entre tantos países de la tierra, sólo la Franconia y la Suavia son las que reaniman sin cesar el fuego mal apagado de las devastadoras guerras intestinas. Y al mismo tiempo encontraréis en ambos países una multitud de señores nobles que no quieren sino paz y tranquilidad. Si pudiésemos desembarazarnos de ese Sickingen, de ese Selbitz y de ese... Berlichingen, todo quedaría como una balsa de aceite, porque ellos son los promovedores de todas las revueltas.

EMPERADOR. — Ya ajustaría las cuentas a todos ésos, pero son nobles y valerosos y en caso de guerra les he de menester en el campo de batalla.

VEISLINGEN. — Es cierto que sería muy bueno que ellos no pensasen más que en sus deberes; pero dada la situación que atravesamos, no es por ningún concepto conveniente premiar con honores sus atentados contra la paz y el orden público. Cabalmente lo que más les anima, es la prudencia y la bondad en que se inspiran todos los actos de Vuestra Majestad, cuyas atenciones pagan tan ingratamente. Además, el partido que les sostiene, no podrá ser dominado jamás, mientras no purguemos la tierra de tales hombres, quitándoles la esperanza de que vuelvan a reaparecer.

EMPERADOR. — ¿Entonces vuestra opinión es que empleemos la fuerza?

VEISLINGEN. — No veo otro medio que sea bastante eficaz para poner fin a la inquietud que domina en estos estados. ¿No llegan continuamente a nuestros oídos nuevas e incesantes quejas de nobles cuyos vasallos se asesinan los unos a los otros, o les niegan homenaje, llegando hasta amenazarles con restringirles sus poderes? ¿No traerán estos sucesos resultados deplorables?

EMPERADOR. — Tenemos entonces una buena ocasión para obrar contra Berlichingen y Selbitz. A decir verdad, debo confesar que no deseo que se les haga gran daño; solamente quisiera que se les asegurase y se les hiciese jurar la promesa de seguir quietos en sus castillos y no meterse en nada que no les ataña directamente. He de proponer todo esto en la primera sesión que tengamos.

VEISLINGEN. — Y las aclamaciones de entusiasmo de la Asamblea en

masa, ahorrarán a Vuestra Majestad el trabajo de terminar su discurso. *(Vanse.)*

Jaxthausen.

ESCENA III

SICKINGEN, GOETZ

SICKINGEN. — Sí, vengo a que vuestra noble hermana me conceda su corazón y su mano.

GOETZ. — Si es así, deploro grandemente que no hayáis venido más pronto, porque estoy en el deber de deciros que Veislingen durante su cautividad ha logrado captarse el amor de mi hermana, a la que ha pedido en matrimonio, habiendo obtenido mi consentimiento; pero ahora que he soltado ese pájaro, él desprecia la mano que le ha alimentado y revolotea de aquí allá y a la ventura buscando su sustento. ¡Dios sabe en qué zarzales se ha metido!

SICKINGEN. — ¿Es cierto?

GOETZ. — Tal como os lo cuento.

SICKINGEN. — En ese caso ha sido doblemente infame. Bien podéis dar gracias a Dios porque os ha librado de tal cuñado.

GOETZ. — ¡Pobre niña! No hace otra cosa que permanecer retirada en sus habitaciones llorando y gimiendo.

SICKINGEN. — Nosotros procuraremos distraerla.

GOETZ. — ¿Qué dices? ¿Y querías tú casarte con una mujer abandonada?

SICKINGEN. — Verdaderamente ha sido un honor para entrambos, ella y tú, haber sido engañados por Veislingen. ¿Y es de todo punto necesario que esa pobre niña vaya a encerrarse en un convento sólo porque el primer hombre que amó fué un bribon? No, no; sigo en mis trece; ella ha de ser la reina de mis castillos.

GOETZ. — Ya te he dicho que no te miraba con indiferencia.

SICKINGEN. — ¿Y crees tú que no soy capaz de hacerla olvidar a ese tunante? ¡Vayamos a verla! *(Vanse.)*

Campamento del ejército imperial.

ESCENA IV

UN CAPITÁN, VARIOS OFICIALES

CAPITÁN. — Avancemos con prudencia y ordenemos nuestros hombres. Llevamos instrucciones terminantes en las que se nos manda cercarle y cogerle vivo. Pero me parece que no es cosa fácil. ¿Quién se atreverá a él?

OFICIAL 1.º — Tenéis razón; él se defenderá como un león. Como ningún mal nos ha hecho, es preciso que se medite un poco antes de exponerse uno a que le rompan la cabeza porque le dé la gana al país y a Su Majestad.

OFICIAL 2.º — Sería una deshonra para nosotros dejarle escapar. Una vez le tenga yo cogido del pescuezo veremos si se escapa.

OFICIAL 1.º — Cuidado con cogerle con los dientes porque pudiera suceder muy bien que os costase perder la quijada. Amigo, hombres de su calibre no se dejan coger como un pilluelo.

OFICIAL 2.º — Allá veremos.

CAPITÁN. — Ya debe tener en su poder nuestra carta. No perdamos tiempo y enviemos unos cuantos hombres de observación.

OFICIAL 2.º — Encargadme su mando.

CAPITÁN. — Pero tú no conoces el país.

Oficial 2.º — Pero entre mis hombres hay uno que es hijo de aquí y aquí se ha criado.
Capitán. — Pues entonces podéis iros.

Jaxthausen.

ESCENA V

Sickingen. — *(Solo.)* Todo va bien. Primeramente parecía haberla sorprendido mis proposiciones y me miraba de pies a cabeza comparándome según creo con el chisgaravís de Veislingen; a Dios gracias eso no me parece mal. Su respuesta ha sido breve y bastante ambigua. ¡No importa! Es preciso que demos tiempo al tiempo; el corazón de esa joven, está resentido por una pasión desgraciada; pero pronto podremos tratar de matrimonio.
(Entra Goetz.*)*

ESCENA VI

Goetz *y* Sickingen

Sickingen. — ¿Qué noticias me traes, cuñado?
Goetz. — Una proscripción imperial.
Sickingen. — ¡Qué!
Goetz. — Lee esta carta. El emperador ha enviado una expedición contra mí; la cual no lleva otro objeto que el de dar mi carne como pasto a las aves del cielo y a las fieras de las selvas.
Sickingen. — Ya verán qué buen provecho les hará la suya... No he podido llegar aquí en mejor ocasión.
Goetz. — No. Sickingen, habéis de partir. Convertiros en enemigo del Imperio es dar al traste con vuestros proyectos. Y por otra parte no podéis servirme de otra manera mejor que declarándoos neutral. El emperador es amigo vuestro, y lo peor que pudiera sucederme es ser hecho prisionero. Entonces será ocasión de poner en obra vuestras relaciones para sacarme de una situación tan desgraciada en la que un auxilio vuestro antes de tiempo nos arrojaría a entrambos. En efecto, ¿qué sucedería? Las tropas están de marcha en dirección al castillo, y si llega a saberse que os encontráis en él; tanto peor para nosotros, porque el emperador nos observa, y teniendo noticia de vuestra presencia, engrosará sus gentes y entonces podemos casi considerarnos perdidos.
Sickingen. — Pero a lo menos habréis de consentir que os mande reservadamente una veintena de caballeros.
Goetz. — ¡Pronto pues! ¡Acabo de enviar a Jorge al castillo de Selbitz, y otros de mis hombres a fin de reclutar por los alrededores. Querido cuñado, cuando todos mis soldados estén reunidos en rededor de mí, creo que pocos príncipes podrán disponer de una tropa como la mía.
Sickingen. — Pero sois pocos para tantos enemigos.
Goetz. — Basta un lobo para una manada de borregos.
Sickingen. — Pero, ¿y si tienen un buen pastor?
Goetz. — ¡Bah! ¡Bah! Mercenarios son y nada más, y poco, muy poco puede hacer el mejor guerrero cuando no es dueño de sus acciones. Los conozco a todos muy bien, y no es ésta la primera vez que los trato. Cuando di mi palabra al margrave de ayudarle contra Conrado Schott, se me envió un papel de parte de la cancillería, en el que se me daban instrucciones para marchar por tal o cual paraje y obrar de esta o de la otra manera. Entonces yo arrojé el papelucho al rostro de los cancilleres, diciéndoles que algo había de falta en esas instrucciones, y que por lo tanto nada podía hacer, puesto que no se me decía también

qué había de sucederme; que por lo demás yo abriría los ojos y ya sabía lo que tenía que hacer.

SICKINGEN. — Vaya una burla. hermano. Me voy; mandaré aquí todas las gentes que pueda reunir.

GOETZ. — Ve a despedirte de mi esposa y de mi hermana. Las he dejado reunidas. Quisiera que te convinieses con ambas antes de marchar. Envíame al momento los caballeros, y vuelve secretamente a buscar a María, porque temo que en adelante mi castillo no pueda ser habitado por mujeres.

SICKINGEN. — Ten más ánimo, Berlichingen. *(Vanse.)*

BAMBERG

Habitación de Adelaida de Walldorf

ESCENA VII

ADELAIDA, FRANCISCO

ADELAIDA. — ¿Y están ya de marcha ambas expediciones?

FRANCISCO. — Sí. señora, y mi amo arde en deseos de combatir con vuestros enemigos. Quería seguirle, aunque estoy muy bien a vuestro lado; voy a marchar muy pronto para volver cuanto antes trayéndoos buenas noticias... Mi amo me ha dado su permiso...

ADELAIDA. — ¿Y cómo está tu amo?

FRANCISCO. — Perfectamente bien. Me ha dicho que bese la mano a la señora.

ADELAIDA. — *(Tendiendo la mano.)* Vamos pues. Tus labios queman.

FRANCISCO. — *(Aparte y poniendo la mano sobre su corazón.)* ¡Aquí es donde me estoy quemando. *(En alta voz.)* Señora, los criados que tenéis son los hombres más felices que hay en el mundo.

ADELAIDA. — ¿Quién manda la expedición en contra de Berlichingen?

FRANCISCO. — El señor de Sirau. Adiós, hermosa señora; parto. No me dejéis en olvido.

ADELAIDA. — Bueno sería que antes bebieses y tomases alguna cosa y descansaras un rato.

FRANCISCO. — ¿Y a qué viene eso? Después de haber visto a la señora ni siento hambre ni fatiga.

ADELAIDA. — Conozco tu celo.

FRANCISCO. — ¡Ah, señora!

ADELAIDA. — Serénate te digo, y toma algo de alimento. Allá no lo pasarás muy bien.

FRANCISCO. — ¡Cuánto melindre para un pobre chico! *(Vase.)*

ADELAIDA. — *(Sola.)* Las lágrimas brillan en sus ojos. Le quiero bien; nadie en el mundo se ha tomado tanto interés por mí.

Jaxthausen.

ESCENA VIII

GOETZ, JORGE

JORGE. — Desea hablaros en persona. No le conozco; es un hombre alto de ojos negros y brillantes.

GOETZ. — Dile que entre.

ESCENA IX

GOETZ, LERSE

GOETZ. — Dios os guarde, caballero. ¿Qué noticias traéis?

LERSE. — Aquí está mi persona, la cual vengo a ofreceros tal cual es, siquiera no valga gran cosa.

GOETZ. — Bien venido seáis, dos veces bien venido. Sois un valiente

y venís cuando en vez de proporcionarme nuevos amigos temo perder los que tengo antiguos. Vuestro nombre.

LERSE. — Francisco Lerse.

GOETZ. — Os estoy agradecido, Francisco, por haberme hecho conocer un valiente más.

LERSE. — En cuanto a mí, no es ésta la primera vez que me doy a conocer a vos. Mas la primera vez no pudisteis estarme agradecido.

GOETZ. — No acierto a reconoceros.

LERSE. — Lo siento. ¿Recordáis que cuando os declarasteis de parte del margrave contra Conrado Schott, quisisteis marchar hacia Hasfurt por carnaval?

GOETZ. — ¡Cierto que me acuerdo!

LERSE. — ¿Recordáis asimismo haberos encontrado cerca de un pueblecillo con unos veinticinco caballeros?

GOETZ. — Y muy bien que me acuerdo. Pero primeramente creí que no eran más que unos doce, y como nosotros llegábamos a diez y seis, dividí mis gentes y fuí a emboscarme junto al pueblo, detrás de una floresta a fin de dejarles franco el paso. Pero mi propósito era caer de improviso sobre ellos como lo hice saber al resto de mis gentes.

LERSE. — Pero nosotros que os vimos, adivinamos el ardid y descendimos la colina que dominaba al pueblecillo, a cuyos pies estabais apostados. Entonces viendo que no queríais subir adonde nosotros estábamos, resolvimos bajar adonde estaban los vuestros.

GOETZ. — ¡Justo! Entonces conocí en qué atolladero me había metido. ¡Veinticinco contra ocho! No era la ocasión para echarse a dormir. Ehrard Truchses me mató un hombre, y yo en cambio le hice saltar de la silla. Si todos se hubiesen conducido como el y uno de sus caballeros, no sé qué hubiese sido de mí y de mi pequeño ejército.

LERSE. — Pues ese caballero que decís...

GOETZ. — Era el muchacho más valiente que he visto en mi vida. ¡Me puso en un brete! Y cuando creí que ya me lo había echado de encima y me disponía a emprenderla con otro; he aquí que vuelve a la carga con más ánimos que acababa de hacerlo... Un golpe que asestó que partió mi brazal y me hirió aunque levemente.

LERSE. — ¿Y le habéis perdonado?

GOETZ. — Siempre lo perdono todo.

LERSE. — Pues bien; en ese caso creo que no estaréis descontento de mí, puesto que en vos mismo es en quien he hecho la prueba.

GOETZ. — ¿Eras tú? Pues bien venido seas, mil veces bien venido! Dime tú, Maximiliano, ¿puedes tú envanecerte de tener entre tus tropas un solo hombre que valga lo que vale éste muchacho?

LERSE. — Me sorprendí en un principio viendo que no me habíais conocido.

GOETZ. — ¿Cómo había de ocurrírseme creer que aquel muchacho que tanto trabajó para perderme había de volver después a ofrecerme su espada?

LERSE. — Pues por eso mismo. Yo sirvo desde muy joven en clase de soldado, y más de una vez me las he tenido que haber con caballeros. En cuanto supe que íbamos en contra vuestra me alegré; porque vuestro nombre no me era desconocido como me lo era vuestra persona. Así es que en cuanto os conocí, tomé la resolución de entrar en vuestro servicio.

GOETZ. — ¿Para cuánto tiempo?

LERSE. — Un año y sin sueldo.

GOETZ. — No, no, os consideraré al igual de todos, y además como el hombre con quien tuve que habérmelas en Reulin.

(Entra JORGE.)

ESCENA X

Dichos y JORGE

JORGE. — Hans de Selbitz saluda a su señoría. Mañana se personará aquí con cincuenta de sus hombres.

GOETZ. — ¡Bueno pues!

JORGE. — Una brigada de tropas imperiales se adelanta por la parte de Vocher con objeto, al parecer, de observar vuestros proyectos.

GOETZ. — ¿Cuántos son?

JORGE. — Sobre cincuenta.

GOETZ. — No esperemos más. Lerse, ven conmigo y vayamos a acuchillarlos. Así, cuando Selbitz venga encontrará algo hecho.

LERSE. — No es mal principio ése.

GOETZ. — ¡Montar a caballo! *(Vanse.)*

Un bosque junto a un pantano.

ESCENA XI

DOS CABALLEROS IMPERIALES *se encuentran*

CABALLERO 1.º — ¿Qué hacías allí?

CABALLERO 2.º — Obtuve permiso para dejar la brigada; porque desde la falsa alarma circulada ayer noche, me siento algo indispuesto y obligado a menudo a bajar del caballo.

CABALLERO 1.º — ¿Las tropas están cerca de aquí?

CABALLERO 2.º — Lo menos una legua más allá del bosque.

CABALLERO 1.º — ¿Y cómo es eso que te veo aquí?

CABALLERO 2.º — Cállatelo, lo ruego. Voy al pueblo inmediato a fin de paliar mis dolores con fricciones calientes. ¿De dónde vienes?

CABALLERO 1.º — Del pueblo inmediato adonde he ido a buscar pan y vino para el jefe.

CABALLERO 2.º — El sabe siempre arreglarse muy bien; es preciso que nosotros nos desayuremos siguiendo su ejemplo.

CABALLERO 1.º — ¡Vamos, perillán, vente conmigo!

CABALLERO 2.º — ¡Buen tonto sería yo! ¡Bien se desayunarían nuestros camaradas si estuviesen tan lejos como yo estoy del campo de batalla!

CABALLERO 1.º — ¿Oyes? ¡Caballos!

CABALLERO 2.º — ¡Misericordia!

CABALLERO 1.º — Me subo a este árbol.

CABALLERO 2.º — Voy a esconderme en estos cañaverales.

ESCENA XII

Dichos, GOETZ, LERSE, JORGE *y* SOLDADOS DE CABALLERÍA

GOETZ. — *(Pasando a lo largo del escenario.)* Aquí, por aquí, por la parte del pantano, a mano izquierda, en el bosque, iremos a embestirlos.

CABALLERO 1.º — *(Baja del árbol y busca a su compañero.)* ¡No permanezcamos más tiempo aquí, Miguel!... No me responde... Miguel... ¡Se han ido ya!... ¡Miguel! *(Se asoma a los cañaverales.)* ¿Te has ahogado? ¡Miguel! No me oye... habrá muerto... ¡Aquí, mandria!... ¡Enemigos!... ¡Nos atacan! ¡Por todos lados enemigos! *(Corriendo de un lado a otro.* GOETZ *y* JORGE, *montados, le sorprenden.)*

GOETZ. — ¡Alto ahí, o eres muerto!
CABALLERO 1.º — ¡Perdonadme la vida!
GOETZ. — ¡Tu espada! Jorge, ve y condúcele adonde Lerse está vigilando a los demás prisioneros, allá, a la entrada del bosque... Voy yo ahora a cortar la retirada a su jefe.
CABALLERO 1.º — ¿Qué le ha sucedido al que nos mandaba?
JORGE. — Mi amo le ha doblado la cabeza, y el penacho de su casco ha ido a rodar hasta plantarse en el lodo. Sus soldados le han cogido y han echado a correr como si el diablo estuviese en sus mismas patas. *(Vanse.)*

Campo de batalla.

ESCENA XIII

UN CAPITÁN *y* UN CABALLERO

CABALLERO. — Allá a lo lejos les diviso huyendo en dirección al campo.
CAPITÁN. — No les irá muy en zaga. Mandad avanzar cincuenta hombres hacia el molino; y si él se aventura demasiado le cogeréis fácilmente. *(Vase el* CABALLERO.*)*

ESCENA XIV

CAPITÁN, *varios* SOLDADOS, *un* CABALLERO *herido*

CAPITÁN. — *(Varios* SOLDADOS *llegan llevando al herido.)* ¡Hola, joven! ¿Cómo van las cosas? ¿Cuántos cráneos habéis partido?
CABALLERO. — ¡El demonio se lo lleve! La mollera más dura se rompe como si fuese de vidrio... ¡Demonio de hombre! ¡Pues no se ha arrojado sobre mí!... Parecía que el trueno me tenía cogido.
CAPITÁN. — Dad gracias a Dios porque os ha dejado el pellejo.
CABALLERO. — ¡Me gusta! ¡No sé de qué tengo que dar gracias!... Tengo dos costillas rotas... ¿Dónde diablos anda el cirujano? *(Vanse.)*

Jaxthausen.

ESCENA XV

GOETZ *y* SELBITZ

GOETZ. — ¿Cuál es tu opinión respecto al decreto imperial?
SELBITZ. — Eso es un artimaña preparada por Veislingen.
GOETZ. — ¿Lo creéis así?
SELBITZ. — Yo no creo nada, repito.
GOETZ. — ¿Pues qué creéis?
SELBITZ. — Te digo que Veislingen asistió a la Dieta y junto al emperador.
GOETZ. — No importa. Éste será uno de sus planes que haremos abortar.
SELBITZ. — Esperemos pues.
GOETZ. — Vamos, ya es hora de comenzar la caza de las liebres.

Otra vez el campamento.

ESCENA XVI

EL CAPITÁN *y varios* CABALLEROS

CAPITÁN. — Señores, eso no conduce a nada; nos está derrotando un destacamento tras otro, y todo aquel que no es cogido prisionero o muerto querrá más huir, ir a Turquía, que volver al campamento. Si seguimos así, cada día nos debilitamos más y más...

No hay más remedio que intentarlo todo de una vez, y hacer un esfuerzo y presentarle la batalla. Allí estaré yo al frente de mis gentes... ¡Que sepa con quién tiene que habérselas!

CABALLERO. — Eso mismo queremos nosotros, no obstante que como quiera que él está familiarizado con todas las sendas y las encrucijadas de la colina, nos será tan imposible cogerle como a un ratón en un pajar.

CAPITÁN. — Le cogeremos, lo juro. Dirijámonos a Jaxthausen, y quiera o no quiera, no tenrá mas remedio que defender su castillo.

CABALLERO. — ¿Atacaremos con todas nuestras gentes?

CAPITAN. — Claro que sí. ¿Sabeis, amigo, que llevamos lo menos cien hombres de baja?

CABALLERO. — Pues arreglémoslo cuanto antes porque el deshielo comienza. El calor se deja sentir ya, y estamos derritiéndonos como la manteca puesta al sol. (*Vanse.*)

Montañas y bosques.

ESCENA XVII

GOETZ, SELBITZ *y* TROPA DE CABALLERÍA

GOETZ. — Helos ahí todos. Tiempo hacía que no nos habíamos reunido con los caballeros de Sickingen.

SELBITZ. — Dividamos nuestras gentes. Yo iré por la izquierda a dar la vuelta a la colina.

GOETZ. — Perfectamente... Y tú, Francisco, lleva esos cincuenta soldados por la derecha, más acá del bosque. Ellos vienen por la parte del matorral, les espero aquí... Jorge, tú quédate conmigo. En cuanto veais que venimos a las manos, atacadles de improviso por los flancos, y veremos de darles una buena zurribanda. Ellos no se figuran que podemos muy bien habérnoslas con ellos frente a frente. (*Vanse.*)

Matorrales; a la derecha una colina, a la izquierda una pradera.

ESCENA XVIII

EL CAPITAN *y* SOLDADOS IMPERIALES

CAPITÁN. — Está en la explanada... ¡Vaya un impertinente! ¡Me la pagará! ¿Qué es eso? No volvais atrás aunque el torrente se precipite.

CABALLERO. — Quisiera que os retiraseis del frente de la tropa. Parece que él lleva la idea de cortar de un tajo la cabeza del primero que se le ponga delante. Poneos a retaguardia.

CAPITAN. — ¡No se reirá él!...

CABALLERO. — Poneos a retaguardia, os lo suplico. Sois el único lazo que sujeta estos soldados, y si el lazo se rompe, caerán inermes como las espigas bajo la hoz del segador.

CAPITAN. — ¡Tocad las trompetas!... ¡Contad con su derrota!... (*Llegan los* CABALLEROS *de* SELBITZ *y* LERSE.)

ESCENA XIX

Dichos, SELBITZ, LERSE *y* SOLDADOS

SELBITZ. — (*Al galope.*) ¡A mí, soldados! ¡Ellos quisieran que se multiplicasen sus brazos!

LERSE. — (*Saliendo del bosque al frente de sus gentes.*) ¡Corramos en auxilio de Goetz!... ¡Le cinen por todas partes!... ¡Valiente Selbitz, tú les infundes aliento!... ¡Al ataque! ¡Sembremos la llanura con las cabezas de los enemigos! (*Vanse. Tumulto.*)

Una altura al pie de un torreón.

ESCENA XX

Selbitz, herido, varios Caballeros

Selbitz. — Dejadme aquí e id a reuniros con Goetz.
Caballero 1.º — No señor; dejad que sigamos aquí, porque necesitáis nuestros cuidados.
Selbitz. — Suba uno de vosotros al torreón y póngase a observar.
Caballero 1.º — ¿Y cómo nos lo vamos a arreglar para llegar al torreón?
Caballero 2.º — Sube sobre mis hombros; así llegando a lo tronera, de un salto estás dentro.
Caballero 1.º — *(Llegando a lo alto del torreón.)* ¡Ah señor!
Selbitz. — ¿Qué ves?
Caballero 1.º — Vuestras gentes huyen hacia aquí.
Selbitz. — ¡Miserables! Prefiero mejor tener la cabeza atravesada por una bala que verlos retroceder un paso siquiera. Vaya uno de vosotros y corra a decirles, aunque sea a fuerza de maldiciones, que vuelvan la cara al enemigo. ¿Divisas a Goetz?
(Vanse varios Caballeros.*)*
Caballero 1.º — ¿Los tres penachos negros? Sí; allá están; allá los veo en medio de la pelea.
Selbitz. — ¡Nada, nada, valiente nadador! ¡Ay de mí, estoy fuera de combate!
Caballero 1.º — ¡Un penacho blanco! ¿Quién será?...
Selbitz. — ¡El capitán enemigo!
Caballero 1.º — Goetz cae sobre él... ¡Paf!... Ya cae.
Selbitz. — ¿El capitán?
Caballero 1.º — Sí, señor.
Selbitz. — ¡Viva! ¡Viva!
Caballero 1.º — ¡Dios mío! ¡Dios mío! No veo a Goetz.
Selbitz. — ¡Muere pues, Selbitz!
Caballero 1.º — Allí donde estaba ahora mismo, tiene lugar un terrible y reñido combate... La pluma azul de Jorge también ha desaparecido.
Selbitz. — Baja de ahí... ¿No ves a Lerse?
Caballero 1.º — Nada veo; todo esta arremolinado.
Selbitz. — ¡Bastante es! ¿Cómo se portan los soldados de Sickingen?
Caballero 1.º — Ahí va uno que huye hacia el bosque... todavía uno... todo un pelotón... ¡Goetz está perdido!
Selbitz. — ¡Bájate!
Caballero 1.º — No puedo... ¡Viva! ¡viva!... ¡Ya veo a Goetz!... ¡Ya veo a Jorge?
Selbitz. — ¿A caballo?
Caballero 1.º — Sí. sí a caballo. ¡Victoria, victoria! ¡Ya huyen!
Selbitz. — ¿Los soldados del emperador?
Caballero 1.º — La bandera del centro... Goetz les persigue... Se dispersan... Goetz ha cogido al de la bandera... Muchos soldados le rodean... ¡Su camarada se acerca! ¡Ya vienen!

ESCENA XXI

Dichos, Jorge, Goetz, Lerse *y grupo de* Soldados

Selbitz. — ¡Qué suerte! ¡Goetz! ¡Victoria! ¡Victoria!
Goetz. — *(Bajando del caballo.)* ¡Querido amigo! ¡Mi querido amigo! ¿Estáis herido, Selbitz?
Selbitz. — Vives aún y has triunfado... Poco he contribuído yo a ese

triunfo. ¿Y mis perros de caballeros? ¿Cómo has salido de allí?

GOETZ. — ¡La cosa ha estado reñida! Yo debo mi vida a Jorge y a Lerse también... En un principio tiré de la silla al capitán... pero apenas cayó, me mataron el caballo y me vi acosado por todos lados... Jorge se llega a mí, salta de su caballo y me hace ocupar su lugar. y al mismo tiempo, de improviso, reaparece montando otro caballo. ¿De dónde lo sacaste, Jorge?

JORGE. — Clavé mi espada en el pecho de un soldado—a pesar de la coraza que le cubría—, en cuanto vi que levantaba los brazos para descargaros el golpe. Cayó él, y yo a la vez que os desembarazaba de un enemigo me proporcioné otro caballo.

GOETZ. — Pero hasta tanto que Francisco corrió en nuestro auxilio estuvimos metidos en un atolladero, precisados a descargar golpes a diestro y siniestro, como los segadores.

LERSE. — Y la canalla que yo mandaba hubiera debido hacerlo también, hasta que conocimos quiénes eran los traidores; han echado a huir con los soldados imperiales.

GOETZ. — Amigos y enemigos, todos huían. Pero vosotros solos, mis soldados, me protegíais a retaguardia; los que estaban frente a frente de mí me molestaban grandemente, hasta que caído su capitán, nosotros cobramos ánimos y les obligamos a batirse en retirada... En nuestro poder tenemos su bandera y algunos prisioneros.

SELBITZ. — ¿Y se os ha escapado el capitán?

GOETZ. — Tuvieron tiempo de salvarle. ¡Venid, hijos míos! ¡Ven, Selbitz!... ¡Pero tú no puedes montar a caballo. Construid una litera con ramaje y vayamos al castillo... Ellos andan dispersos, pero nosotros estamos en muy corto número, y pudiera suceder que tuvieran tropas de reserva... ¡Yo quiero festejaros, amigos míos... Después del festín a que hemos asistido, un vaso de vino nunca está de más.

Campamento de las tropas imperiales.

ESCENA XXII

CAPITÁN. — ¡Si por mí fuera os ahorcaría a todos de una vez! ¡Diablos, echar a huir!... Cuando no le quedaban más que unos cuantos soldados... ¡Huir de un hombre solo!... Nadie querrá creerlo más que los que quieran burlarse a costa vuestra. Corred, rondad vosotros, y allí donde encontréis un fugitivo, o me lo traéis vivo o le cortáis la cabeza. Debemos reparar nuestra afrenta, aunque se hagan pedazos nuestras espadas.

Jaxthausen.

ESCENA XXIII

GOETZ, LERSE, JORGE

GOETZ. — No perdamos un instante. Pobres muchachos, no os doy un instante de tregua. Corred aprisa a los alrededores, y ved de reunir algunos soldados más. Enviadlos a Veiler donde estarán más seguros. Si tardamos caerán sobre el castillo. *(Vanse* LERSE *y* JORGE.) Debo enviar ahora otros para que se pongan de observación. Si no fuese más que tener buenos soldados... ¡Pero su número... su número! *(Vase.)*

ESCENA XXIV

SICKINGEN, MARÍA

MARÍA. — Os suplico, querido Sickingen, que no abandonéis a mi

hermano. Sus caballeros, los de Sickingen, los vuestros, todos han huído; se ha quedado solo. A Selbitz se lo han llevado mal herido a su propio castillo. ¡Temo mucho!

SICKINGEN. — Tranquilizaos; nunca os abandonaré. *(Entra* GOETZ.)

ESCENA XXV
Dichos y GOETZ

GOETZ. — Vayamos al oratorio; el sacerdote os está esperando. Antes de un cuarto de hora estaréis casados.

SICKINGEN. — Permitidme que permanezca aquí.

GOETZ. — Ahora es al oratorio adonde es preciso ir.

SICKINGEN. — Bien. ¿Pero luego?

GOETZ. — Luego os dirigiréis los dos a vuestro castillo.

SICKINGEN. — ¡Goetz!

GOETZ. — ¿Es que no queréis venir al oratorio?

SICKINGEN. — Vamos allá.

Campamento de las tropas imperiales.

ESCENA XXVI
EL CAPITÁN, UN CABALLERO

CABALLERO. — ¿A cuántos suben?

CAPITÁN. — A ciento cincuenta.

CABALLERO. — ¡De cuatrocientos que eran! Eso es grave. Vayamos pronto sobre Jaxthausen antes que él cobre ánimos y caiga otra vez sobre nosotros.

Jaxthausen.

ESCENA XXVII
GOETZ, ISABEL, MARÍA, SICKINGEN

GOETZ. — ¡Que Dios os bendiga!... ¡Que Dios os conceda felicidades, a vosotros y a vuestros hijos!

ISABEL. — ¡Que sean vuestros hijos honrados y buenos como vosotros sois!

SICKINGEN. — Gracias, mil gracias, y a ti también, María, gracias. Ya te he llevado al altar, tú me llevarás a la felicidad.

MARÍA. — Sí, Sickingen, nosotros haremos juntos una romería a esa tierra tan prometida y a la vez tan poco conocida.

GOETZ. — ¡Buen viaje pues!

MARÍA. — Goetz, me has entendido mal, no queremos abandonaros.

GOETZ. — Debéis dejarnos, hermana mía. Tú eres muy inhumana.

MARÍA. — ¡Hermano mío!

GOETZ. — Y tú más amante que advertida.
(Entra JORGE.)

ESCENA XXVIII
Dichos y JORGE

JORGE. — *(Bajo a* GOETZ.) No he podido, por más que he trabajado, traerme a nadie. Topé con uno solo que se prestaba a venirse conmigo, pero luego volvió atrás y no quiso seguirme.

GOETZ. — ¡Bien va, Jorge! La fortuna comienza a volverme la espalda. Casi lo tenía previsto. *(En voz alta.)* Sickingen, partid esta misma tarde, os lo ruego. Hablad de ello a María; ella es ya vuestra esposa y hacédselo comprender. Cuando las mujeres andan mezcladas con nuestros proyectos, los enemigos se creen más fuertes en campo raso que resguardados por estas torres.
(Entra un CABALLERO.)

ESCENA XXIX

Dichos, UN CABALLERO

CABALLERO. — El estandarte imperial acaba de ser desplegado y avanza a toda prisa en dirección al castillo.
GOETZ. — ¡Demonio! ¿Son muchos?
CABALLERO. — Sobre doscientos. En este momento deben estar a unas dos leguas de aquí.
GOETZ. — ¿Están en la parte opuesta del río?
CABALLERO. — Sí señor.
GOETZ. — Con sólo cincuenta hombres que tuviese, les aseguro que no lo cruzarían. ¿Has visto a Lerse?
CABALLERO. — ¡No señor!
GOETZ. — Haz que todos los que se hallen aquí estén preparados... Queridos amigos míos, debemos separarnos ya... Lloras, lloras, querida María; tiempo vendrá en que serás feliz. Tú lloras ya el día de tu boda; tanto mejor; porque una alegría extremada sería presagio de un porvenir muy triste. ¡Adiós, María! ¡Adiós, hermano mío!
MARÍA. — Hermana mía, no puedo abandonarte, y tú, hermano mío, deja que permanezcamos a tu lado. De lo contrario demostrarías querer bien poco a mi esposo, puesto que en este caso extremo desprecias su auxilio.
GOETZ. — Mi suerte está encaminada por una senda fatal; acaso no esté muy lejano el día de mi ruina... Vosotros los que venís ahora a la vida separad vuestro destino del mío. Idos; he mandado ensillar vuestros caballos. Partid, no perdáis un instante.
MARÍA. — ¡Hermano! ¡Hermano mío!
ISABEL. — (*A* SICKINGEN.) Partid, no os detengáis. Partid cuanto antes.
SICKINGEN. — Partamos, querida María.
MARÍA. — ¿Y también tú? ¡Ah! ¡Mi corazón va a hacerse pedazos!
GOETZ. — Pues bien, quedaos si queréis; dentro de poco se hundirá el castillo.
MARÍA. — ¡Dios mío! ¡Dios mío!
GOETZ. — Pero nos defenderemos hasta que no podamos más.
MARÍA. — ¡Virgen Santísima, ten piedad de nosotros!
GOETZ. — Y al fin hemos de rendirnos o morir, y tus lágrimas, María, arrastrarán a tu mismo esposo a mi ruina.
MARÍA. — ¡Tú, tú me estás atormentando muy cruelmente!
GOETZ. — ¡Quédate, quédate aquí! Aquí nos encontrarán a todos. Sickingen, caerás conmigo en mi misma tumba, cuando esperaba que tú serías el que me sacarías de ella.
MARÍA. — Debemos partir, lo ves. ¡Hermana, hermana mía!
GOETZ. — Ponedla en lugar seguro y después acordaos de mí.
SICKINGEN. — Prometo no entrar en el tálamo nupcial antes que no os ponga fuera de peligro.
GOETZ. — ¡Hermana mía! ¡Querida hermana mía! *(La abraza con ternura.)*
SICKINGEN. — ¡Partamos! ¡Partamos!
GOETZ. — Un momento aún. ¡Os volveré a ver! Resignaos... nos volveremos a ver... (*Salen* SICKINGEN *y* MARÍA.) ¡Yo la acabo de inducir a que partiera por ahora, yo quisiera retenerla junto a mí!... Isabel, te quedas conmigo.
ISABEL. — ¡Contigo hasta morir!
GOETZ. — ¡Dios mío! ¡Dad una mujer como ésta a aquellos a quienes queráis amar!

(*Vase* ISABEL. *Entra* JORGE.)

ESCENA XXX

GOETZ, JORGE

JORGE. — Ya están cerca; los acabo de ver desde lo alto de la torre. El sol naciente hace brillar sus lanzas. Al verlos me quedé menos sorprendido que un gato divisando un ejército de ratones. Bien es verdad que aquí nosotros hacemos de ratones.

GOETZ. — Corre y embarra todas las puertas reforzándolas con vigas y pedruscos.

(JORGE *vase.*)

ESCENA XXXI

GOETZ. — *(Solo.)* Hagamos un esfuerzo y pongamos a prueba su constancia, y que todo su valor se reduzca a morderse los dedos. *(Suena ruido de trompetas.)* ¡Ah! ¡Ah! He ahí un tunante con uniforme rojo. ¿A qué viene? ¿A saber si somos aquí cobardes? *(Abre la ventana.)* ¿Qué sucede? *(Oyese a lo lejos ruido de voces.)* ¡Una corbata de cuerda alrededor de su cuello! *(El trompeta sigue hablando.)* ¿Reo de lesa majestad?... Algún fraile será el que habrá escrito esa intimación. *(El trompeta cesa de hablar.)* ¿Rendirme? *(Respondiendo fuerte.)* ¿Rendirme a discreción? ¿A quién creéis que habláis? Decidle a vuestro amo que tocante a Su Majestad Imperial, ni antes, ni ahora, ni jamás dejaré de respetarle, como cumple a mi honor; pero que tocante a él, decidle y repetidle que bien puede... *(Cierra bruscamente la ventana.)*

Cocina del castillo de Jaxthausen.

ESCENA XXXII

ISABEL, GOETZ, VARIOS SOLDADOS

GOETZ. — *(Acercándose a* ISABEL.*)* Harto trabajo es para ti, pobre mujer.

ISABEL. — ¡Que durase! ¡Que durase! Pero difícilmente podemos sostenernos.

GOETZ. — Ni siquiera hemos tenido tiempo para aprovisionarnos.

ISABEL. — Además, ¡cómo hemos de mantener a tanta gente! De algún tiempo a esta parte el vino comienza a escasear.

GOETZ. — Si pudiésemos sostenernos algunos días hasta que ellos viniesen a proponernos una capitulación... Nosotros estamos continuamente causándoles bajas en su tropa, y en cambio ellos disparan todo el día y no alcanzan a dar más que en nuestros murallones o en los vidrios de las ventanas. Lerse es un valiente muchacho, él se desliza y se arrastra por todas partes con su arcabuz en la mano, y apenas cualquiera de los sitiadores se adelanta un paso más de lo regular, ¡paf!, cae muerto.

UN SOLDADO. — ¡Carbón, señora!

GOETZ. — ¿Qué vais a hacer?

SOLDADO. — Fundir más balas, porque no queda una y es preciso que fundamos más.

GOETZ. — ¿Cómo estamos de pólvora?

SOLDADO. — Tenemos suficiente, y además que economizamos los disparos cuanto podemos.

Una sala de Jaxthausen.

ESCENA XXXIII

LERSE, *un* SOLDADO

LERSE. — *(Con un molde de hacer balas en la mano en tanto que*

el SOLDADO *le trae el carbón.)* Venga aquí ese carbón y procura que te den plomo. Mientras que estés de vuelta voy a quitarlo de aquí. *(Arranca una vidriera de la ventana y rompe los vidrios.)* Es fuerza que todo se aproveche... Así es el mundo; nadie sabe que uso hará un día de las cosas. El cristalero que colocó estos vidrios, seguramente que no pensaría que el plomo sería capaz de dar un tan molesto dolor de cabeza a alguno de sus descendientes, y cuando mi padre me engendró, seguramente que debió el diablo prometerle que mi carne sería pasto de los buitres.

ESCENA XXXIV

Dichos y JORGE

mitad, seguro que no saldrá uno vivo que pueda presentarse a

JORGE. — *(Entrando en la estancia con un pedazo de canal debajo del brazo.)* ¡Aquí tenéis plomo!... Si solamente les alcanza la mitad, seguro que no saldrá uno vivo que pueda presentarse a Su Majestad diciendo: «¡Señor, nos hemos portado pésimamente mal!»

LERSE. — *(Quebrando un buen pedazo.)* ¡He aquí un buen pedacito!

JORGE. — Las aguas de los terrados bien pueden buscarse otro camino: eso poco me importa. Un buen caballero y unas buenas aguas se abren paso por todas partes.

LERSE. — *(Echando el plomo en el molde.)* ¡Toma la cuchara! *(Asoma la cabeza a la ventana.)* Mira allá, uno de esos imperiales que va dando vueltas alrededor de las murallas, con el arcabuz al hombro. ¿Si habrán creído que se nos han agotado las municiones? ¡A ver qué tal saborea una bala calentita, recién salida del cazo! *(Carga el fusil.)*

JORGE. — *(Dejando en el suelo el cucharón.)* ¡Voy a ver!

LERSE. — ¡Ya cayó el gorrión! *(Tirando.)*

JORGE. — Ese es el mismo que poco antes ha tirado sobre mí. *(Vuélvese a fundir balas.)*, justamente cuando salía yo por la ventana del desván a fin de arrancar esa canal de plomo; la bala ha ido a dar a un palomo que ha caído en la misma canal. He dado gracias porque me daba ya preparadito el palomo y he entrado cargado con mi doble botín.

LERSE. — Ahora que ya tenemos plomo para cargar, es preciso que recorramos el castillo buscando algo que comer.

(Entra GOETZ.*)*

ESCENA XXXV

Dichos y GOETZ

GOETZ. — Quédate aquí, Lerse, que he de hablar contigo. Y tú, Jorge, no quiero interrumpirte la caza.

(Vase JORGE.*)*

ESCENA XXXVI

Los mismos, menos JORGE

GOETZ. — Me proponen un arreglo.

LERSE. — Iré a ver de qué se trata.

GOETZ. — Lo adivino; creo que de considerarme en prisión de caballero.

LERSE. — ¿Si quisiesen dejarnos libre la salida supuesto que ya no esperamos auxilios de parte de Sickingen? Ocultaríamos la plata y el oro de tal manera que no hubiera mago en el mundo capaz de descubrirlos. Dejaríámosles el castillo y saldríamos por lo menos con honor.

GOETZ. — No nos lo concederán.
LERSE. — Probemos a ver. Pidamos un salvoconducto y yo mismo saldré. *(Vanse.)*

Una sala en Jaxthausen.

ESCENA XXXVII

GOETZ, ISABEL, JORGE, SOLDADOS *comiendo*

GOETZ. — El peligro común nos une. Comed cuanto queráis, amigos míos, y sobre todo no os olvidéis de beber... La botella está vacía; saca otra, mujer. (ISABEL *mueve los hombros.)* ¿Qué, no hay más?
ISABEL. — (*Bajo a* GOETZ.) No queda más que una y ésa la guardo para ti.
GOETZ. — No, no, mujer; sácala y dásela; más que yo necesitan ellos de estimulante; yo defiendo mi propia causa.
ISABEL. — Ve y búscala en el gabinete.
GOETZ. — ¡Es la última! ¡Algo tengo en el corazón que me dice que no tenemos necesidad de economizar! Tiempo hacía que nunca me había visto a mí mismo tan alegre. *(Bebe.)* ¡Viva el emperador!
TODOS. — *(A la vez.)* ¡Viva el emperador!
GOETZ. — ¡Que sea ése nuestro penúltimo grito cuando llegue la hora de morir! Lo quiero porque los dos tenemos una misma suerte, si es que la mía no es mejor que la suya. El se divierte en los estados de su imperio, en tanto que los ratones devoran sus dominios. Conozco que más quisiera morir que ser el alma de un cuerpo mutilado. *(Bebe otra vez.)* Aun queda bastante para que bebamos todos. Y cuando nuestra sangre comenzará a amortiguarse en nuestras venas, como el vino de esta botella que corre primeramente precipitado hasta acabar por caer gota a gota... *(Tira la hez en su mismo vaso.)* ¿cual será nuestro último grito?
JORGE. — ¡Viva la libertad!
GOETZ. — ¡Viva la libertad!
TODOS. — *(A la vez.)* ¡¡Viva la libertad!!
GOETZ. — Y si la libertad sobrevive a nosotros, bien podemos morir en paz, porque vemos en el porvenir dichosos a nuestros nietos y dichosos a los reyes de nuestros nietos. Si los súbditos todos sirven a sus príncipes tan libre y desinteresadamente como vosotros me servís, y si los príncipes sirven a su emperador como yo quisiera servirle...
JORGE. — Irían las cosas mejor que ahora van.
GOETZ. — No, ¿no he conocido yo entre los príncipes a personas excelentes? ¿La raza se ha extinguido? ¡Hombres perfectos que tenían la felicidad en sí mismos y en sus súbditos; que consentían un vecino noble y generoso sin que éste les diera envidia ni les hiciera sombra; que tenían una grande alegría cuando reúnían en su mesa a todos sus iguales; que no tenían necesidad de convertir en palaciegos a los caballeros que trataban...
JORGE. — ¿Y ha conocido el amo señores así?
GOETZ. — Cierto. Toda mi vida he de acordarme de la cacería con que nos honró el landgrave de Hanau y el convite que nos dió, al cual asistieron en campo raso todos los príncipes y señores que le acompañaron a la cacería y una multitud de gentes que allí acudió a verles comer. No era aquella una farsa proyectada para diversión del margrave; pero aquellas cabecitas redondas de

muchachos y muchachas, aquellas mejillas coloreadas llenas de salud y de vida, aquellos hombres de tan buenas trazas, aquellos venerables ancianos, y la alegría pintada en todos los semblantes; ¡qué parte no demostraban tomar en la gloria de su amo que estaba alborozado en medio de ellos!

JORGE. — Debía ser un caballero excelente como el señor.

GOETZ. — ¿Y debemos desesperar de ver reaparecer otros como aquél; de ver reinar en el seno de la familia el respeto hacia la persona del emperador, la paz y la amistad de los vecinos, el amor de los súbditos a sus señores, precioso tesoro que nuestros nietos heredarán de sus abuelos? Todos procurarán su propio bien buscándolo por sí mismos, en vez de creer que es imposible que uno se enriquezca sino arruinando a los otros.

JORGE. — ¿Y entonces podríamos ir a la guerra?

GOETZ. — ¡Ojalá no hubiese en adelante en Alemania espíritus turbulentos! Bastante que hacer tendríamos por otro lado. Purgaríamos de lobos las montañas, y mientras que nuestro vecino labraba sosegadamente sus campos, buscaríamos en el bosque el venado que asaríamos luego compartiéndolo con él; y si eso no fuera bastante, volaríamos como ángeles armados de espadas fulgurantes a las fronteras del imperio, donde cazaríamos esos lobos de turcos, y esos zorros de franceses, defendiendo los dominios del emperador y protegiendo la paz y la tranquilidad del imperio! ¡Qué vida, Jorge! ¡Exponer nuestro pellejo por el bien común! (JORGE *se levanta bruscamente.*) ¿Dónde vas, Jorge?

JORGE. — ¡Ah! Olvidaba que estábamos sitiados... ¡Y que el emperador sea el que nos ha puesto sitio!... Yo creo que si nos exponemos es solamente por salvar nuestro pellejo y nada más.

GOETZ. — ¡Vamos, Jorge, valor!

ESCENA XXXVIII

Dichos y LERSE

LERSE. — *(Entrando.)* ¡Libertad! ¡Libertad! Ellos no son hombres, no, son un ganado de borricos que no saben lo que se pescan. Podéis retiraros con armas y caballos y bagajes, con sólo dejar aquí vuestras provisiones.

GOETZ. — Creo que no se cansarán mucho los dientes con lo que encuentren aquí.

LERSE. — *(Bajo a* GOETZ.*)* ¿Habéis escondido el oro y la plata?

GOETZ. — No. *(A* ISABEL.*)* Mujer, acompaña a Lerse que quiere hablar contigo. *(Vanse todos.)*

Patio del castillo de Jaxthausen.

ESCENA XXXIX

Todos los sitiados

JORGE. — *(Cantando desde la caballeriza.)*

Un muchacho cogió un pájaro,
¡Homm, Homm!
Pero al meterlo en la jaula,
¡Homm, Homm!
Con tal torpeza lo hizo,
¡Homm, Homm!
Que el pájaro se escapó,
¡Homm, Homm!
Y del tonto se burló.
¡Homm, Homm!

GOETZ. — ¿Jorge? (JORGE *sale con el caballo ensillado.*) ¿Estás preso?
JORGE. — Como el pájaro cuando se escapó de la jaula.
GOETZ. — (*Pasando revista a toda su gente.*) ¿Lleváis los arcabuces? No, id a la caja de armas y tomad los mejores, de lo contrario tenedlos por perdidos. Nosotros a caballo saldremos los primeros.
JORGE. — ¡Y el pájaro se escapó!
¡Homm, Homm! (*Vanse.*)

Sala de armas.

ESCENA XL

Dos CABALLEROS *delante del astillero*

CABALLERO 1.º — ¡Yo tomo ésta!
CABALLERO 2.º — Yo aquélla... pero no... ésta es mejor.
CABALLERO 1.º — ¿Bah! Vamos pronto, que estamos de marcha.
CABALLERO 2.º — ¡Escucha!
CABALLERO 1.º — (*Asomándose a la ventana.*) ¡Socorro, Dios mío! ¡Están asesinando al señor!... ¡Mírale allá fuera de su caballo!... ¡Jorge ha caído!
CABALLERO 2.º — ¿Por dónde nos salvaremos? Por la muralla; encaramémonos al nogal y ganaremos los campos. (*Vase.*)
CABALLERO 1.º — ¡Francisco todavía en pie! Voy a reunirme con él... ¡Si todos mueren, también quiero morir!

ACTO CUARTO

Una hostería en Heilbronn.

GOETZ. ISABEL

GOETZ. — Me parezco a aquel demonio de espíritu que un capuchino encerró dentro de un saco. (*Entra* ISABEL.) Isabel, ¿qué noticias hay sobre nuestros leales amigos?
ISABEL. — Nada de cierto. Unos han sido asesinados, otros aprisionados en la torre. Nadie me ha querido decir más de lo que te digo.
GOETZ. — ¿Es ésa la recompensa de la lealtad y de la obediencia filial? «Para que vivas dichoso y vivas largos años sobre la tierra.»
ISABEL. — Querido esposo mío, deja de blasfemar contra nuestro Padre Celestial. Ellos tienen siempre su premio que nace con ellos mismos, un corazón generoso libre, y son libres aun en el fondo de los calabozos. Ten cuidado cuando vengan a verte esos consejeros imperiales que han sido enviados aquí; esas cadenas de oro que llevan les dan unas trazas...
GOETZ. — De cerdos enjaezados... Quisiera ver a Jorge y a Francisco en su prisión.
ISABEL. — Eso sería hacer llorar a los mismos ángeles.
GOETZ. — En cuanto a mí no lloraría. ¡Pero rechinaría los dientes! ¡Rugiría de furor! ¡Entre cadenas! ¡Ellos! ¡Ellos que son mi misma persona! Muchachos queridos, si no me hubieseis estimado tanto, no rabiaría al verles. ¡Ser perjuros en nombre del mismo emperador!
ISABEL. — Aparta de ti tales pensamientos y recuerda que vas a parecer ante los consejeros. No tienes serenidad, y por eso estoy inquieta y temerosa.
GOETZ. — ¿Qué quieren los consejeros?

ISABEL. — ¡Aquí está el oficial de justicia!

GOETZ. — ¡El asno de la justicia que lleva los sacos al molino y deja por donde pasa un rastro de inmundicias! ¿Qué hay?

(Entra el UJIER.*)*

ESCENA II

Dichos y el UJIER

UJIER. — Los señores consejeros están reunidos en la casa consistorial y piden que comparezcáis ante su presencia.

GOETZ. — Allá voy.

UJIER. — Debo acompañaros.

GOETZ. — Mucho honor es para mí.

ISABEL. — ¡Cálmate, por Dios!

GOETZ. — No temas.

Casa consistorial de Heilbronn.

ESCENA III

CONSEJEROS IMPERIALES, UN CAPITÁN, *los* SENADORES DE HEILBRONN

SENADOR. — Siguiendo vuestras órdenes, hemos podido reunir a los paisanos más robustos y decididos. A una señal vuestra se apoderarán de Goetz de Berlichingen.

CONSEJERO 1.º — Tendré un gusto especial en hacer constar a Su Majestad Imperial vuestra decisión en poner en obra sus órdenes. ¿Son trabajadores?

SENADOR. — Los hay herreros, toneleros y carpinteros; todos gente ejercitada en eso de puñetazos y aquí *(Señalando al pecho.)* bien acorazados.

CONSEJERO 1.º — Bueno pues.

(Entra el UJIER.*)*

ESCENA IV

Dichos, el UJIER *y* GOETZ

UJIER. — Goetz de Berlichingen espera a la puerta.

CONSEJERO. — Que entre.

(Entra GOETZ.*)*

GOETZ. — ¡Dios guarde, esñores! ¿Qué queréis de mí?

CONSEJERO. — Que penséis ante todo en qué lugar y ante quién os halláis.

GOETZ. — Os doy mi palabra de caballero que nada más lejos de mi ánimo que faltaros al respeto.

CONSEJERO. — No hacéis más que cumplir con vuestro deber.

GOETZ. — Y con mucho gusto.

CONSEJERO. — Sentaos. *(Le señalan el banquillo.)*

GOETZ. — ¿Allá abajo? Puedo muy bien tenerme en pie. Eso de banquillo huele a criminal, como toda la estancia.

CONSEJERO. — Pues bien, permaneced en pie.

GOETZ. — Así lo haré, si os place.

CONSEJERO. — Iremos con orden.

GOETZ. — Eso mismo es lo que exijo y lo que exigía que se hiciese antes de ahora.

CONSEJERO. — ¿Sabéis que estáis en nuestro poder y sujeto a nuestro arbitrio?

GOETZ. — ¿Y qué se me concede si lo olvido?

CONSEJERO. — Si pudiera concederos moderación, podría convertir en buena vuestra causa.

GOETZ. — ¡Hacer buena mi causa! ¡Como si pudieseis! Más trabajo hay que hacer para ello que para convertirla en mala.

GREFFIER. — ¿Debe incluirse todo esto en el proceso verbal?

CONSEJERO. — Cuanto se refiera a la causa.

GOETZ. — Por lo que a mí toca, podéis imprimirlo si queréis.

CONSEJERO. — Os halláis en poder del emperador. Su bondad paternal, empero, se ha sobrepuesto al rigor de la ley, y ha querido designar vuestra residencia en Heilbronn, una de sus mejores ciudades, en vez de enviaros a un calabozo. Por vuestra parte habéis dado vuestra palabra de conduciros como toca a un caballero y esperar la continuación del proceso.

GOETZ. — Aquí me tenéis pues. Escucho.

CONSEJERO. — Y nosotros hemos sido enviados aquí con objeto de anunciaros la gracia y clemencia que con vos ha usado Su Majestad Imperial, la que perdona vuestra falta, os libra de la proscripción decretada, y os dispensa del castigo a que os habíais hecho tan acreedor; supuesto que os mostráis agradecido al favor que os dispensa y prestáis asentimiento a la protesta de paz y amistad cuya lectura vais a oír.

GOETZ. — Repito como he dicho siempre, ser un súbdito leal de Su Majestad.... Pero antes de pasar adelante permitidme una pregunta. ¿Dónde están mis compañeros? ¿Qué va a ser de ellos?

CONSEJERO. — Eso no importa a vuestra causa.

GOETZ. — ¡Ojalá el emperador aparte de vos su protección cuando estéis en desgracia! Ellos eran compañeros míos y todavía lo son... ¿Adónde los habéis llevado?

CONSEJERO. — No estamos aquí para dar cuenta de actos ajenos.

GOETZ. — ¡Ah! ¡No pensaba yo que no estáis obligados a cumplir vuestras promesas! ¡La razón más fuerte!...

CONSEJERO. — *(Interrumpiendo.)* Nuestra misión se reduce a haceros prestar juramento. Someteos primeramente al emperador, que luego ocasión y medios tendréis de obtener para vuestros compañeros la vida y la libertad.

GOETZ. — ¡Vuestro papel!

CONSEJERO. — ¡Greffier, leed!

GREFFIER. — *(Lee.)* «Yo el infrascrito Goetz de Berlichingen declaro públicamente por medio de este escrito, que, habiéndome hecho culpable de rebelión contra el Emperador y el Imperio...»

GOETZ. — ¡Eso es falso! No soy un rebelde. De nada soy culpable contra el emperador. En cuanto al imperio nada tengo que ver.

CONSEJERO. — Calmaos, y escuchad el resto.

GOETZ. — ¡Yo no escucho nada! Que se levante alguien y me acuse. ¿He ofendido al emperador? ¿He dado algún paso en contra de la casa de Austria? ¿No he, por el contrario, probado hasta ahora, por todos mis actos, que comprendo mejor que nadie lo que es debido a Alemania y a sus monarcas, y sobre todo lo que los súbditos, los caballeros y los hombres deben a su emperador? ¡Mísero de mí si me dejase persuadir a confirmar lo que dicen!

CONSEJERO. — Nuestras órdenes son terminantes, emplear los medios de persuasión, y caso de que con ellos no se obtuvieran buenos resultados, enviaros a la cárcel.

GOETZ. — A la cárcel, ¿yo?

CONSEJERO. — Y allí vuestra suerte no dependerá de otra cosa más que de la justicia más estricta, supuesto que no queréis entregaros en manos de la clemencia.

GOETZ. — ¿A la cárcel?... Estáis abusando de la autoridad imperial... ¿A la cárcel? No, no, ésas no son órdenes suyas... ¿Tratarme a mí de esa manera? ¡Infames! Tenderme ese lazo y poner como cebo un juramento, ¡la palabra de caballero!... Y después pro-

meterme prisión en clase de caballero y violar esa nueva promesa.

CONSEJERO. — Tratándose de un bandido no estamos obligados a nada.

GOETZ. — Si no fuera porque respeto la persona del emperador, que tan malamente representas, ya te haría yo tragar el bandido... ¡aunque hubieras de ahogarte!... ¡Sabe que defiendo una causa muy noble! Sabe que tendrías por qué hacerte grato a Dios y envanecerte ante el mundo entero, si en toda tu vida hubieras hecho una acción más noble que aquella por la que me encuentro prisionero y frente a frente de ti. *(El* CONSEJERO *hace señas al* SENADOR, *el cual tira de la campanilla.)* No es por una desdichada recompensa, no es por arrebatarles sus tierras y sus siervos a señores indefensos, por lo que he desenvainado la espada!... ¡Es por vengar al hombre que se me ha arrebatado y por vender cara mi vida! ¡He aquí lo que vosotros llamáis injusticia! ¡El emperador y el imperio nada hubieran tenido que ver con nuestras querellas y hubiesen continuado en paz... Pero gracias a Dios me queda todavía una mano, y al servirme de ella he cumplido con mi deber... *(Entran los* TRABAJADORES ASALARIADOS *con palos unos, con espadas otros.)* ¿Qué significa esto?

CONSEJERO. — ¿Nada comprendéis? ¡que se apoderen de él!...

GOETZ. — ¡Ah! ¡He ahí vuestros planes! ¡Quien no sea un valiente que no se acerque a mí, porque el golpe que puede recibir de esta mano de hierro, le curaría de todas las dolencias que padeciere! *(Los asalariados se arrojan en masa sobre él.* GOETZ *derriba a uno, arranca a otro la espada. La canalla retrocede temerosa.)* ¡Venid! Llegaos a mí; deseo saber quién es el más valiente de entre vosotros.

CONSEJERO. — ¡Retiraos!

GOETZ. — *(Con la espada en la mano.)* ¿Sabéis que nada me sería más fácil que atravesar por entre esa canalla e irme de aquí? Pero no, no quiero hacerlo, quiero que sepáis lo que es cumplir una palabra. Prometedme la prisión en clase de caballero, y os entrego mi espada y quedo, como antes, vuestro prisionero.

CONSEJERO. — ¿Y es con la espada en la mano como os proponéis tratar con el emperador?

GOETZ. — ¡Dios me libre! Tal como yo lo hago solamente es con vos y con vuestra noble compañía. Buenas gentes, mirad lo que hacéis y meditad un poco, el tiempo que estáis perdiendo aquí no se os pagará: aquí no ganaréis más que promesas.

CONSEJERO. — ¡Sujetadle!... ¿En dónde está el valor que os presta vuestro amor al emperador?

GOETZ. — Nada les presta, como tampoco les prestarán ningún alivio con que puedan librarse de las heridas que ese supuesto valor puede ocasionarles.

(Entra el UJIER.)

UJIER. — El centinela de la torre acaba de anunciar que una partida de más de doscientos hombres avanza a toda prisa hacia la ciudad, habiendo aparecido otras por la parte de las colinas, por la de los viñedos y amenazando nuestros muros.

SENADOR. — ¡Ah! ¿Qué habrá sucedido?

(Entra un CENTINELA.)

CENTINELA. — Francisco de Sickingen está a las puertas de la casa consistorial, y os envía a decir que ha sabido que se ha abusado infamemente de la buena fe de su cuñado Goetz de Berlichingen y que los señores de Helbronn eran cómplices del plan; por lo

tanto ha venido a pediros satisfacciones amenazando y prometiendo, si dentro de una hora no se las dan. entregar la ciudad al saqueo y pegarla fuego por sus cuatro costados.

GOETZ. — ¡Valiente Sickingen!

CONSEJERO. — Goetz, retiraos. ¿Qué hacemos? *(Vase* GOETZ.)

SENADOR. — ¡Apiadaos de nosotros y de nuestra gente!... Sickingen es implacable en su cólera y es hombre capaz de hacer lo que dice.

CONSEJERO. — ¿Y hemos de comprometer nuestros derechos y los del emperador?

CAPITÁN. — Si a lo menos contásemos con gente bastante para resistirles... Pero aun suponiéndolo así habríamos de sucumbir y la cosa iría de mal en peor. Si cedemos aun salimos ganando.

SENADOR. — Hablemos a Goetz para que interceda en nuestro favor. Me parece que estoy viendo ya la ciudad ardiendo en llamas.

CONSEJERO. — Que entre Goetz. *(Aparece éste.)*

GOETZ. — ¿Qué tenéis que decirme?

CONSEJERO. — Que podrías muy bien invitar a Sickingen a que desista de tu turbulento empeño... En vez de impedir tu ruina, la hace inevitable, y se asocia a esa misma ruina.

GOETZ. — *(Bajo a* ISABEL *que divisa en la puerta.)* Ve, háblale. Dile que penetre en la ciudad inmediatamente, mas sin causar daño alguno, y si esos canallas le hacen frente, que emplee la fuerza; poco me importa lo que haya de ser de mí con tal que vea acuchillarlos a todos.

Otro salón de la casa consistorial

La casa consistorial está ocupada por los de Francisco de Sickingen

ESCENA V

SICKINGEN *y* GOETZ

GOETZ. — Este socorro me parece llovido del cielo. ¿Cómo te lo has arreglado para llegar tan a propósito y tan inopinadamente, cuñado?

SICKINGEN. — Muy claro está. Envié dos o tres hombres a Jaxthausen para saber de ti. y en cuanto supe la traición, me puse en marcha y heme aquí.

GOETZ. — Yo no pido más que la prisión en clase de caballero.

SICKINGEN. — ¡Eres demasiado leal! Nunca haces valer las infinitas ventajas que un hombre honrado tiene sobre los pícaros. Ellos han abusado, ¿no vamos a castigarles? Han abusado indignamente de las órdenes y del nombre de Su Majestad... Puedes exigir mucho más; eso no es nada.

GOETZ. — Hasta ahora siempre me he contentado con muy poco.

SICKINGEN. — Siempre has sido harto confiado. He aquí mi proposición: que suelten a tus compañeros y bajo palabra te dejen volver con ellos a tus castillos. En cuanto a ti promételes no extralimitar tu jurisdicción. Tú siempre saldrás ganando.

GOETZ. — Y dirán que mis posesiones han sido confiscadas por el emperador.

SICKINGEN. — ¿Y qué? Nosotros diremos que tú quieres tomarlo en arrendamiento hasta que el emperador tenga a bien devolverte los títulos de propiedad. No tendrán más remedio que revolverse como el pescado en la red, pero no se escaparán. Ellos no dejarán de meternos en todas sus palabras la Majestad Imperial y la misión que se les ha confiado. Pero eso nos tiene sin cuidado. Conozco al emperador y gozo en su opinión de crédito bastante. En varias ocasiones ha deseado el emperador tenerte en su ejér-

cito; no pases cuidado, no pasará mucho tiempo sin que envíe a llamarte.

GOETZ. — Ojalá sea así antes que yo haya olvidado el ejercicio de las armas.

SICKINGEN. — El valor una vez adquirido ni se olvida ni se pierde jamás. Tranquilízate, que en cuanto se arreglen las cosas, me presentaré en la corte; porque mis proyectos han de efectuarse, y en ellos y ante mí veo un porvenir magnífico. He de profundizar las intenciones del emperador. Trier y el Palatinado antes creerán que el cielo se desplome, que descargue yo sobre sus cabezas. Ya haré caer sobre ellos una tempestad... Y si encaminamos bien nuestros deseos, es probable que dentro de poco seas cuñado de un elector. Cuento contigo para la empresa.

GOETZ. — *(Fijando sus ojos en la mano.)* ¡Ah! He aquí la explicación del sueño que tuve la víspera de prometer María a Veislingen. Dándome su palabra, estrechó tan violentamente mi mano derecha, que ésta se arrancó del brazal como si hubiese sido quebrada. ¡Ah! En este instante me siento más desarmado que cuando me fué arrebatada... ¡Veislingen! ¡Veislingen!

SICKINGEN. — No pienses en ese tuno; nosotros hemos de echar por tierra sus planes y destruir sus esperanzas. La afrenta y el remordimiento le devorarán, le matarán. Estoy viendo aniquilados a mis enemigos... Goetz, seis meses no más.

GOETZ. — Tu alma se ilusiona. No te comprendo, sólo sí que de algún tiempo a esta parte que no veo desplegarse ante mí ninguna perspectiva halagüeña. Yo he experimentado lo que es la desgracia; he sido hecho prisionero; pero nunca he experimentado lo que experimento ahora.

SICKINGEN. — La felicidad nos presta valor. Vayamos a ver a esos tontos de peluca. Bastante tiempo han tenido ellos la palabra; hora es de que la tengamos nosotros.

Castillo de Adelaida de Walldorf.

ESCENA VI

ADELAIDA, VEISLINGEN

ADELAIDA. — ¡Eso es vergonzoso!

VEISLINGEN. — ¡Me he estremecido! ¡Un plan tan magnífico y tan bien ideado, y cuando las cosas llegan a su fin dejarle volver a su castillo! ¡Demonio de Sickingen!

ADELAIDA. — Ellos no debieran haber consentido de ninguna manera.

VEISLINGEN. — Ha sido preciso consentir. ¿Qué podían hacer? Sickingen les amenazaba con llevarlo todo a sangre y fuego. ¡Soberbio!... ¡Implacable! ¡Le odio! Su fama aumenta de día en día como esos torrentes que comienzan en arroyos y acaban imponentes.

ADELAIDA. — ¿No tenían ellos un emperador?

VEISLINGEN. — Mujer querida, no es sino una sombra; se ha vuelto viejo y fastidioso. En cuanto tuvo noticia de los sucesos a pesar de que yo a la vez que los demás consejeros le hacía ver la indignación de que me hallaba poseído, «Dejadle tranquilo —exclamó—, dejad al anciano Goetz que goce tranquilo de aquel rincón de tierra; ¿tenéis algo de que quejaros de él?» Le hablamos del bien del Estado y dijo: «¡Oh pluguiera a Dios que no hubiese tenido yo otros consejeros que los que dirigiesen mi inquieto espíritu a mirar por el bien personal de todos mis súbditos!»

ADELAIDA. — Está perdiendo de día en día su dignidad de soberano.

VEISLINGEN. — Después de decirle todas esas razones, la emprendimos con Francisco de Sickingen. «Sickingen es un servidor leal, —contestó—, y si en lo que ha hecho no ha seguido órdenes mías, a lo menos ha sabido llenar su cometido mucho mejor que esos delegados de mi autoridad, y eso lo confieso ahora y siempre.»

ADELAIDA. — Eso desespera.

VEISLINGEN. — Sin embargo no he perdido yo todas las esperanzas; se le ha dejado volver a su castillo bajo su palabra de que se mantendría quieto, y esto es cosa imposible para él. No pasará mucho tiempo sin que venga un pretexto que alegar contra él.

ADELAIDA. — Tanto mejor cuanto que abrigamos la esperanza de que el emperador saldrá pronto de este mundo; Carlos su sucesor promete sentimientos más propios del trono que ha de ocupar.

VEISLINGEN. — ¡Carlos!... Todavía ni ha sido electo ni coronado.

ADELAIDA. — Todos desean y esperan que lo sea pronto.

VEISLINGEN. — Adelaida, tú te has formado harto buena idea de sus cualidades. Casi estoy por creer que lo tienes en otro concepto.

ADELAIDA. — Veislingne, estás ofendiéndome. ¿Me crees capaz?

VEISLINGEN. — No lo he dicho con ánimo de ofenderte en lo más mínimo, pero no debo callar en ese asunto. Porque favor tan especial como el que Carlos te dispensa, no puede menos de inquietarme.

ADELAIDA. — Mi proceder empero...

VEISLINGEN. — Tú como mujer no puedes dejar de entregarte a quien te adula.

ADELAIDA. — Pero tú...

VEISLINGEN. — Ese horrible pensamiento me destroza el corazón, Adelaida.

ADELAIDA. — ¿Y cómo poner remedio a tus extravagancias?

VEISLINGEN. — Si tú quisieras eso bien podíais alejarme de la corte.

ADELAIDA. — ¿De qué manera? ¿Cómo? ¿No sigues también tú en la corte? ¿He de dejarte a ti y a mis amigos para retirarme a un rincón de un castillo a divertirme con los buhos? No, eso no puede ser, Veislingen. Sosiégate, ya sabes tú cuánto te amo.

VEISLINGEN. — Oh, sí. Siempre es eso tu áncora de salvación... Hasta que se rompa el cable. *(Vase.)*

ESCENA VII

ADELAIDA. — *(Sola.)* ¡Ah! ¿Lo tomas así? Eso faltaba. Empero los planes que yo me propongo y acaricio en mi mente son harto vastos para que tú puedas detenerlos en su curso... Carlos, hombre excelente, un grande hombre, emperador dentro de poco, ¿será acaso el único que no se sienta dominado por el deseo de poseerme? Veislingen, no pienses en someterme a tus caprichos; porque será preciso que sucumbas... Si te encuentro en mi carrera pasaré sobre ti.

(Entra FRANCISCO *con una carta en la mano.)*

ESCENA VIII

ADELAIDA, FRANCISCO

FRANCISCO. — Esto es para vos, señora.

ADELAIDA. — Es Carlos en persona quien te la entregó.

FRANCISCO. — Sí, señora.

ADELAIDA. — ¿Qué te pasa? Pareces triste.

FRANCISCO. — La señora quiere hacerme morir de tristeza. Sí, sí, por culpa vuestra he de morir de desesperación en la edad de las esperanzas.

ADELAIDA. — ¡Mucho lo siento! (*Aparte.*) Me ha de costar tan poca cosa hacerle dichoso. (*Alto.*) Animo, joven. No se me ocultan ni tu amor ni tu fidelidad, y no seré ingrata.

FRANCISCO. — (*Como oprimido.*) Si fuese posible... me moriría... Dios mío. Yo, yo que por vos derramaría hasta la última gota de mi sangre... yo que por vos no tengo poder más que para quereros y obedeceros ciegamente.

ADELAIDA. — Muchacho apreciable.

FRANCISCO. — Eso me envanece. (*Derramando lágrimas.*) Y aquí todo viene a parar a lo mismo; a ver preferidos a otros muchos y veros siempre pensando en Carlos.

ADELAIDA. — Pero ni se sabe qué quieres ni lo que quieres decir.

FRANCISCO. — (*Deshaciéndose de pesar y de rabia.*) No, no lo quiero no quiero servir de cómplice.

ADELAIDA. — ¡Francisco! ¡Olvidas que...!

FRANCISCO. — ¡Sacrificarme! ¡Sacrificar a mi amo! A mi amo querido.

ADELAIDA. — (*Con enojo.*) Huye de mi presencia.

FRANCISCO. — Señora.

ADELAIDA. — Vete, vete, y acúsame si quieres a tu amo querido. Bien tonta he sido yo en creer de ti lo que no eres.

FRANCISCO. — Señora, querida señora. Bien sabéis cuánto os amo.

ADELAIDA. — Y tú eres mi amigo y yo te apreciaba. Vete, vete, véndeme si quieres.

FRANCISCO. — Antes me arrancaría las entrañas. Perdón, señora, perdón. Mi corazón se desborda... y no puedo contenerlo.

ADELAIDA. — Muchacho apreciable y apasionado.

(ADELAIDA *le coge las manos y le atrae hacia sí; sus labios se unen.* FRANCISCO *se aroja llorando al cuello de* ADELAIDA.)

ADELAIDA. — Déjame.

FRANCISCO. — (*Llorando en los hombros de* ADELAIDA.) ¡Dios mío! ¡Dios mío!

ADELAIDA. — ¡Déjame! Que las paredes oyen. ¡Déjame! (*Ella se desembaraza de él.*) Amame así; sé me fiel, yo te recompensaré. (*Vase.*)

FRANCISCO. — ¡Recompensa, Dios mío! Déjame vivir a su lado. Si mi padre en persona tratase de disputarme este sitio, le mataría.

Jaxthausen.

ESCENA IX

GOETZ *junto a una mesa.* ISABEL *a su lado ocupada en sus faenas domésticas. Sobre la mesa hay una lámpara, tintero y papel*

GOETZ. — No puedo de ninguna manera acostumbrarme a estar ocioso; cada día me parece más estrecha esta prisión. Quisiera poder dormir o por lo menos suponer algo de agradable en el reposo.

ISABEL. — Bien, pero acaba la historia de la vida que has comenzado a escribir; esa historia será a los ojos de tus amigos un testimonio que un día ha de confundir a tus enemigos. Tú legarás a la posteridad el placer de vindicarte.

GOETZ. — Escribir es para mí una ociosidad atareada. Este trabajo me cansa y me fastidia. Y cuando me ocupo en hacer lo que hago, me enojo al comprender que podía emplear mejor el tiempo en otra cosa.

ISABEL. — (*Toma los papeles.*) ¡Vaya! No seas tan excéntrico; mira, estás ahora refiriendo tu primer cautiverio en Heilbronn.

GOETZ. — Esa ciudad siempre me fué fatal.

ISABEL. — *(Leyendo.)* «Hubo allí una multitud de confederados que me dijeron que yo no había obrado cuerdamente al presentarme ante mis enemigos más encarnizados, cuando me era fácil prever que no se me atendería. A lo cual repuse...» ¿Y qué repusiste? Continúa escribiendo.

GOETZ. — Repuse: «Que puesto que yo exponía siempre la existencia por la felicidad y el bien de todos, ¿por qué no había de exponerla también para cumplir mi palabra?»

ISABEL. — Todo el mundo lo sabe.

GOETZ. — Y nadie me podrá quitar ese honor. Ellos me lo han quitado todo, bienes, libertad.

ISABEL. — Por aquellos tiempos recuerdo haberme encontrado en una posada a los señores de Miltemberg y de Singlingen los cuales no sabían quién era yo. Allí experimenté una satisfacción inefable, un contento que no tiene más igual que el de la maternidad. Aquellos señores te alababan y decían: «Goetz de Berlichingen es un modelo de caballeros, valiente y generoso en la libertad, leal y resignado en la desgracia».

GOETZ. — Que me citen a uno solo a quien haya faltado en mi palabra. Dios sabe que yo me he afanado más en bien de otro que por el mío propio; y que todo cuanto he hecho, todo cuanto he trabajado, ha sido más bien por alcanzar el título de caballero leal y valiente que por obtener honores ni riquezas. Y gracias a Dios poseo todo cuanto he ambicionado.

(Entran LERSE *y* JORGE *con el botín de caza.)*

ESCENA X

Dichos, LERSE *y* JORGE

GOETZ. — Buenos días, valientes cazadores.

JORGE. — Si ahora ya no somos valientes caballeros. No es difícil convertir los zapatos en chinelas.

LERSE. — La caza algo es; es una especie de guerra.

JORGE. — Sí, por lo menos no teniendo que habérselas con los soldados imperiales. Mil veces, señor, habéis profetizado que cuando el mundo se vuelva de abajo arriba nos convertiríamos en cazadores. Mirad pues ahora, que sin que tal haya sucedido lo somos ya.

GOETZ. — Si bien se mira es lo mismo, porque nos han desviado de nuestra carrera.

JORGE. — Malos están los tiempos; de ocho días a esta parte se ve todos los días aparecer en el cielo un terrible cometa, y Alemania entera está temerosa porque cree no sea el cometa una señal de la próxima muerte del emperador el cual se halla enfermo de gravedad.

GOETZ. — ¡Enfermo de gravedad! Nuestra carrera toca a su fin.

JORGE. — Y aquí en las cercanías también suceden cosas no menos terribles. Los paisanos han hecho una insurrección espantosa.

GOETZ. — ¿Dónde?

LERSE. — En el centro mismo de la Suavia. Saquean, devastan, incendian, creo que van a hacer lo mismo con todo el país.

JORGE. — Es una guerra horrible. Más de cien villas se han declarado en abierta insurrección, y ésta aumenta de día en día. Se cuenta que un huracán acaba de asolar praderas enteras, y que al poco tiempo después se han visto en el país donde la revolución ha estallado ,dos espadas de fuego que se cruzaban en el aire.

GOETZ. — Cierto que muchos señores amigos míos están sufriendo y muy inocentemente esos vejámenes.

JORGE. — Lástima que no podamos nosotros montar a caballo.

ACTO QUINTO

GUERRA DE CAMPESINOS

Una aldea entregada al pillaje

ESCENA PRIMERA

MUJERES y ANCIANOS *huyendo con sus niños y con líos de ropa*

UN VIEJO. — ¡Corramos! ¡Corramos! Huyamos de esos bandidos.

UNA MUJER. — ¡Dios santo! El cielo está rojo como la sangre. El sol poniente rojo como la sangre.

UNA ANCIANA. — Eso nos augura fuego.

EL VIEJO. — Huyamos, huyamos al bosque. *(Vanse.)*

ESCENA II

LINK, METZLER, *jefes de los insurrectos,* INSURRECTOS

LINK. — ¡Abajo quien resista! La aldea es nuestra. No dejéis nada en pie. Al saqueo. Vamos a incendiarlo todo.

METZLER. — *(Apareciendo por la falda de una colina.)* Link, ¿qué tal va esto?

LINK. — Magníficamente: como ves llegas muy a tiempo. ¿De dónde?

METZLER. — De Veimberg. Aquello ha sido un verdadero festín.

LINK. — ¿Cómo?

METZLER. — Dietrich de Veirler inició la cosa. ¡Bribón! Andábamos como unos locos por las calles cuando Dietrich subido a un peñasco quiso contenernos. ¡Paff! Solamente una bala que le dió en la cabeza, asaltámosle como un rayo y el pícaro saltó de la ventana abajo.

LINK. — ¡Ah!

METZLER. — *(Dirigiéndose a los saqueadores.)* ¡Canalla, daos prisa si queréis! ¡Mira cómo porfían, borricos!

LINK. — A ello, tunantes.

METZLER. — Hecho esto hemos cogido a Helfestein, Eltershofen y a otros trece de la nobleza, total ochenta, y los hemos conducido a una esplanada junto a Heilbronn. Para nuestras gentes aquello fué una algazara, una fiesta completa; en tanto que aquellos desdichados desfilaban mirándose unos a otros, ahora a tierra, luego al cielo... Después cuando menos lo pensaron fueron derribados y degollados uno tras otro.

LINK. — ¡Y no estar yo allí!

METZLER. — En mi vida he reído más.

LINK. — Vamos pronto, vámonos.

CAMPESINO. — Ya no hay nada más que hacer.

LINK. — Pegad fuego por todos los ángulos de la aldea.

METZLER. — Vaya un incendio bonitísimo. Oye, eso de ver como esos estúpidos se empujan unos a otros y chillan como ranas, me calienta el estómago como un vaso de buen vino... Conocía yo a un tal Rixnigen, bribón que cuando iba de caza en otro tiempo y nos encontraba, soltaba sobre nosotros su jauría de perros, tratándonos como tales... Tiempo hacía que no le había visto yo, pero pronto le reconocí por su cara insolente... ¡Paff! Apenas le diviso le endilgo la lanza, y hete al hombre cayendo sobre sus mismos compinches, los cuales al verle así huyeron saltando unos sobre otros como liebres acosadas por jauría de perros.

LINK. — Ya empieza a salir humo.

METZLER. — Y mira allá bajo aquellas llamaradas. Vamos a alegrar a nuestras gentes con el botín.

LINK. — ¿Dónde están ahora?

METZLER. — En el camino que va de aquí a Heilbronn. Van en busca de un jefe que les mande porque ellos son menos que nadie y lo comprenden así; y son testarudos.

LINK. — ¿Y en quién piensan?

METZLER. — En Maximiliano Stumpf o en Goetz de Berlichingen.

LINK. — No sería malo eso; y si Goetz de Berlichingen quisiese seguir nuestra causa, ésta ganaría mucho. Goetz pasa por un caballero honrado. Vamos a Heilbronn. Vamos, llama a nuestras gentes.

METZLER. — El fuego nos servirá de luz para el camino. ¿Has visto el cometa?

LINK. — Sí, ¡mala, horrible señal! Si marchamos esta misma noche aun lo podemos ver. Dentro de una hora aparecerá.

METZLER. — Y no es visible sino cinco cuartos de hora. Al verlo parece que sea un brazo levantado con una espada teñida de sangre.

LINK. — ¿Te has fijado en las tres estrellas de la punta y sobre la hoja?

METZLER. — Y en la larga cabellera del color de las nubes con millares de rayas en forma de dardos y en el medio como pequeñas espadas desenvainadas.

LINK. — Yo me estremezco al verlo. Es de un rojo pálido y entremezclado con llamas ardientes. Y también tanta figura sombría con grandes cabelleras y luengas borlas.

METZLER. — ¿También has visto tú esas figuras?... Y todo parece que se sumerge en un mar de sangre y anda todo tan revuelto que las cabelleras parecen como erizadas.

LINK. — Vamos ya. *(Vanse.)*

Una esplanada

En lontananza se ven arder dos aldeas y un convento

ESCENA III

KOHL, VILD, MAXIMILIANO STUMPF, TROPAS

STUMPF. — No conviene que yo sea vuestro jefe. Ni ganaríais vosotros ni ganaría yo. Estoy al servicio del Conde Palatino. ¿Cómo he de mandaros yo contra mi mismo amo? Entonces podríais muy bien vosotros echarme en cara que no voy yo a gusto mío.

KOHL. — Ya sabíamos que habías de venir con excusas.

(Entran GOETZ, JORGE *y* LERSE.)

ESCENA IV

Dichos y GOETZ

GOETZ. — ¿Qué queréis de mí?

KOHL. — Que seáis nuestro jefe.

GOETZ. — ¿Y he de faltar yo a la promesa hecha al emperador y desobedecer sus órdenes?

VILD. — Eso no es excusa.

GOETZ. — Aun cuando yo estuviese completamente libre si es que queréis tratar a todos los nobles y señores como lo habéis hecho en Veinsberg, y entregar el país entero al saqueo y al incendio y hacerme cómplice de vuestros abominables desórdenes, preferiría que me mataseis como un perro rabioso antes que ser vuestro jefe.

KOHL. — Si eso no estuviese hecho no se haría.

STUMPF. — Y el mal proviene precisamente de no haber habido un jefe que se hubiera hecho respetar y hubiera enfrenado sus iras.

Sed su jefe, Goetz, os lo ruego. Los príncipes, la Alemania entera te estarán agradecidos y todo irá mejor. Ahorraréis hombres y tierras.

GOETZ. — ¿Por qué no les mandas tú?

STUMPF. — Acabo de rehusarlo ahora mismo.

KOHL. — No tenemos tiempo de sobra para perderlo en sermones inútiles. Con una palabra basta; Goetz, o eres nuestro jefe, o guarda tu castillo y tu pellejo. Dos horas te damos de tiempo para reflexionar. Vigiladle vosotros.

GOETZ. — ¿Y a qué viene esto? Tan decidido estoy ahora como estaré después. ¿Por qué motivo habéis tomado las armas? ¿Por recuperar vuestros derechos y vuestras franquicias? ¿Por qué motivo devastáis y saqueáis el país? ¿Queréis absteneros de todos esos crímenes y portaros como hombres que saben lo que quieren? Si es así, aquí me tenéis presto a sostener vuestros derechos y hecho vuestro jefe por ocho días.

VILD. — Lo que se ha hecho ha sido en el primer arrebato, y en cuanto a nosotros no te necesitamos a ti para evitarlo en adelante.

KOHL. — Es preciso que te comprometas para tres meses lo menos.

STUMPF. — Pongamos cuatro semanas y todos contentos.

GOETZ. — Por mi parte convengo.

KOHL. — Vuestra mano.

GOETZ. — Pero me habéis de permitir que se escriban las condiciones estipuladas y se envíen a las diferentes bandas a fin de que sean ejecutadas bajo penas severas.

VILD. — Se hará.

GOETZ. — Me comprometo para un mes.

STUMPF. — ¡Bien está! Ante todo suceda lo que suceda, nos ahorramos al Conde Palatino.

KOHL. — *(Bajo a sus gentes.)* No le perdáis de vista un solo instante. No permitáis que nadie hable con él sin estar presentes vosotros.

GOETZ. — *(A* LERSE.*)* Lerse, vete y reúnete a mi esposa y quédate a su lado; pronto tendrá Isabel noticias mías.

(Vanse GOETZ, MAXIMILIANO STUMPF, JORGE, LERSE *y algunos más. Entran* METZLER *y* LINK.*)*

ESCENA V

METZLER, LINK, KOHL, VILD *y otros*

METZLER. — He oído rumores de no sé qué convenio. ¿Qué convenio?

LINK. — Sí, es una vergüenza haber admitido ese pacto.

KOHL. — Tanto o mejor que tú sabemos nosotros lo que queremos.

VILD. — No siempre hay lugar a incendiar, saquear y asesinar; y siendo así que tarde o temprano esto ha de concluir, por lo menos nos proporcionamos un capitán valiente.

METZLER. — ¿Cómo? ¿Ha de acabar esto, imbécil? ¿Entonces por qué estamos aquí? Para vengarnos sobre nuestros enemigos y pasar por encima de sus cadáveres... ¿Quién es el esclavo de los magnates que os aconseja así?

KOHL. — Ven, Vild; ése es un estúpido.

METZLER. — Marchaos, marchaos, nadie de nosotros os seguirá. ¡Cobardes! Link, vamos a excitar a nuestras gentes a incendiar a Viltemberg. Y si desean armar camorra con motivo del convenio, romperemos la cabeza a los que lo han celebrado.

LINK. — Nosotros tenemos mucha más gente que ellos. *(Vanse todos.)*

Una montaña y un valle en cuyo fondo se alza un molino.

ESCENA VI

UNA BANDA DE CABALLEROS. VEISLINGEN *saliendo del molino con* FRANCISCO *y* UN CORREO

VEISLINGEN. — Mi caballo. ¿Están advertidos los demás señores?

CORREO. — Siete banderas por lo menos se reunirán en la pradera detrás de Miltemberg. Los paisanos avanzan por la parte del Sur. Los correos recorren todos los caminos y en pocos días estará formada la liga; los resultados son seguros; dicen que andan ellos un tanto desavenidos.

VEISLINGEN. — Tanto mejor. Francisco.

FRANCISCO. — Señor.

VEISLINGEN. — Ejecuta puntualmente mis órdenes; me sales garante con tu cabeza. Envíale la carta; es preciso que ella deje la corte y se retire a un castillo y eso ha de ser inmediatamente. Tú presenciarás su partida para que luego, cuanto antes, vuelvas a mi lado anunciándomelo.

FRANCISCO. — Serán cumplidas las órdenes del señor.

VEISLINGEN. — Dile que es preciso que lo quiera así... *(Al* CORREO.*)* Guiadnos por el camino más corto y mejor.

CORREO. — Es preciso que nos desviemos un poco del camino recto, porque las lluvias han hecho desbordar algunos ríos.

Jaxthausen.

ESCENA VII

ISABEL, LERSE

LERSE. — Consolaos, señora.

ISABEL. — ¡Ay Lerse! Al despedirse de mí derramaba lágrimas. Es muy triste esto.

LERSE. — Ya volverá.

ISABEL. — No es eso lo que me apesadumbra. Nunca cuando ha partido para una empresa gloriosa mi corazón se ha entristecido, esperaba contenta su vuelta, por la cual tiemblo esta vez.

LERSE. — Es un héroe.

ISABEL. — ¡Oh! No hables de heroísmo, ésa es su desgracia... ¡Miserables!... Amenazarle con asesinarle, con incendiar su castillo... ¡Cuando vuelva paréceme verlo entrar con semblante sombrío, muy sombrío! Sus enemigos levantarán contra él villanas calumnias, y él no podrá decir: ¡No!

LERSE. — Podrá decirlo y lo dirá.

ISABEL. — Ha quebrantado su promesa, no puedes negarlo.

LERSE. — Yo lo negaré; ha sido forzado, ¿es eso razón para que se le condene?

ISABEL. — La calumnia no necesita razones, cualquier pretexto le basta. Goetz se ha asociado a rebeldes, a malhechores, a asesinos; se ha puesto a su cabeza. ¡Niégalo!

LERSE. — Dejad de atormentaros y de atormentarme, señora. ¿Acaso no han jurado ellos no cometer en adelante acción ninguna como la que hicieron en Veinsberg? ¿Acaso no les he oído yo decir: «Si aquello no estuviese hecho ya, no sucedería en adelante...»? ¿Acaso los príncipes y los señores no debieran estarle agradecidos por haberse hecho voluntariamente el jefe de un populacho indisciplinado, a fin de contener su furor y arrancar tantas personas y tantos bienes al pillaje y a la muerte?...

ISABEL. — Eres un buen abogado... pero si le hiciesen prisionero, si

le tratasen como rebelde, y que su cabeza cana... Oh Lerse... Lerse, ¡me volvería loca!

LERSE. — Envía la calma a su corazón, Padre Celestial, ya que tú no quieres dar consuelo a su espíritu.

ISABEL. — Jorge me ha prometido traerme noticias suyas; me lo ha prometido, ¿mas le será posible hacerlo? Ellos están más vigilados que los prisioneros; yo sé de fijo que se les vigila como si fuesen enemigos. ¡Jorge!... ¡Pobre muchacho no ha querido separarse de su amo!

LERSE. — Me destrozó el corazón cuando me envió aquí. Si no hubiese sido por vos que me necesitáis, hubiese preferido correr los peligros de la muerte más vergonzosa, antes que abandonarle.

ISABEL. — Ignoro dónde está Sickingen. ¿Si pudiese disponer siquiera de una persona que enviar adonde vive María?...

LERSE. — Escribidla, que yo me encargo de hacer que la carta llegue a sus manos.

Alrededores de una aldea.

ESCENA VIII

GOETZ, JORGE

GOETZ. — ¡Pronto a caballo! Estoy viendo como arde Miltemberg... ¡He aquí de qué manera entienden ellos el pacto! Vete, corre, diles lo que yo pienso de ellos... ¡Incendiarios! Los abandono... si quieren jefe que no me busquen a mí, que busquen a un gitano... ¡Jorge, vete pronto! *(Vase* JORGE.*)* Desearía en este momento encontrarme a cien leguas de aquí, aunque fuese en el fondo del más lóbrego calabozo de Turquía... ¡Si yo pudiese salir de su poder con honor!... Me opongo a sus proyectos veinte veces al día, les digo las verdades más duras a fin de que se cansen de mí y me abandonen...

ESCENA IX

GOETZ, UN DESCONOCIDO

DESCONOCIDO. — Dios os guarde, noble señor.

GOETZ. — ¡Dios os guarde! ¿Qué venís a decirme? ¿Vuestro nombre?

DESCONOCIDO. — Mi nombre no viene al caso. Vengo a deciros que vuestra vida está en peligro; los jefes están cansados ya de no oír de vuestra boca más que durezas, han resuelto librarse de vuestra persona ...Pensad bien lo que hacéis y pensad en escaparos y que Dios os asista. *(Vase.)*

GOETZ. — ¡Exponer mi vida de ese modo y acabar así, Goetz! ¡Pues bien, sea!... ¡Mi muerte me justificará ante el mundo entero y atestiguará altamente que nada de común he tenido con esa canalla!

ESCENA X

GOETZ, VARIOS HOMBRES

UN HOMBRE. — ¡Señor! ¡Señor! ¡Derrotados! ¡Prisioneros!

GOETZ. — ¿Quiénes?

OTRO HOMBRE. — Los que fueron a incendiar a Miltemberg. Han sido sorprendidos por una banda de confederados que estaban apostados detrás de la colina.

GOETZ. — Han tenido su castigo. ¿Y Jorge? ¿Jorge? Le habrán cogido con la canalla. ¡Jorge! ¡Querido Jorge!

(Llegan los JEFES.*)*

ESCENA XI

GOETZ, METZLER, KOHL, LINK

LINK. — ¡Adelante, señor capitán! No hay que perder un minuto, el enemigo está cerca.

GOETZ. — ¿Quién ha incendiado a Miltemberg?

METZLER. — Si venís con melindres, os haremos nosotros ver que no los gastamos.

KOHL. — Salvad vuestro pellejo y el nuestro. ¡Corramos!

GOETZ. — *(A* METZLER.*)* ¿Y me amenazas, miserable bellaco?... ¿Crees tú que no he de hacerte cara porque ha manchado tus vestidos la sangre del conde Helfenstein?

METZLER. — Berlichingen.

GOETZ. — Bien puedes decir mi nombre, mis hijos no han de abochornarse por eso.

METZLER. — Tú no eres más que un cobarde, palaciego.

*(*GOETZ *al oír esto descarga un puñetazo sobre la cabeza de* METZLER. METZLER *cae. Los demás les separan.)*

KOHL. — ¿Os habeis vuelto locos? El enemigo os acosa por todos lados, y vosotros andais con rencillas?

LINK. — Adelante, huyamos.

(Tumulto y combate.)

ESCENA XII

VEISLINGEN, CABALLEROS

VEISLINGEN. — Perseguidlos, perseguidlos, que huyen... que nada os detenga. Dicen que Goetz de Berlichingen va con ellos, tratad de cogerle, los nuestros dicen que está gravemente herido. *(Vanse los* CABALLEROS.*)* Ah si cayeses en mi poder... Sería una justicia ejecutar secretamente tu justicia en la misma cárcel. Tu nombre se borraría de la memoria de los hombres y tú, débil corazón mío, tú respirarías con libertad. *(Vase.)*

Una noche oscura en una selva. Campamento de gitanos.

ESCENA XIII

GITANOS *y* GITANAS

UNA VIEJA GITANA. — *(Junto a una hoguera.)* Hija mía, arregla hacia afuera la cubierta de rastrojos por la parte de la zanja; aun caerá mucha agua esta misma noche.

(Entra UN MUCHACHO.*)*

MUCHACHO. — Un ratón, madre, toma dos ratoncillos.

VIEJA. — Voy a despellejarlos y asarlos. El pellejo para ti, para que te hagas un birrete. ¿De qué es esa sangre?

MUCHACHO. — El ratón me ha mordido.

VIEJA. — Corre y tráeme troncos secos para leña; así cuando tu padre vuelva ya estará presto el fuego. Vendrá calado hasta los huesos.

(Entra OTRA GITANA *con un niño en las espaldas.)*

VIEJA. — ¿Has hecho buen recaudo?

LA OTRA GITANA. — Bastante escaso. El país está alarmado. La vida no está muy segura que digamos. Allá abajo hay dos aldeas ardiendo como si fuesen de paja.

VIEJA. — ¿Y es un incendio aquel resplandor?... Hace tiempo que lo veo. ¡Pero mujer, está una tan acostumbrada de algún tiempo acá a ver tantos señales de fuego en el cielo!

(Entran el JEFE DE LOS GITANOS *y tres* GITANOS *más.)*

JEFE. — ¿Oís al cazador feroz?
GITANA 1.ª — Ahora pasa por nuestras cabezas.
JEFE. — Ladran los perros. ¡guau, guau!
GITANA 2.ª — Y los látigos suenan.
GITANA 3.ª — Y gritan los cazadores: ¡Hola ho!
VIEJA. — ¿Qué lío del diablo traéis?
JEFE. — Hemos pescado en río revuelto. Desde que los campesinos se saquean unos a otros, que tenemos licencia para hacerlo.
GITANA 2.ª — ¿Qué traes tú, lobo?
LOBO. — Una liebre y además un gallo, un alfiler, un lío de tela y una brida.
GITANA 3.ª — Yo traigo un cobertor de lana, un par de botas y yesca y azufre.
VIEJA. — Todo lo traéis mojado como un perro que sale del agua. Secadlo, dádmelo, dádmelo.
JEFE. — Calla, un caballo. Id a ver quién llega.

ESCENA XIV

Dichos y GOETZ

GOETZ. — *(A caballo.)* ¡Loado sea Dios! Ya diviso fuego aquí. Son gitanos, la sangre brota de mis heridas; los enemigos me persiguèn. ¡Gran Dios, qué fin tan horrible me destinas!
JEFE. — ¿Sois gente de paz?
GOETZ. — Os pido por favor que me auxiliéis. Ayudadme a bajar del caballo.
JEFE. — Id y ayudadle. Ese hombre es un noble por las trazas y por su lenguaje.
LOBO. — *(Bajo.)* Es Goetz de Berlichingen.
JEFE. — ¡Bien venido seas! Todo cuanto tenemos está a tu disposición.
GOETZ. — Gracias.
JEFE. — Ven a mi tienda.

Tienda del Jefe o Rey de los gitanos

ESCENA XV

JEFE, GOETZ *y la* VIEJA GITANA

JEFE. — Llama a la madre. Dila que traiga emplastos. (GOETZ *se quita la coraza.)* Aquí está mi jubón del domingo.
GOETZ. — Dios os lo pague.

(La VIEJA *le venda las heridas.)*

JEFE. — Es para nosotros un honor teneros en nuestra compañía.
GOETZ. — ¿Me conocéis?
JEFE. — ¿Hay alguno que deje de conoceros, Goetz? Nosotros estamos dispuestos a derramar por vos hasta la última gota de sangre.

ESCENA XVI

Dichos y SCHRICKS

SCHRICKS. — Varios caballeros galopan por la selva. Son confederados.
JEFE. — Los que os persiguen. ¡Pero no llegarán hasta aquí! ¡Schricks, llama a los otros! Conocemos mejor que ellos las veredas de la selva y los mataremos antes que lleguen a descubrirnos.
GOETZ. — *(Quedándose solo.)* ¡Oh emperador, emperador! Los bandidos amparan a tus hijos. *(Se oye una descarga.)* Esos hombres salvajes son fuertes y leales.

ESCENA XVII

GOETZ, UNA GITANA *y* LOBO

GITANA. — Salvaos. El enemigo nos lleva ventaja.
GOETZ. — ¿Dónde está mi caballo?
GITANA. — Aquí.
GOETZ. — *(Ciñéndose la espada y montando a caballo sin la coraza.)* Por última vez sentirán la fuerza de mi brazo... No estoy aún tan débil... *(Vase.)*
GITANA. — Allá va a reunirse con los nuestros.
LOBO. — *(Llega corriendo.)* Huyamos. Huyamos. Todo perdido. Nuestro jefe, nuestro Goetz cogido.
(Gritos de mujeres, tumulto y fuga general.)

Habitación de Adelaida.

ESCENA XVIII

ADELAIDA *y* FRANCISCO

ADELAIDA. — O él, o yo. ¡Amenazarme el insolente! Sabré anticiparme a él. Mas ¿quién va por la sala?... *(Llaman a la puerta.)* ¿Quién va?
FRANCISCO. — *(A media voz.)* Abrid, señora.
ADELAIDA. — Francisco. Debo abrirle. *(Entra* FRANCISCO *y se arroja en brazos de* ADELAIDA.*)* ¡Loco! ¡Si alguien te hubiese visto!
FRANCISCO. — ¡Oh! Todo está muy quieto. Están durmiendo todos.
ADELAIDA. — ¿Qué quieres?
FRANCISCO. — Yo no puedo dormir. ¡Las amenazas de mi amo! ¡Vuestra suerte! ¡Mi corazón!
ADELAIDA. — ¿Estaba muy enojado cuando le dejaste?
FRANCISCO. — Nunca le he visto tanto. Es fuerza que ella se vuelva a mi castillo, me ha dicho... ¡Es fuerza que quiera!
ADELAIDA. — ¿Y hemos de obedecer?
FRANCISCO. — Yo no sé nada, señora.
ADELAIDA. — ¡Pobre muchacho! Orgulloso de tu buena fe, no puedes comprender a qué viene eso. El sabe que aquí estoy segura. No es desde hoy que ataca mi libertad. El quiere que yo vaya a sus castillos porque así podrá tratarme según su despótico capricho.
FRANCISCO. — No lo hará.
ADELAIDA. — Estoy viendo toda la desgracia de mi porvenir. Me arrojará de sus castillos para encerrarme en un convento.
FRANCISCO. — ¡Infierno y muerte!
ADELAIDA. — ¿Me salvarás tú?
FRANCISCO — ¡Todo, todo antes que tal cosa!
ADELAIDA. — *(Llorando y abrazándolo.)* Francisco, Francisco. ¡Ah! Es para salvarnos los dos.
FRANCISCO. — ¡Sí, caerá! ¡Yo mismo le ayudaré a sucumbir!
ADELAIDA. — ¡No te apresures! ¡Calma! Toma, envíale una carta respetuosa, en la que digas que obedezco sus órdenes... y... y vacía este frasquito en lo que beba.
FRANCISCO. — ¡Dádmelo! ¡Seréis libre!
ADELAIDA. — ¡Libre!... Sí... Entonces no tendrás necesidad de deslizarte hasta mí temblando... a pie juntillas... Entonces no te diré yo inquieta: ¡Retírate, Francisco, que ya asoma el alba!

Heilbronn. Delante de una torre

ESCENA XIX

ISABEL, LERSE

LERSE. — ¡Dios se compadecerá de vuestra desgracia, señora!... Aquí está María.

ISABEL. — ¡Loado sea Dios! Lerse, hemos caído en un abismo de desgracia, todo ha sucedido tal como lo había previsto. ¡Cogido como un perturbador, como un malhechor!... Arrojado al fondo de un calabozo.

LERSE. — Todo lo sé.

ISABEL. — Nada, nada; nada sabes tú. ¡Cuán grande es nuestro infortunio! Su edad, sus heridas, una fiebre lenta, y más que todo el abatimiento de su espíritu y la desesperación de ver cercano un fin tan horrible.

LERSE. — Dicen que Veislingen es subdelegado imperial.

ISABEL. — ¡Veislingen!

LERSE. — Han comenzado por ejecuciones inauditas. Metzler ha sido quemado vivo. A centenares se cuentan los que han sido enrodados, empalados, decapitados y descuartizados. Todo el país circunvecino está hecho una carnicería, y la carne humana se expone a condiciones infames.

ISABEL. — ¡Veislingen subdelegado! ¡Dios mío, un rayo de esperanza! Que vaya María a hablarle, que nada la negará... Su corazón siempre ha prestado oídos a la misericordia, y cuando él la vea, ella a la que tanto ha amado, ella tan desgraciada por su causa. ¿Dónde está María?

LERSE. — Todavía debe estar en la hostería.

ISABEL. — Llévame adonde esté. Que ella vaya al momento. Temo mucho.

Castillo de Veislingen.

ESCENA XX

VEISLINGEN. — *(Solo.)* Estoy muy débil, mucho. Mi cuerpo parece quebrantado. Una fiebre ardiente consume mis entrañas. Ni de día ni de noche un instante de calma, de tregua. Un sueño inquieto y agitado por envenenadas visiones... La noche última soñé encontrar en un bosque a Goetz. Desenvainó la espada y me desafió... Yo quise desenvainar la mía y mi mano no quiso moverse. Y entonces él envainó la espada, me dirigió una mirada de desprecio y desapareció. El es mi prisionero y tiemblo yo ante él. Tú que por tu propia sentencia le has condenado a muerte, tú tiritas de miedo como un criminal ante su sombra... Pero, ¿debe morir? ¡Goetz!... ¡Goetz! Miserables criaturas que no podemos dominarnos a nosotros mismos, estamos sujetos a malhadados espíritus cuya crueldad fantástica nos expone a perdernos. Todo gira en torno de mí. Si pudiera dormir. ¡Ah!

ESCENA XXI

VEISLINGEN, MARÍA

VEISLINGEN. — *(Continuando.)* ¡Jesús! ¡María, déjame! ¡Déjame! ¡Sólo esa visión faltaba a mi tortura!... ¡Ella muere!... ¡María muere y se me aparece!... ¡Déjame te digo!... Déjame, espíritu bienhechor, que harto desdichado soy.

MARÍA. — ¡Veislingen!... No soy un espíritu. Soy yo, soy María.
VEISLINGEN. — ¡Es su voz!
MARÍA. — Vengo a implorar de ti la vida de mi hermano, que aun cuando parece culpable es inocente.
VEISLINGEN. — ¡Silencio. María. tú eres un ángel del cielo. pero traes contigo todos los tormentos del infierno!... No hables más.
MARÍA. — ¡Y debe perecer mi hermano. Veislingen! Es una vergüenza que yo tenga necesidad de venir a decirte que es inocente; de venir a llorar ante ti. a advertirte que es un asesinato atroz. ¿Has vendido tu alma a los poderes infernales? ¡Y eres tú, Adalberto!
VEISLINGEN. — Estáis viendo como respiro el emponzoñado aliento de la muerte. Mis fuerzas me arrojan al sepulcro. Yo iba a morir como un miserable, y tú has venido a añadir la desesperación a mis miserias. Si yo pudiese hablar, si yo pudiese hablar, tu odio y tu execración se convertirían en compasión y gemidos... ¡Ah... María... María!
MARÍA. — Mi hermano está enfermo. en un calabozo... Sus profundas heridas. su edad. su cabeza cana... ¡Ah! Si fueses capaz... Veislingen. no habría para nosotros más que desesperación.
VEISLINGEN. — Bastante es. *(Toca la campanilla, entra* FRANCISCO *poseído de la más penosa agitación.)*

ESCENA XXII

Dichos y FRANCISCO

FRANCISCO. — Señor.
VEISLINGEN. — Esos papeles. Francisco.
(FRANCISCO *se los da;* VEISLINGEN *abre un paquete y enseña un papel a* MARÍA.)
MARÍA. — ¡Dios del cielo!
VEISLINGEN. — La rasgo. ¡Que viva! ¡Pero puedo yo acaso reconstruir lo que he destruído ya!... No llores así. Francisco... ¡Pobre muchacho! Mi infortunio te llega al corazón.
(FRANCISCO *se arroja a sus pies y abraza sus rodillas.*)
MARÍA. — *(Aparte.)* ¡Está muy enfermo! Su vista me destroza el corazón... ¡Cuánto le amé! Ahora que estoy a su lado conozco cuánto le amé.
VEISLINGEN. — Francisco. Francisco. levántate. no llores... Puedo ponerme mejor. La esperanza sólo acaba con la vida.
FRANCISCO. — No. no. no os pondréis mejor. Moriréis, no hay remedio.
VEISLINGEN. — ¿No hay remedio?
FRANCISCO. — *(Arrebatado.)* Es veneno... es veneno... de vuestra propia esposa... ¡Yo!... ¡¡¡Mío!!! *(Huye.)*

ESCENA XXIII

VEISLINGEN, MARÍA

VEISLINGEN. — María síguele. corre. delira. *(Vase* MARÍA.) Veneno... de mi propia esposa. ¡Ay! ¡Ay! ¡Veneno! Lo siento, sí... la agonía y la muerte.
MARÍA. — *(Gritando desde la puerta.)* ¡Socorro. socorro!
VEISLINGEN. — *(Queriendo levantarse.)* ¡Dios mío! No puedo.
MARÍA. — *(Entrando.)* ¡El mismo. ya no existe, se ha arrojado al río por la ventana del gabinete!
VEISLINGEN. — ¡Ha hecho bien! ¡El! Tu hermano está fuera de peligro. Los demás subdelegados y particularmente Seckendorf, son

amigos suyos, le concederán una prisión como caballero bajo su palabra... ¡Adiós, María, vete!

MARÍA. — Quiero quedarme a tu lado, infeliz abandonado.

VEISLINGEN. — ¡Muy abandonado, muy infeliz!... ¡Oh Dios, tú eres un vengador terrible!... Mi esposa...

MARÍA. — No pienses en eso, mira a ese Padre misericordioso.

VEISLINGEN. — Alma mía, vete, déjame solo en mi miseria. ¡Esto es horrible! ¡Tu misma presencia, oh María, es el último consuelo que me queda, y a la vez, un tormento para mí!

MARÍA. — Sostenedme, Dios mío, que mi alma sucumbe con la suya.

VEISLINGEN. — ¡Ay! ¡Envenenado por mi propia esposa! ¡Francisco seducido por esa infame mujer! Cómo estará esperando, espiando ver al mensajero que ha de decirla: ¡Ha muerto! Y tú, María, María, ¿por qué has venido aquí a resucitar en mi memoria el recuerdo de mis faltas?... Déjame, déjame, muero.

MARÍA. — Deja que siga aquí, soy el ángel de la guarda que vela por ti... Olvídalo todo, que Dios lo olvidó como yo lo olvido.

VEISLINGEN. — Alma llena de amor, ruega por mí... ruega por mí... mi corazón está seco.

MARÍA. — El tendrá piedad de ti. Estás extenuado.

VEISLINGEN. — ¡Muero! ¡Muero! Y no puedo cesar de vivir... y en este combate entre la vida y la muerte estoy sufriendo todos los suplicios del infierno.

MARÍA. — Dios misericordioso, extiende sobre él tu misericordia; deja caer en su corazón siquiera una sola de las miradas de tu amor, a fin de que se abra el consuelo y que su alma arrastre a la tumba la esperanza de la vida.

Un subterráneo lóbrego y estrecho.

ESCENA XXIV

JUECES DEL TRIBUNAL SECRETO; ENMASCARADOS. PREGONERO, VENGADOR

ANCIANO. — ¡Jueces del Tribunal Secreto, los que habéis jurado sobre el dogal y la espada vivir irreprochables, jurar en secreto, castigar en secreto, como Dios! Si vuestros corazones son puros como vuestras manos, levantad vuestros brazos y pronunciad sobre los criminales: ¡Ay de ellos! ¡Ay de ellos!

TODOS. — *(A la par.)* ¡Ay de ellos! ¡Ay de ellos!

ANCIANO. — Pregonero, comience el juicio.

PREGONERO. — Yo, pregonero, proclamo la acusación contra el criminal. Aquel cuyo corazón está bastante puro y cuyas manos están bastante limpias para jurar sobre el dogal y la espada, ¡que acuse, que acuse!

ACUSADOR. — *(Avanzando.)* Mi corazón está puro de crímenes, mis manos están limpias de sangre inocente. Dios, perdona mis malos pensamientos y no consientas que mi voluntad los obedezca. Yo levanto la mano y ¡acuso, acuso, acuso!

ANCIANO. — ¿A quién acusas?

ACUSADOR. — Acuso por el dogal y la espada a Adelaida de Veislingen, culpable de adulterio y de haber envenenado a su marido por medio de su escudero. El escudero se ha hecho justicia a sí propio; el marido ha muerto.

ANCIANO. — ¿Juras tú ante el Dios de verdad que tu acusación es según la verdad?

ACUSADOR. — Lo juro.

ANCIANO. — Y si lo que dices no es según la verdad, ¿ofreces tu cabeza en expiación del asesinato y del adulterio?

ACUSADOR. — La ofrezco.

ANCIANO. — *(Dirigiéndose a los* JUECES.) Vuestros pareceres.

(Los JUECES *hablan en voz baja con el* ANCIANO.)

ACUSADOR — ¡Jueces del Tribunal Secreto! ¿Cuál es vuestra sentencia referente a Adelaida de Veislingen convicta de asesinato y adulterio?

ANCIANO. — ¡Debe morir! Morir una muerte doblemente amarga; por el dogal y el puñal expiar doblemente un doble crimen. Levantad vuestras manos y gritad: ¡Maldición sobre ella! ¡Ay de ella! ¡Ay de ella! ¡A manos del vengador!

TODOS. — *(A la vez.)* ¡Ay de ella! ¡Ay de ella! ¡Ay de ella!

ANCIANO. — ¡Vengador, vengador, acércate! *(El* VENGADOR *se acerca.)* He aquí el dogal y la espada, tómalos, que ella desaparezca de la faz del suelo en el término de ocho días. En cualquier parte en que la encontrares entiérrala en el polvo. ¡Jueces que juzgáis en secreto y castigáis en secreto, como Dios, guardad vuestros corazones exentos de crimen y vuestras manos limpias de sangre inocente!

Patio de la hostería.

ESCENA XXV

MARÍA, LERSE

MARÍA. — Tiempo han tenido nuestros corceles para descansar; continuemos nuestro camino, Lerse.

LERSE. — A lo menos tomad un día de descanso. La noche no está muy buena.

MARÍA. — Lerse, no descansaré en tanto que no haya visto a mi hermano. Partamos; el tiempo comienza a esclarecer, tendremos buen camino.

LERSE. — Como queráis.

Heilbronn. La torre.

ESCENA XXVI

GOETZ, ISABEL

ISABEL. — Háblame un poco, esposo mío, te lo ruego. Tu silencio me inquieta. Te vas consumiendo en esa calma. Ven y curaremos tus heridas que parece van mejor. En ese desfallecimiento, en esa fría tristeza no puedo reconocerte.

GOETZ. — ¿Buscas tú a Goetz? Tiempo ha que no existe, le han mutilado pieza a pieza; mi mano, mi libertad, mis bienes, mi reputación. Ahora mi cabeza, ¿para qué sirve? ¿Qué sabes de Jorge? ¿Ha ido Lerse a buscar a Jorge?

ISABEL. — Sí, amigo mío. Vamos, ánimo, todo puede variar aún.

GOETZ. — Aquel a quien Dios abate no se levanta jamás. Nadie en el mundo sino yo puede saber qué enorme peso sostienen mis hombros. Estoy acostumbrado a la desgracia; pero, en tanto, no es Veislingen sólo, no son solamente los insurrectos, ni la muerte del emperador, ni mis heridas... es todo eso reunido... Mi hora ha llegado, esperaba yo que sería como mi vida... ¡Cúmplase su voluntad!

ISABEL. — ¿No puedes tomar alguna cosa?

GOETZ. — Nada, Isabel, nada. ¿Ves cómo brilla el sol allá fuera?
ISABEL. — Hermosa mañana de primavera.
GOETZ. — Amiga mía, si pudieses persuadir al castellano a que me dejase estar en su jardín media hora tan sólo, gozar de ese sol tan hermoso, de ese cielo tan sereno, de ese aire tan puro...
ISABEL. — Voy a decírselo, no me lo negará.

Un jardín reducido al pie de la torre.

ESCENA XXVII

MARÍA, LERSE

MARÍA. — Entra y ve cómo se halla.
(Vase LERSE.)

ESCENA XXVIII

ISABEL, EL CASTELLANO DE LA TORRE, MARÍA

ISABEL. — Dios os recompense todo el bien que hacéis a mi esposo. *(Vase el* CARCELERO.) ¡María! *(Al verla.)* ¿Qué traes?
MARÍA. — La vida de mi hermano. Pero ay, mi corazón desgarrado... Veislingen ha muerto envenenado por su mujer. Mi marido corre peligro; los príncipes han caído sobre él; dicen que le han sitiado.
ISABEL. — No prestes oídos a esos rumores; no digas nada a Goetz.
MARÍA. — ¿Cómo está?
ISABEL. — Estaba yo temiendo que no llegase a la vuelta. La mano del Señor pesa sobre él, y Jorge ha muerto.
MARÍA. — ¡Jorge! ¡Pobre joven!
ISABEL. — Cuando esos miserables pusieron fuego a Miltemberg mi esposo le envió para que les disuadiese de hacerlo. Una banda de confederados cayó sobre ellos... ¡Jorge! ¡Ah! Para portarse como él se portó, les faltaba una conciencia como la de Jorge. Muchos perecieron y entre éstos Jorge: ha muerto como un valiente.
MARÍA. — ¿Goetz lo sabe?
ISABEL. — Nosotros nada le hemos dicho sobre ese suceso. Diez veces al día me envía a llamar y diez veces al día me pregunta por Jorge. Yo tiemblo de que caiga sobre su corazón ese último golpe.
MARÍA. — Dios mío, ¿qué son las esperanzas de este mundo?

ESCENA XXIX

GOETZ, LERSE, EL CASTELLANO, ISABEL *y* MARÍA

GOETZ. — ¡Dios omnipotente! ¡Qué bien se siente el alma bajo tu cielo, y cuán libre! Los árboles extienden sus vástagos y todo espera... ¡Adiós, queridos amigos míos! Las raíces de mi vida se han quebrado; mis fuerzas me hunden hacia la tumba.
ISABEL. — ¿Quieres que envie a Lerse al convento por tu hijo, para que puedas verle y darle tu bendición?
GOETZ. — Déjate; más santo es él que yo, y no ha menester mi bendición. El día de nuestras bodas, Isabel, estaba muy lejos de pensar que moriría así. Mi anciano padre me dió la bendición y rogó a Dios en sus oraciones, para que le concediese una posteridad de hombres valientes y magnánimos... ¡Dios, tú no le escuchaste, y yo soy el último de mi raza!... Lerse, tu semblante me alegra en la hora de la muerte, mucho más que en el ardor de los

combates... Entonces mi espíritu era el que animaba el vuestro, ahora es el tuyo el que sostiene al mío... ¡Ay de mí!... Si yo pudiera ver a Jorge una vez, animarme en sus ojos... ¿Y vosotros bajáis los vuestros y lloráis?... ¡Ha muerto!... ¡Jorge ha muerto!... Muere, Goetz... tú has sobrevivido a ti mismo, sobrevivido a tus heroicos amigos... ¿Cómo ha muerto?... ¡Ay! Habrá sido cogido con aquellos incendiarios, y ejecutado con ellos...

ISABEL. — No; murió cerca de Miltemberg defendiendo su libertad como un león.

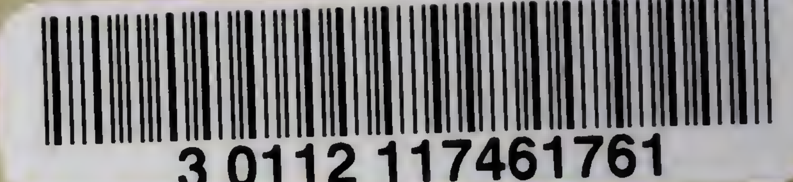
GOETZ. — ¡Loado sea Dios! Era el mejor muchacho que había bajo el sol y el más valiente de todos... ¡Vuela, alma mía, vuela! ¡Pobre mujer! Te dejo en un mundo corrompido... Lerse, no los abandones jamás... Cerrad vuestros corazones con mayor cuidado que las puertas de vuestras moradas... los tiempos de la perfidia se acercan, franco está el camino. Los desleales reinarán con la astucia, y los más nobles caerán en sus redes. María, que Dios proteja a tu esposo. Que no caiga de la altura en que se ha colocado... Serbitz murió ya, y el buen emperador y mi Jorge... Dadme un vaso de agua. Aire celestial... ¡Libertad! ¡Libertad! *(Muere.)*

ISABEL. — Para ti la libertad no existe más que allá arriba. *(Señalando al cielo.)* El mundo no es más que una cárcel miserable.

MARÍA. — ¡Alma noble! ¡Alma noble!... ¡Ay del siglo que te ha rechazado de sí!

LERSE. — ¡Ay de la posteridad que no alcanzará a comprenderte!

FIN



T. G. J. POLONIO. — ENTENZA, 1. — BARCELONA